



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
SISTEMA DE UNIVERSIDAD ABIERTA Y EDUCACION A DISTANCIA**

EL CONCEPTO DE MUERTE EN ARTHUR SCHOPENHAUER

TESINA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN FILOSOFIA

P R E S E N T A:

ROBERTO CARLOS TELLEZ RIVAS

**DIRECTOR DE TESIS:
DOCTORA LETICIA FLORES FARFAN
2016**

SWAYED



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis tres pilares,
Margarita Rivas, José Gabriel Téllez y Paulina Ramírez Torres.
Sin su apoyo incondicional, sus regaños, su tiempo y su cariño
No sería quien soy.

A la Doctora Leticia Flores Farfán,
Su apoyo, tiempo, ejemplo y conocimiento forjaron en mi carrera
Y mi visión filosófica un sendero que espero sea fructífero.

Al Profesor Jorge Becerra Mosqueda,
Gracias a él encontré el camino de la Filosofía y de la Tanatología, su tiempo y
conocimiento van en mí muy presentes, sea este ejemplar prueba de ello.

Índice

Introducción	4
Un autor perenne	6
Algunos intérpretes de Schopenhauer	12
La importancia de Schopenhauer hoy	15
Plan general de este escrito	18
1. Pesimismo en Schopenhauer	19
2. Voluntad de Vivir	30
3. Muerte en Schopenhauer.....	40
3.1. Suicidio	64
4. Placebos ante el sufrimiento y la conciencia de muerte.	69
4.1 La filosofía	70
4.2 La religión	72
4.3 El arte	76
5. Negación de la voluntad de vivir	82
Conclusiones	98
Bibliografía	108

Introducción

El hablar de un autor que ha causado tanta polémica en la historia de la filosofía no es empresa fácil. Sobre todo al encontrar que varios autores ya lo han desgajado con el fin de querer llegar al núcleo de su pensamiento. Aun así, la escritura, las ideas y la mentalidad de un autor llegan a ser tan prístinas y claras que éste sigue envolviendo a los lectores: los sigue invitando a adentrarse cada vez más en su lectura, a tratar de ahondar en su pensamiento y, de esta manera, a seguir con la cadena de entusiastas lectores que se reúnen en torno a la genialidad de un autor.

Es claro para mí, y creo que para muchos que han leído y estudiado a Arthur Schopenhauer, que el diálogo que se emprende con él está roto. Nunca podremos comprender a fondo su pensamiento. Cuando un autor escribe en determinado tiempo y espacio de la historia, sus ideas son claras y están completamente fundamentadas para él; sin embargo, con el paso del tiempo, cuando sus escritos caen en manos del lector se crea un diálogo incompleto, ya que el autor no está ahí para explicar tal o cual tópico justo como él quería expresarlo y no como el lector lo pudiese entender. No estará ahí para explicar y dialogar de manera presencial sus ideas. No podrá haber un intercambio entre dos seres que por un momento están atrapados por un mismo pensamiento, por una misma idea, por un mismo punto a discutir. Esto ha pasado por años y no se trata de un problema exclusivo a los escritos de Schopenhauer, sino que se trata de un problema que afecta a todos los autores. Pese a ello, aquí comienza el camino de un seguidor de los escritos schopenhauarianos, de un lector que se embelesó con las ideas del autor originario de Danzig, y que como muchos otros, lo exalta y desea que se siga conociendo a este personaje y a su obra.

Retomando el punto acerca de que no hay un diálogo completo con un autor —un diálogo presencial—, cabe mencionar que creo que esa es la razón por la cual muchos lectores que se embelesan con determinado autor, posteriormente tratan de corregirlo, e incluso de superarlo. Suele ocurrir que los lectores, después de alabar ciertas ideas del autor, con el paso del tiempo y de las circunstancias del lector, éste las ataque hasta el punto de aceptarlas sólo parcialmente, e incluso llegar a nombrarse a sí mismo como superador del pensamiento del autor. Considero que no se trata de ingratitud ni de

arrogancia por parte de los lectores, sino que simplemente el paso del tiempo y la evolución de las mentes humanas hacen que las mismas ideas no sean tan espectaculares para las nuevas circunstancias desde las cuales un lector las puede estar analizando. Los seres humanos estamos expuestos a un cambio y evolución constantes. Es posible encontrar multitud de ejemplos de lo anterior, uno notable es el caso de Friedrich Nietzsche. Amante de la obra de Schopenhauer, en las primeras obras de Nietzsche es posible encontrar párrafos dedicados a exaltar a su autor. Posteriormente, cuando el pensamiento de Nietzsche evoluciona, se hace notorio que éste parece estar de acuerdo sólo en ciertos puntos con Schopenhauer y, por lo demás, lo cree superado y hasta cierto punto olvidado. Reitero, no creo que se trate de ingratitud, porque si así lo fuese entonces todos los autores de la historia serían unos ingratos arrogantes y, de este modo, todos estarían marcados con un estigma por tratar de superar los pensamientos de aquellos que le dieron origen a sus propias ideas. Schopenhauer no fue la excepción: él mismo forjó su pensamiento a partir de las ideas kantianas, e incluso se sintió con la obligación de hacer correcciones a la obra de Kant, tal es el testimonio que nos da un apéndice al final de su magna obra *El mundo como voluntad y representación* (1819) y que lleva por título *Crítica de la filosofía kantiana*.

Arthur Schopenhauer vivió en una época (los años salvajes de la filosofía) en donde, a partir de Kant, abundaban los genios, entre los más notables destacan Goethe y Hegel. A pesar de la fama de estos genios, Schopenhauer estructura —como él mismo lo menciona— un sistema filosófico completamente nuevo, el cual sólo habla en favor de la verdad. Se trata de un sistema rico en temas interesantes y orientados por un mismo eje: el pesimismo ante un mundo lleno de miseria, un mundo lleno y sumergido en la necesidad, un mundo que se encuentra enajenado gracias a las promesas religiosas y tapujos morales de los cuales el ser humano no se atreve a salir. Schopenhauer fue un autor adelantado a su época; fue un genio que en una época prematura se atrevió a exponer su pensamiento sin temor a las consecuencias que esto le pudiera traer. Schopenhauer se atrevió a compartir sus ideas con el mundo, pero especialmente, con todo aquel que no le teme a la terrible verdad que de forma perenne no ha dejado de ocupar al mundo: la muerte.

Un autor perenne

Desde que vio la luz la obra de Schopenhauer ha tenido una gran cantidad de seguidores que no se restringen al ámbito filosófico. Se trata de una obra que ha influido en múltiples ámbitos: literatura, ideologías, arte, música, ciencia, etc. De entre los seguidores de este autor destacan: Friedrich Nietzsche, Sigmund Freud, Martin Heidegger, Emile Cioran, George Bataille, Karl Jaspers, Fernando Savater, Ludwig Wittgenstein, Jorge Luis Borges, Thomas Mann, Karl Marx, Franz Kafka, León Tolstoi, Edgar Allan Poe, etc. La distancia que existe entre estos autores hace patente el hecho de que la obra de Schopenhauer rompe fronteras espacio-temporales, se trata de una obra que es adaptable a las situaciones de diversas épocas, esto se debe a que nunca se ha dejado de vivir en la penuria y tristeza de la que habla nuestro autor, ¿Quién podría negar que al igual que en los tiempos de Schopenhauer, de Nietzsche, de Borges, en nuestra época, sigue habiendo miseria, tristeza, penuria, hastío y dolor? Es evidente que, a pesar de la evolución del pensamiento del hombre y pese al desarrollo de la tecnología, éste no ha podido librarse del deseo de querer, del deseo de tener, deseos que le siguen provocando dolor por no lograr satisfacerlos.

Para poner de relieve la influencia perenne del autor de *El mundo como voluntad y representación* a través del tiempo, mencionaremos brevemente la influencia que ha ejercido sobre algunas de las mentes más destacadas.

Comencemos con Ludwig Wittgenstein (1889-1951), pensador que toma los postulados del filósofo de Danzig para realizar un nuevo análisis en su obra *Tractatus Logico-Philosophicus*. El *Tractatus* se trata, a mi parecer, de la obra cumbre de este autor; obra clara y confusa a la vez. Wittgenstein pertenece a ese grupo de pensadores que en su “segunda etapa de pensamiento” decidió confrontar las ideas de Schopenhauer.

En segundo lugar cabe mencionar al escritor argentino Jorge Luis Borges. Los biógrafos de Borges cuentan que tal fue el impacto que Schopenhauer causó en él, que incluso decidió aprender alemán para poder disfrutar de su lectura en su lengua original. Borges consideró al pesimismo de Schopenhauer como una cuestión que tiene que ver más con una apreciación subjetiva que con una realidad. La lectura que Borges realiza de Schopenhauer se encuentra entre las más críticas y asimiladas en el ámbito de la literatura, debido a que Borges fue más allá de retomar el sentimiento pesimista o de referirlo a la

estética, sino que realizó planteamientos en su obra que reflejaron una amplia comprensión de los postulados de Schopenhauer, planteamientos como: inalterabilidad de la voluntad, irracionalidad, circularidad del tiempo, etc.

En el *Otro poema de los dones*, Borges se expresa de la siguiente manera: “Gracias quiero dar al divino Laberinto de los efectos y de las causas [...] Por Schopenhauer, que acaso descifró el universo” (Borges, 1966)¹. La simpatía y admiración por Arthur son de tal profundidad que llevan a Borges a declarar: “si tuviera que elegir a un único filósofo lo designaría a él [debido a que] si el enigma del universo puede reducirse a palabras, creo que esas palabras se encuentran en sus obras” (Borges, 1974).

Thomas Bernhard (1931-1989), considerado por muchos como uno de los escritores más importantes del siglo XX, el cual afirmó con respecto a *El mundo como voluntad y representación* que “en ningún otro libro he encontrado nunca un lenguaje más claro y una inteligencia igualmente tan clara, ninguna obra literaria ha ejercido nunca sobre mí un efecto más profundo”.

Por su parte, Thomas Mann (premio Nobel de Literatura 1929), muestra un embelesamiento por las posturas schopenhauarianas y, por ello, le dedica parte de sus eminentes líneas en su libro *Schopenhauer, Nietzsche y Freud* (1986), en el cual ahonda en la obra del pensador de Danzig.

Mann ve en Schopenhauer no sólo a un maestro personal, sino a un maestro para toda la humanidad: “Schopenhauer es en verdad un autor para gente joven; lo es, ciertamente, porque su filosofía es la concepción de un hombre joven” (Mann, 1986:73). Mann encuentra en Schopenhauer una filosofía tanto de la vida como de la muerte: “quien se interesa por la vida [...] se interesa sobre todo por la muerte” (Mann, 1986:72) y este es el caso de Schopenhauer, pues él “es un gran conocedor y experto de la muerte” (Mann, 1986:70), de esta manera Mann concluye que “con una filosofía como esta se puede vivir y se puede morir; sobre todo morir” (Mann, 1986:70).

Como última exaltación, Mann retoma palabras de *El mundo como voluntad y representación*: “la humanidad ha aprendido de mi algo que no volverá a olvidar jamás” (Mann, 1986:69), y esto debido a que “en cuanto psicólogo de la voluntad, Schopenhauer es el padre de toda ciencia moderna del alma” (Mann, 1986:98).

¹ <http://www.lcc.uma.es/~villa/delcesar/borges3.html>

Uno de los grandes escritores de la Rusia decimonónica, León Tolstoi, también es fuertemente influido por el pensamiento schopenhauariano. Fanático de Schopenhauer, Tolstoi lo calificó como “el más grande pensador del mundo”. Según José Luis Brea (1957-2010) *El mundo como voluntad y representación* tuvo fuertes repercusiones en León Tolstoi, específicamente por la propuesta de moralidad ascética que propone Schopenhauer en esta obra, propuesta que Tolstoi aceptó y adoptó.

Dos autores cuya mención no debe omitirse, contemporáneos entre sí, seguidores de Schopenhauer y cuya influencia marcó al siglo XX fueron Sigmund Freud y Friedrich Nietzsche. En esta introducción, como se verá más adelante, me ocuparé más extensamente de la obra de Nietzsche por ser más acorde con mis propósitos. Por ahora, con el fin de completar el cuadro que ilustra la influencia del filósofo de Danzig, me interesa mencionar brevemente la que ejerció sobre Freud.

Freud afirma no haber entrado en contacto con la filosofía de Schopenhauer sino hasta después de haber realizado sus principales aportes al psicoanálisis, sin embargo, parece evidente que entró en contacto con esa filosofía a través de otros autores. Puede verse en Freud un cambio de actitud a partir de la época en la que reconoce haber leído a Schopenhauer, lo cual lo llevará a realizar diversas referencias a la semejanza entre ambas teorías: “Hace ya algún tiempo Schopenhauer, el filósofo, mostró a la humanidad el grado en que sus actividades están determinadas por los impulsos sexuales –en el sentido ordinario de la palabra”.

Son notorias las semejanzas entre la *voluntad* schopenhauariana y el *inconsciente* freudiano. La semejanza en sus teorías de la sexualidad ha sido reiterada por teóricos como Gardiner, quien señala que “en los escritos de Schopenhauer se encuentran muchas penetrantes ideas que más tarde fueron desarrolladas y elaboradas por Freud”. Autores y letrados en el tema descubren que Schopenhauer ya había desarrollado diversos tópicos freudianos; que muchas de las ideas que constituyen el núcleo del pensamiento de Freud ya habían sido tratadas de manera clara y completa por Schopenhauer.

Freud, fuese o no un lector tardío de las ideas de Schopenhauer, es un ejemplo que muestra la importancia de nuestro autor: de una o de otra manera el autor de *El Mundo como voluntad y representación* llega a las mentes más influyentes de la historia reciente;

no es posible leerlo y olvidarlo, así como revisarlo y no mencionarlo con gratitud. Freud es quien confirma la regla.

A diferencia de la relación con Freud, la deuda que Nietzsche tiene con Schopenhauer es del todo clara. En 1874 Nietzsche publicó su *Tercera consideración intempestiva: Schopenhauer como educador*, obra que constituye un homenaje al autor de *El Mundo como voluntad y representación*, y de quien desde muy joven se consideró un ferviente admirador.

En *Schopenhauer como educador* se observa a un Nietzsche que considera necesario el recordar la importancia de Schopenhauer ya que, además de ser su maestro, lo consideró su liberador intelectual: “Y por lo mismo, me quiero acordar hoy de ese maestro y de ese censor, de que yo me puedo gloriarse: Arthur Schopenhauer, obligándome a rendir homenaje, más tarde, a otros” (Nietzsche, 1962:105).

En esta etapa temprana, donde Nietzsche no busca mejorar y menos aún superar a Schopenhauer, puede observarse una auténtica admiración por el filósofo de Danzig. Se trata de una etapa en la que el pensamiento de Nietzsche está impregnado por las ideas de Schopenhauer, a tal punto que lo considera como un pensador que posee la capacidad de envolver al lector de tal modo que éste no pueda olvidar fácilmente sus ideas: “Pertenezco a esos lectores de Schopenhauer que desde que han leído la primera página, saben con certeza que leerán la obra entera y que escucharán cada una de las palabras. Mi confianza en él fue repentina y hoy es la misma que hace nueve años” (Nietzsche, 1962:108).

Nietzsche pensaba que Schopenhauer no se había limitado a ser sólo un gran filósofo, sino que predicó su pensamiento con el ejemplo, haciendo de lo que escribía y pensaba su *modus vivendi*. Por ser una persona atormentada por ese sufrimiento de la vida descrito en sus textos, Nietzsche consideraba a Schopenhauer un ejemplo modélico e instructivo para la humanidad. Admiraba el hecho de que Schopenhauer se mantuviera fiel a su pensamiento, y de que dicho pensamiento no se viera menguado en intentos por tratar de hacerlo encajar en su tiempo, puesto que para los contemporáneos del autor de *Parerga y Paralipomena* sus obras fueron del todo indiferentes. Nietzsche creía que, al analizar conjuntamente la vida y la obra de Schopenhauer, cualquiera que aspirará a entrar en el mundo de la filosofía podría educarse adecuadamente, siempre con su ejemplo y bajo la tutela de sus textos. Alentaba a todos aquellos que se hubieran percatado de la

irracionalidad del universo a conocer a Schopenhauer, a reunirse y formar parte de una nueva corriente que proclamara con intensidad sus principios. En Schopenhauer podía ver las condiciones y virtudes del genio filosófico: a) libertad de carácter, b) conocimiento del género humano desde temprana edad, c) no haber tenido una educación erudita (aunque en este punto, a mi parecer, habría una pequeña falla pues sabemos que Schopenhauer siempre quiso estudiar, y que en contra de los deseos de su padre y después de la muerte de éste él decide estudiar), d) poco patriotismo, e) vida económicamente resuelta y f) lejanía con lo político. Nietzsche veía en Schopenhauer el ejemplo de vida humano por antonomasia y lo expresaba abiertamente en esta etapa de su pensamiento:

Que Schopenhauer puede ser propuesto como ejemplo, es verdad, a pesar de todas sus cicatrices y de todos sus defectos. Hasta podríamos decir que lo que había en su ser de imperfecto y de poco humano nos acercaba precisamente a él, en el sentido más humano, pues reconoceríamos en él a un ser desgraciado, a un compañero de infortunio, y no sólo a un genio orgulloso encerrado en la reserva propia del genio. (Nietzsche, 1962:115).

Ya a una edad avanzada, Nietzsche cambió radicalmente su postura respecto de Schopenhauer, llegando a afirmar en *Humano demasiado humano* que se trata de una filosofía adecuada sólo para determinada etapa de la vida, pero no de un pensamiento apropiado para hombres maduros. Esta ruptura tiene un origen temático, una vez que ha madurado el pensamiento de Nietzsche, éste encuentra las conclusiones del filósofo de Danzig demasiado pesimistas y por ello opta por una salida vitalista como respuesta a la irracionalidad del mundo, postura que considera contrapuesta a las ideas schopenhauerianas. Por el momento esto último no nos interesa, sólo me gustaría resaltar nuevamente la noción de evolución en el pensamiento, evolución que es posible en un pensador sólo gracias a las reflexiones de pensadores anteriores. De principio a fin, Nietzsche pensó y escribió a la sombra de Schopenhauer y jamás pudo deshacerse de ella, puesto que quienes estudian y entienden a Schopenhauer quedan prendados a sus ideas e hipnotizados por la verdad que éstas muestran.

Pese a que la obra de Nietzsche es afín al tema de esta tesina, no se abordarán sus escritos en este trabajo, el autor de *Más allá del bien y del mal* es un pensador que pretendo trabajar en un momento posterior de mi formación académica. Considero que Schopenhauer y Nietzsche son autores bastos que es posible estudiar desde distintos

enfoques y con distintos métodos. Así, si este trabajo sobre Schopenhauer se logra sin necesidad de recurrir a los textos nietzscheanos, se corroborará mi punto: que es posible estudiar a un autor sin necesidad de recurrir a alguno de sus mayores seguidores. A pesar de que considero que ambos autores destacan en la temática sobre la muerte, tema de esta tesina, considero que en cada uno de ellos es original y, por ende, cada uno merece un trabajo propio con sus propios apartados.

Schopenhauer no sólo influye en la vida y obra de notables autores, sino que también influye en movimientos ideológicos, tales como el marxismo, el ateísmo, el espiritualismo, el nacionalismo, etc. Resulta una rica fuente de conocimiento debido a la severidad con la que trata la realidad del mundo, una realidad que hasta nuestro tiempo no ha cambiado. Al parecer hay cosas que no cambian, que no se van o que, como pensara Nietzsche, sólo retornan. La crueldad del mundo, la agonía de unos, el pesar de otros, la necesidad de buscar la felicidad en la vida, son cosas que existieron y siguen existiendo, y esta verdad acerca del mundo es posible encontrarla en los textos schopenhauarianos donde el autor la expresa con sobrio arte y sin ningún temor. Albert Einstein es un claro ejemplo de alguien que cambió su concepción del mundo, particularmente su concepción de la muerte, a raíz de su lectura con Schopenhauer. Ludwig Wittgenstein y Sören Kierkegaard forman parte de aquellos autores que, después de haber tenido contacto con *El mundo como voluntad y representación*, tuvieron una visión distinta del mundo y basaron su pensamiento en pos de lo aprendido en la lectura del autor de Danzig.

Schopenhauer es considerado por muchos como un pensador adelantado a su época; un genio que contempló la verdad de la realidad mucho antes que cualquiera de sus contemporáneos. En su sistema filosófico es posible encontrar un proto-psicoanálisis; un interés por lo esotérico y metafísico de la cultura oriental —de la cual era conocedor y seguidor—; un apego a la ciencia y a la sociología; además de un amor, interés y apego por el arte, particularmente por la música. Todos estos temas que aparecen en la obra de Schopenhauer habrán de gestarse posteriormente, y ya con un nombre propio, dentro del mundo intelectual como sistemas importantes de la cultura. Con esto se hace evidente la deuda que el pensamiento contemporáneo ha adquirido con Schopenhauer: un autor que sin miedo a represalias se dedicó a escribir las verdades del mundo; un autor que, caso contrario a Hegel, no escribía con la intención de vivir *de* la verdad, sino con el propósito

de vivir *para* la verdad. Schopenhauer disfrutaba de solvencia económica y ello le permitió ser fiel a sus ideas y no cambiarlas por buscar el favor de alguna autoridad.

Que existan pensadores adelantados a su época no es raro. Esto sólo demuestra que los genios, como los llamaran Schopenhauer y Nietzsche, son capaces de surgir en cualquier tiempo y lugar. El genio nace y hace de su representación el modo de mostrar la realidad del mundo, y lo hace aún si su pensamiento es adelantado a la época; aun si su pensamiento es contrario a los pilares sociales establecidos en su época. Schopenhauer fue un autor que mientras vivió fue ignorado, que siempre estuvo a la sombra de Hegel, pilar de la filosofía en aquel entonces. Sólo después de su muerte, se entendió, siguió y aclamó al autor de *El Mundo como voluntad y representación*. Es increíble cómo a casi doscientos años² del pensamiento schopenhaueriano en *El mundo como voluntad y representación*, hoy por hoy siga siendo pilar para muchas personas.

¿Cómo ignorar a un pensador cuya frialdad para ver las cosas demuestra que no hay que querer de la vida más de lo que se puede tener? Se trata de un filósofo que predica el desprendimiento de los objetos materiales, que predica la búsqueda del conocimiento, que enseña a estar en paz y en armonía con aquello que nos rodea. Pero sobre todo, un pensador que enseña que al final sólo está la nada.

La época actual necesita urgentemente del pensamiento schopenhaueriano. Ella se caracteriza por el consumismo, por los prejuicios morales, por medir la felicidad de un hombre a partir de sus posesiones materiales así como su miseria a partir de sus carencias. Esta forma de pensar ha llevado a las naciones a pelear unas con otras. El sufrimiento humano es producto de la exaltación de la banalidad. Pero Schopenhauer tiene el remedio para este mal, él sabe que nada de esto tiene un verdadero valor y por ello predica una actitud de resignación, una actitud dedicada a no buscar más de lo que se tiene, pues una vez que el cuerpo del hombre caduque nada material se irá con él.

Algunos intérpretes de Schopenhauer

De entre los autores a los que recurro en esta tesina para tratar de una manera más adecuada el tema de mi interés, se encuentra A.C. Bhaktivedanta Swammi Prabhupada, quien fuera el

² 196 años en éste 2015.

fundador acharya (maestro) de ISKCON (Sociedad Internacional para la Conciencia de Krishna).

Los temas de Krishna son de vital importancia en este trabajo, debido a que toda la literatura védica, a la cual Arthur Schopenhauer tuvo acceso e interés, se funda en estos textos: en la conciencia de Krishna, en la filosofía del desprendimiento. Bhaktivedanta, con su sociedad y su estudio nos da la oportunidad de comprender de manera sencilla y clara la conciencia del desprendimiento y la conciencia elevada en la literatura védica. Considero necesario tomarlo en cuenta en este trabajo, pues con él se podrá entender de manera fácil y sencilla el tema de la muerte como proceso natural, tanto en el ser humano como en todo lo viviente sobre la Tierra.

Cabe resaltar que Bhaktivedanta Prabhupada dejó como instrucción continuar con su obra: el *Járinam* (canto de los nombres de Krishna) y el *Sánkirtan* (venta de sus más de ochenta libros) “en cada pueblo y al que se viera interesado por el conocimiento de la conciencia védica.

En su trabajo *El lado oscuro de Dios* (1998) la profesora Isabel Cabrera — especialista en Kant y en la filosofía de la religión— realiza un excelente análisis sobre los temas de religión y moralidad. Debido a que el tema del dilema moral en torno a la muerte es básico en este trabajo, habré de ayudarme de este texto. Considero que tanto la religión como la moralidad son de suma importancia en la vida del ser humano: la religión se presenta al principio como imposición y posteriormente se establece como creencia consciente; la moralidad, por su parte, ha intentado fundarse en la religión. Son muchos los puntos a debatir sobre cómo, a partir de descifrar el plan de Dios, puede lograrse una vida buena y en armonía con los congéneres. Considero que la vida del hombre consiste en una lucha entre lo que se quiere y lo que se puede obtener y, que esta lucha se desarrolla bajo el yugo de la moral y de la religión. El libro de la profesora Cabrera ofrece las herramientas necesarias para abordar la experiencia de la muerte, es por eso que lo retomaré en un espacio posterior en este trabajo. *El lado oscuro de Dios* nos ayudará a decir, junto con Schopenhauer, que bajo la mirada de la religión, la vida es sólo un estadio de tormentos mientras que la muerte consiste en la promesa de expiar culpas o incluso de gozar de las penurias vividas sobre la Tierra.

Otro autor sobre el que me apoyaré en este trabajo será Alphonse Donathien De Sade, mejor conocido por su título de marqués (Marqués de Sade). Filósofo y escritor francés, sus obras se caracterizan por el protagonismo de los antihéroes, seres que por ejemplo cometían violaciones y que realizaban disertaciones en las que por medio de sofismas daban justificación a sus actos. En sus obras también puede encontrarse una abierta expresión de ateísmo radical, además de la descripción de diversas parafilias y actos de violencia. Algunos temas generales de los que trata su obra son: la razón como medio de verificación, pensamiento sobre la existencia real y existencia objetiva, la falacia de la relación simple de causa-efecto, la crítica al judaísmo, al cristianismo, el brutal y desmedido egoísmo integral, una idea tergiversada sobre la igualdad de los individuos, el hecho de importancia sobre el poder individual y grupal, y la desfachatez del crimen. En general, su obra busca resaltar la idea del triunfo del vicio sobre la virtud.

La brutalidad en la expresión de Sade es lo que me interesa de él en este trabajo. Al igual que Schopenhauer, Sade disfrutó de una solvencia económica que le dio libertad de expresión. La libertad de expresar con el descaro necesario las circunstancias de su época: una vida triste y cruel donde quien más posee puede agraviar impunemente a los otros. Ambos autores comparten esta visión de la vida y por ello ambas visiones habrán de engarzarse posteriormente en este trabajo.

Patrik Gardiner es un autor conocido por sus estudios sobre Schopenhauer (Gardiner, 1975), además de realizar estudios sobre Kierkegaard. Sus libros sobre Schopenhauer y Kierkegaard fueron "modelos de cómo respetar la extremidad del pensamiento de autores polémicos y para muchos no tan comprensibles". Por esta razón habré de consultarlo para la elaboración de este trabajo.

Considero que Gardiner brinda la oportunidad de entender el pensamiento de Schopenhauer de forma clara, mediante los ejemplos que ofrece en su libro. Gardiner es un autor que transmite interés por el autor que analiza, contagia al lector la necesidad de conocer a Schopenhauer y, por ello, Gardiner es un autor en el que fue necesario apoyarse para la elaboración de este trabajo.

Manuel Maceiras Fafian también será mencionado en este trabajo. Nacido en 1935, en La Coruña, Madrid, Faifan es autor de diversos artículos de interés en revistas filosóficas tales como *Aporía*, *Razón y fe*, *Revista de Filosofía*, etc. Autor de un libro donde analiza

conjuntamente a las filosofías de Schopenhauer y Kierkegaard (Faifan, 1985) será de gran utilidad, pues en dicho libro se desarrollan puntos importantes respecto de la idea de muerte en Schopenhauer. Considero a Faifan un gran apoyo debido a que él ha escrito en castellano, la misma lengua que yo hablo, de este modo se podrá entablar un diálogo más afín que el que se entablaría con la obra de un autor traducido.

No podía faltar en un estudio sobre Schopenhauer el testimonio de Thomas Mann, ganador del premio Nobel en 1929, y recordado por el profundo análisis crítico que desarrolló en torno al alma europea y alemana en la primera mitad del siglo XX. Mann es un literato interesado y comprometido con el estudio de Schopenhauer. Su libro *Schopenhauer, Nietzsche y Freud* (1986) es una lectura que no sólo exalta la imagen de Schopenhauer, sino que además es una obra que se encarga de presentar a un Schopenhauer accesible a la academia. Mann se apoya en textos como la Biblia además de desarrollar las ideas de Goethe, Freud, y Nietzsche, por esta razón él será un apoyo en este trabajo.

El historiador francés Alexi Philonenko fue de mucha ayuda. En el libro *Schopenhauer, una filosofía de la tragedia* (1989) se observa a un Schopenhauer histórico, en una relación directa y no tan teórica con la vida. La importancia de Philonenko para este trabajo reside en que gracias a él podrá describirse al filósofo de Danzig no sólo como el predicador de la Voluntad, sino como el creador de una gran filosofía desde la perspectiva del *principum individuationis*.

El libro *El ser para la muerte* (2013) de la doctora Greta Rivara Kamaji será de gran ayuda, esto debido a la manera en que ahí se trata el tema de la muerte. Rivara realiza una reflexión sobre la vida y no sólo sobre la muerte: el ser humano, un ser viviente y conciente, no puede alejar de sí el pensamiento de la muerte. Pensar en la muerte se convierte en una necesidad, a tal grado que para poder vivir es necesario pensar en la muerte, tanto en la propia como en la ajena. Greta Rivara es doctora en filosofía por parte de la UNAM, institución donde además es catedrática. Su trabajo sobre la muerte muestra la vigencia de este tema en pleno siglo XXI, vigencia en muchos ámbitos, por mencionar sólo algunos: angustia, necesidad, miedo, curiosidad, etc.

La biografía de Schopenhauer escrita por Rüdiger Safranski (2013) también fue de gran ayuda con la dirección de Theodor Adorno, Safranski estudió filosofía, germanística, historia e historia del arte en la Universidad de Fráncfort del Meno. Safranski se dedicó a la

educación de adultos y se estableció en Berlín en 1987 como escritor independiente. Se trata de un escritor que aborda a autores como Friedrich Schiller, E. T. A. Hoffman, Nietzsche, Rousseau y Heidegger. Dado que la biografía que presenta sobre Schopenhauer contiene gran diversidad de material como son cartas, diarios y anécdotas, este libro me ayudó a comprender mejor la mente de un autor que habla de la muerte; que muestra un marcado carácter misógino; que, en general, estructura una filosofía pesimista. La biografía sobre Schopenhauer escrita por Safranski me parece un libro completo y claro, por lo cual recomiendo ampliamente su lectura a todo aquel que se interese por la vida del autor del *Mundo como voluntad y representación*.

La claridad y sencillez con que Fernando Savater escribe su *Historia de la filosofía sin temor ni temblor* (2009) me motivaron a recurrir también a él para la redacción del presente escrito. Con Savater los temas y principales ideas schopenhauerianas son entendidas no sólo por el mundo académico, sino también por quienes no han tenido formación filosófica. La parte dedicada al filósofo de Danzig en la *Historia* de Savater está impregnada de un entusiasmo que invita a conocer más sobre este autor tan polémico en la historia de la filosofía. Me gustaría mucho emular la claridad expresiva de Savater en esta tesina, pues la escribo con la intención de que la filosofía de Schopenhauer sea conocida en un espacio que vaya más allá del académico. Como ya mencioné antes, el mundo actual es un mundo que Schopenhauer ha sabido retratar en sus obras y, por ello, considero que el conocimiento de su filosofía podrá ayudar a nuestra sociedad a entenderse y vivir de una manera consciente.

Finalmente haré mención de Volker Spierling quien en *Schopenhauer* (2010) desarrolla temas como la muerte mediante una narración clara y abordando por grados puntos importantes de su filosofía. Se trata de un autor que durante años ha presentado trabajos en el campo de las artes visuales.

La importancia de Schopenhauer hoy

Considero al autor del *Mundo como voluntad y representación* idóneo para nuestra vida, pues en ella las tragedias y penurias abundan. Cada rincón del mundo está repleto de pena y caos, mismos que terminan sólo con la muerte. Siendo la muerte aquello con lo que más contacto tenemos, sigue siendo algo que nos asusta debido a que aún no la hemos asimilado

al ciento por ciento. El amor a lo material y el temor heredado por la religión judeo-cristiana, la cual inculca la creencia en pagar nuestras deudas al morir, han sido los causantes de este temor a la muerte. Los seres humanos nos caracterizamos por ser seres en búsqueda de evadir obligaciones, evadir castigos y buscar ante todo premios y zonas de confort.

Leer a Schopenhauer nos ayudará a superar este temor a la muerte. Con él entenderemos que la muerte es sólo parte de un ciclo natural propio de la vida. Schopenhauer nos enseña que nuestro sufrimiento deriva en gran parte de nosotros mismos, que un renunciamiento hacia todo lo que no es estrictamente necesario para vivir es la clave para terminar con ese sufrimiento. Ha sido el mismo ser humano, mediante sus deseos inmoderados, el causante de su sufrimiento; él mismo se ha colocado bajo un yugo que ingenuamente ha atribuido a los deseos de un Dios ultraterreno.

La actualidad de los textos de Schopenhauer se debe a que ha desentrañado la verdad misma de la naturaleza humana. Tal pareciera que desde su aparición hasta la fecha, la sociedad ha progresado: nadie puede negar que hoy por hoy la tecnología ha superado por mucho a la que existía en tiempos de Schopenhauer. Sin embargo, ese progreso es aparente. La sociedad adolece de los mismos pesares que ha padecido a lo largo de su historia: guerras, hambre, enfermedad, injusticia, muerte... Reitero, son temas que eran de interés por ser adecuados a la época de Schopenhauer lo mismo que para cualquier otra época.

Considero que el estudio de la filosofía de Schopenhauer puede ayudar al ser humano a entender su entorno, a comprender a sus semejantes y a resignarse a su destino, pero sobre todo, a conocerse a sí mismo. Con esto el hombre logrará liberarse de las cadenas que la sociedad y la cultura le han impuesto. Con Schopenhauer se aprende a pensar diferente y con ello a vivir diferente. La paz con uno mismo y con los demás se consigue sólo a través de la aceptación de la muerte. Puede que no se conozca el cómo ni el cuándo de dicho evento, pero aceptarlo ayudará a vivir con un ánimo pacífico. Con esta filosofía serán banas las preguntas que suelen surgir en la mente del hombre al considerar su propia muerte, preguntas que tanto le atormentan: ¿Qué será de mis bienes? ¿Cómo habré de pagar mis pecados? ¿Regresaré a este mundo? y ¿en qué forma lo haré? Como bien afirma Thomas Mann, “con esta filosofía se puede vivir y se puede morir, pero sobre todo morir”.

Puede sonar un poco utópico, pero considero que comprender los puntos señalados por la filosofía de Schopenhauer haría que la humanidad se desencadenara de una cultura milenaria regida por guerras y demás conflictos. Quizá no se logre que la humanidad completa se desprenda de su salvajismo, pero si sólo un puñado de personas conociera el legado de Schopenhauer, su trabajo no habrá sido en vano. Mi intención con este trabajo es acercar a más personas el legado de este autor. Que más gente sepa de su existencia, incluso personas sin formación filosófica, que se interesen por su pensamiento y que investiguen más sobre él: crear un cambio en sus mentes y con ello en sus vidas. Si esto es logrado habré cumplido mi propósito.

Plan general de este escrito

El presente trabajo se divide en los siguientes capítulos:

1. *Pesimismo en Schopenhauer* es una introducción al tema principal de este trabajo. La comprensión de la visión pesimista de la vida y del mundo es necesaria para poder entrar en el tema de la muerte, de lo que implica en sí su idea: de una consideración acerca de pros y contras.

Como causa del pensamiento pesimista puede encontrarse en Schopenhauer una idea del mundo cruda, una idea de una vida atada de penurias. Una vez entendida esta visión podremos pasar al tema de mayor interés para los propósitos de este trabajo: el concepto de muerte.

2. *Voluntad de vivir*. En este capítulo se hablará del origen que nos rige como humanos, del inicio de nuestra constitución: la Voluntad³. Para Schopenhauer la Voluntad es la razón de que seamos seres vivos. Sólo por la Voluntad surgimos y es por los planes de esta Voluntad que perecemos. Hablar de ella nos permitirá saber la razón por la cual aparecemos y desaparecemos del mundo, en otras palabras el por qué nacemos y el por qué morimos.

3. *Muerte en Schopenhauer*. En este capítulo intentaré descifrar lo que la muerte es y lo que envuelve la lectura schopenhaueriana sobre ella. La muerte nunca deja de ser un tema de gran interés para el ser humano, es un tema que

³ Escribo Voluntad con mayúscula por darle el grado de sujeto, no es la voluntad de cada persona, sino la Voluntad primigenia, hacedora de todos los fenómenos que existen sobre la Tierra.

trasciende épocas y naciones. Con Schopenhauer veremos que no se trata sólo de aprender a vivir con ella o acostumbrarse a ella, sino de entenderla para aceptarla e incluso conocerla. No debe ser un hecho que sólo ocurre, sino un hecho que comprendo; y al comprenderlo lo concientizo; y al concientizarlo comienzo a hacerlo familiar y a perderle miedo.

Como parte de este capítulo he incorporado un apartado para tratar el tema del suicidio. Un tema moral que está relacionado con la muerte. Considero importante analizar las opiniones que Schopenhauer tuvo acerca de este tipo de muerte no natural y ocasionada por uno mismo

4. *Placebos ante la conciencia de muerte.* Ante la conciencia de su finitud, el hombre ha buscado e incluso creado consuelos para hacer su vida más llevadera. Los placebos buscan atenuar el miedo a la muerte mediante justificaciones de la misma, es por ello que en este capítulo analizaremos los mencionados por Schopenhauer. El hecho de si son de utilidad o no para cada quien no es el interés principal de este capítulo, sino únicamente el de hacerlos notar.

5. *Negación de la voluntad de vivir.* Para Schopenhauer la tristeza y el pesar se pueden superar sólo a través de la negación de esta Voluntad creadora. Schopenhauer enuncia una teoría de la negación de la Voluntad la cual habremos de tratar en este capítulo. También hablaremos de la muerte inmersa, la cual es una salida del sufrimiento del mundo. Al negarse la voluntad por un instante se rompe la línea interminable de nacimiento y muerte, de surgimiento de vida en el mundo, en un mundo del querer, en un mundo del sufrir.

Lo que pretendo aquí es que más gente conozca a Schopenhauer, que más gente entienda la muerte no como algo temible, sino como algo que es inherente a nuestra existencia y que es algo con lo que convivimos día a día. Que la gente se interese en pensar de otra manera a la que está acostumbrada o ha sido acostumbrada por su cultura. Mi deseo es comenzar un camino, que espero sea fructífero, en pos al tema de la muerte, tema de mi interés en investigaciones futuras.

1. Pesimismo en Schopenhauer

El pesimismo es el pilar que sostiene la filosofía de Schopenhauer, y sólo entendiendo el papel que la idea del pesimismo desempeñaba en la mente del filósofo de Danzig, podremos comprender por qué considera a la muerte como la salida ideal de la vida; comprender por qué la muerte es el final del *principium individuationis*⁴; también comprender cómo, a través de esta visión fatalista, se llega a la conclusión de que la vida no vale la pena vivirse; finalmente comprender por qué en lugar de sufrir es más fácil vivir en santidad heroica y ascética.

La idea del pesimismo es desarrollada por nuestro autor a partir de la observación de que esta vida parece no estar hecha para ser disfrutada, sino más bien, para ser soportada y anulada. Schopenhauer piensa que el ser humano está atrapado en una vida cíclica conformada por aburrimiento y dolor, pasando por las fases del hambre⁵ y el deseo sexual⁶.

¿De verdad la vida se configura de esta manera? ¿Nuestra cotidianidad pasa del aburrimiento al querer y viceversa? Al parecer así es, pues ¿cuántos de nosotros podríamos afirmar el haber disfrutado de largos lapsos en donde gocemos del olvido de nuestras penas y carencias?⁷

Para comenzar el estudio sobre el pesimismo recordemos la siguiente cita que Safranski hace de Horkheimer y que hace referencia a Schopenhauer: “Con el pesimismo teórico podría conectarse una praxis optimista que, consciente del horror universal, trata de mejorar lo posible a pesar de todo” (Safranski, 2013:450).

⁴ El *principium individuationis* designa aquello que condiciona y posibilita la individualidad y concreción de cada ente y que explica la pluralidad y diferenciación de los individuos, que se abstrae especialmente frente a la concepción del mundo y a la realidad.

⁵ Hambre entendida como parte natural del organismo viviente, pero también como la necesidad de objetos materiales y actividades sociales necesarios para sobrevivir. No sólo se trata de satisfacer la urgencia de comer, sino de todas las urgencias del cuerpo que, como seres vivos, debemos satisfacer para que el fenómeno de la vida siga su curso: dormir, beber, respirar, etc.

⁶ El deseo sexual es esencial para que el fenómeno de la procreación siga su curso. Se trata de un instinto implementado en el ser humano por la Voluntad con el fin de satisfacer el plan del poblamiento global; es una forma de garantizar la perpetuación de la especie. Para que este fenómeno sea posible a veces es necesario que el hombre pase por las “quimeras” del enamoramiento, el amor, la atracción, etc.

⁷ Más adelante veremos que sí existen maneras para conseguir lapsos en los que se puede estar fuera de la Voluntad, fuera de este querer, fuera de este sufrir. Schopenhauer enumera varias salidas, mismas que más adelante estudiaremos. Sólo como preámbulo podríamos decir que el arte es una de ellas, sobre todo la música, que es la expresión más pura de arte; y el desapego a la vida a través de la desaparición del velo de Maya, donde el *principium individuationis* queda disuelto, donde me hago partícipe del dolor del mundo en general y busco solamente la salida de este ciclo a través de la renuncia voluntaria de la vida.

Lograr un optimismo a pesar de todo: a pesar y a sabiendas de que el mundo es un lugar lleno de tristezas y carencias, un lugar donde el ser humano está atado al querer y a las necesidades desde el momento de su nacimiento. La especie humana podrá ser la que más haya desarrollado su conciencia, pero sigue siendo la especie más desprovista del reino animal, carente de defensas naturales y provista con un instinto autodestructivo que alimenta en el hombre la creencia de ser una criatura única y perfecta. El instinto que rige al hombre no es más que *egoísmo*, el cual le impide avanzar en su desarrollo como especie. El hombre habrá logrado cosas grandes con respecto a su técnica, pero no ha podido vencerse a sí mismo, la única guerra que no puede ganar se lleva a cabo en su interior. El hombre vive para la satisfacción de sus necesidades, vive –podríamos decir que la mayor parte del tiempo- sin saber por qué: quiere ciegamente cosas, como si dentro de él hubiera un hueco incapaz de llenarse, incapaz de dejar de desear. “Nuestro mundo es una de las innumerables esferas en el espacio infinito sobre la cual existe una capa de moho con seres vivientes y cognoscentes” (Safranski, 2013:446).

El hombre es un animal en el que la inteligencia no tiene otra función que la de compensar la falta de instintos, además de intentar salvarlo de su deficiente adaptación orgánica al sistema de la vida: “Nuestro yo cognoscente no domina su propia casa” (Safranski, 2013:435).

Schopenhauer presenta a la humanidad como algo imperfecto que sólo posee inteligencia con el fin de compensar sus demás deficiencias. Los seres humanos estamos destinados a nacer, crecer, querer, reproducirnos, seguir queriendo y morir. Así, para el autor de *El Mundo como voluntad y representación* todo, no sólo el hombre, se resume a esto: “Todo es sufrimiento, todo es continuo nacimiento y muerte” (Urdanibia, 1990:232).

Este es un pensamiento que ha asaltado al hombre desde antes de que Schopenhauer lo enunciara. Ya el marqués de Sade hacía de este conocimiento sobre la vida parte de su ideología retratándolo en sus obras, por ejemplo, en *Justina* se expresa de la siguiente manera: “la vida no es más que una serie ininterrumpida de penas y placeres” (De Sade, 1969:413).

Nuestro autor describe un panorama horrendo respecto a la vida. Este se trata de un mundo repleto de penas que quizá no sea producto de un Dios, sino más bien de un Diabolo

(Safranski, 2013:85). De un diablo que disfruta de un espectáculo en donde todo ser viviente, desde el momento de su nacimiento, se ve envuelto en acontecimientos llenos de sufrimiento “acontecimientos que constituyen un carnaval asesino” (Safranski, 2013:257). Safranski, como uno de los grandes biógrafos de Schopenhauer, encuentra en sus escritos las siguientes líneas que confirman la idea de un mundo triste creado por un Demonio, aunque quizá, en realidad tal y como lo menciona Cabrera, se trata de un Dios que tiene un lado oscuro. “Este mundo no podría ser obra de un ser benévolo, sino en todo caso, la creación de un diablo que lo hubiere llamado a la existencia para recrearse en la contemplación de su dolor” (Safranski, 2013,61-2).

Por ello, sólo hay dolor para el hombre en este mundo: “Esto es lo que aparece por doquier ante nuestros ojos,[tanto] en lo pequeño como en lo grande; podemos verlo en su aspecto más horrible, en la vida de los grandes tiranos y hombres malvados, así como en las guerras que devastan al mundo” (Safranski, 2013:305).

Según opina el filósofo de Danzig, hubiese sido mejor habernos quedado en la nada en lugar de venir a este mundo de penas. Pero ello no es más que una utópica idea que no es, no fue y nunca será posible: a pesar de todo aquí estamos, y aquí seguimos y aquí seguiremos, todos como especie, y toda especie como parte de lo viviente. “Se hubiese dejado en la tranquilidad de la nada, carente por completo de ambiciones. Allí ni hubiera necesitado lecciones ni ninguna otra cosa” (Safranski, 2013:364).

Dado que no es posible formar parte de la nada sino sólo hasta el momento de morir y, por lo absurdo del hecho, tampoco es posible que en la muerte se posea la conciencia de estar en la nada, libre de todo, por ello, llegamos a una gran verdad enunciada por nuestro autor: todo esto no es más que un mal juego en el que estamos inmersos sin otra opción. “[Se] debe de reconocer que todos los fenómenos y acontecimientos, con sus alegrías y tristezas, no afectan al yo íntimo y superior, y que por tanto todo es un juego” (Safranski, 2013:181).

Para completar el cuadro de esta vida sombría, habrá que mencionar también al egoísmo en el hombre. Se trata de algo tan natural, algo en lo que el hombre está inmerso. El egoísmo está siempre presente por ser necesario a la misma vida. Schopenhauer conocía este aspecto del hombre, y afirma que el egoísmo es inevitable (Safranski, 2013:422), es parte fundamental del cuerpo y de la conciencia humana. Sin embargo, el egoísmo se puede

convertir en un lastre, en una venda que forma parte del velo de Maya, porque ¿qué mejor placebo puede tener el hombre que el ego, que las alabanzas hacia su propio ser? “Tenemos ojos de lince para lo que nos halaga y nos volvemos ciegos para nuestros defectos” (Schopenhauer, 2009:75).

Incluso el mismo Schopenhauer poseía un ego muy elevado durante su juventud, Safranski encuentra lo siguiente en los escritos del joven Arthur: “nadie me ha ayudado, tuve que superar solo mi tristeza” (Safranski, 2013:23).

Una idea que contribuyó a la visión pesimista de nuestro autor fue su creencia de que entre más edad se tiene más conocimiento se posee (salvo algunas excepciones), y entre más conocimiento se posee más solitario se vuelve el hombre, y la soledad es aquello que permite acceder al conocimiento de los pesares que le acompañan desde el nacimiento. Por este motivo afirma nuestro autor que en este mundo, el genio es un ser aparte y que de entre todos él es quien sufre más. Este es un razonamiento tan claro para Schopenhauer como cualquier silogismo lógico, concluye que a medida que el hombre envejece, se va quedando completamente solo (Safranski, 2013:121). “A medida que el conocimiento se esclarece, que la conciencia se eleva, la desgracia va también creciendo; su más alto grado lo alcanza el hombre, y aun ahí se eleva más cuando el individuo tenga una vista más clara, que sea más inteligente: es el genio el que sufre más”(Philonenko, 1989:289).

Schopenhauer fue un buen ejemplo de esto. Como hombre vivió y murió en soledad: enfrascado en penurias amorosas inconclusas, con la sola excepción de una hija, pero que muere prematuramente; destinado a la soledad y al hastío de la vida, destinado a explicar la realidad de la vida; odiando la convivencia con seres a los que únicamente veía sufrir, donde para él se vuelve lo mismo la misantropía que la soledad, pues como él mismo afirma en *Senilia* “misantrópía y amor a la soledad son conceptos intercambiables” (Schopenhauer, 1852:280), así también en su diario: “[...] el hecho de tener más edad, mi mayor experiencia y mi carácter singular, me empujaban siempre al aislamiento y a la soledad” (Safranski, 2013:143).

Y viendo la realidad de los seres pensantes, podemos concordar con Alexi Philonenko cuando afirma que “el genio es un ser aparte” (Philonenko, 1989:172), “porque [sólo él es quien] puede concebir las ideas [sobre] la brutal realidad de la vida” (Philonenko, 1989:185).

A pesar de todo, esta actividad y estado mental del genio tiene un punto positivo y favorable: el genio puede ver la plenitud de la vida; es el primero en poder vencer al velo de Maya; es quien puede romper el *principium individuationis*; quien puede renunciar a la Voluntad; quien, pese al sufrimiento, puede contemplar la idea prístina y clara del arte así como también crearlo; el genio es quien, de alguna manera, puede ser libre del juego de la Voluntad. Por ahora sólo diremos esto sobre el genio, puesto que es tema de otro capítulo.

La vida es breve, y es esta brevedad lo que hace que el hombre quiera seguir disfrutándola. Es la brevedad de la vida lo que hace que, a pesar de las penas, el hombre la siga prefiriendo; esta es la obra que ha producido la idea de la muerte, su sombra siempre presente. “Lo que se opone a que los hombres lleguen a ser más sabios y prudentes es, entre otras cosas, la brevedad de la vida” (Schopenhauer, 1852:134).

En los *Dolores del mundo* afirma nuestro autor que “salud, juventud y libertad, los tres bienes mayores de la vida que, mientras los poseemos, no tenemos conciencia de ellos, y no los apreciamos sino hasta después de perderlos” (Schopenhauer: 2009:30). Pero salud, juventud y libertad sólo son placebos momentáneos que pretenden hacer soportable esta vida. Nada puede negar el hecho de que el ser humano viva inmerso en la miseria y la tristeza, avanzando día a día en compañía de ellas, intentando pelear contra la muerte, tratando de apaciguar sus dolores, pero ¿qué queda al final? ¿Qué hay detrás de todo eso? “Si quitamos de la vida los pequeños instantes de la religión, del arte, y del amor puro ¿Qué es lo que queda sino una sucesión de pensamientos triviales?” (Safranski, 2013:90).

Tan triviales como el añejo recuerdo de glorias pasadas, el recuerdo del esplendor de los cuerpos jóvenes, impulsados por el egoísmo, sólo esto puede quedar en las mentes de aquellos seres cuyos cuerpos que han desquebrajado con el paso del tiempo y que se marchitan día a día. Cuando Schopenhauer escribe *Senilia* (1852), su conciencia de esto es muy clara. Ve la vida de un viejo solo, ve la vida de todos los seres mayores del mundo, y se dedica a escribir más que sólo pensamientos, más que sólo reflexiones. Verdades que no sólo él podía ver, sino verdades tan lógicas y claras que cualquiera podría descifrar, pero no cualquiera querría ver. Por eso él se tomó la molestia de escribirlas para la posteridad, colocándolas al alcance de las manos y de las mentes de todo aquel que se atreva a conocerlas: un regalo para todos y para nadie a la vez. “En la vejez no hay mejor consuelo

que haber incorporado toda la fuerza de la propia juventud a obras que no sufren también ellas el envejecimiento de su autor” (Safranski, 2013:163).

Porque “Sería encantador que el intelecto no sucumbiera con la muerte: entonces se llevaría consigo de forma acabada al otro mundo el griego que se ha aprendido en este” (Schopenhauer, 1852:142).

Sólo cuando el cuerpo haya sucumbido se habrán de terminar los sufrimientos. Schopenhauer sabía que durante su vida, el ser humano está atado a toda clase de deseos, los cuales sólo cambian según le etapa de desarrollo. Deseos como el instinto sexual, el amor apasionado, el poder, los cuales dan origen a multitud de penas como son los celos, la envidia, el odio, la ambición, el miedo, la avaricia, etc. (Schopenhauer, 2011:93). Ante esto Thomas Mann pregunta: ¿Qué queda después? ¿Qué queda en el fondo? Schopenhauer sólo puede dar una respuesta: únicamente queda aburrimiento, porque según nuestro autor en eso oscila la vida humana, un ciclo interminable que pasa del dolor al aburrimiento, dicho de otra manera, de la necesidad al hastío.

En las líneas anteriores puede observarse la recurrente aparición del deseo sexual, esto se debe a que él es el trasfondo de la Voluntad: sirve tanto para la confusión del sujeto, como para que se lleve a cabo el fomento de la vida sobre el mundo. “Los caprichos originarios en el instinto sexual guardan una completa analogía con los fuegos fatuos: confunden de forma más vivida. Pero, si los seguimos, nos llevan a la sentina y desaparecen” (Schopenhauer, 1852:247).

Según esto podríamos estar de acuerdo con Schopenhauer y con Edouard Sans y afirmar que “el amor es el enemigo” (Sans, 1995:74), porque solamente sirve para que se cumpla el deseo de la voluntad: sólo vela por el fin último que es la procreación. Se trata de un placer efímero, placer que goza tanto el miserable como el opulento, pues no importa quién lo sienta sino sólo que sea llevado a cabo, que alguien lo cumpla como miembro de la especie, porque “la Voluntad es una voluntad hambrienta de su propia carne” (Schopenhauer, 1852:323), como dijera Schopenhauer en *Senilia*, así como en *Los dolores del mundo* “la vida es un mal negocio, un negocio en el que los beneficios ni siquiera cubren los gastos” (Schopenhauer, 2009:69).

Aquí surge la siguiente pregunta: ¿cómo es posible que alguien como Schopenhauer llegase a tener una concepción tan pesimista de la vida? Al leer su biografía se observa que

se trató de una persona que disfrutó de comodidades, tanto materiales por haber nacido en un hogar acomodado, como intelectuales por haber crecido rodeado de muchas de las grandes mentes de su época –la madre de Schopenhauer organizaba reuniones donde invitaba a intelectuales, entre ellos a Goethe. Pero son precisamente estas comodidades las que le hacen darse cuenta de lo quimérico de las alegrías. Para el ser humano ninguna comodidad será suficiente, siempre existirá en él el deseo de tener más. Lo único que su vida acomodada pudo ofrecerle a Schopenhauer fue la libertad de escribir la verdad pesimista del mundo sin temor a represalia alguna. “Sólo el mal es positivo, puesto que nos hace sentir [...] todo bien, toda felicidad, toda satisfacción son cosas negativas, porque no hacen más que suprimir un deseo y terminan una pena” (Schopenhauer, 2011:80).

El dolor no tiene la finalidad de ser suprimido. El dolor es lo real, aquello que nos obliga a sentir, es necesario en la vida porque nos hace valorarla, y así nos ayuda con el día a día pues “todos necesitamos cierta cantidad de dolores, así como los navíos necesitan del lastre para mantenerse a plomo y navegar derechos” (Schopenhauer, 2009:13). Tanta es la necesidad del dolor para la vida que incluso muchos hombres que no lo sufren terminan inventándoselo.

“Y frecuentemente en un violento dolor moral hacemos esfuerzos por atenuarlo con sufrimiento físico” (Schopenhauer, 2009:73), algo característico en algunas visiones místicas y religiosas: el sacrificio, el tormento, la penitencia, como una forma de compensar las acciones que son consideradas inmorales. Se ve la expiación del dolor moral a través del dolor físico, una forma de liberarse de los dolores de la conciencia a través del dolor físico.

Hablar sólo de felicidad en el mundo es cosa imposible, incluso hablar exclusivamente de dolor podría serlo, pues en la vida se dan altibajos, pero nunca un sufrimiento o felicidad constantes, el mismo Schopenhauer en *Senilia* afirma que: “Quien haya venido al mundo para instruirlo en las cosas importantes, puede hablar de la felicidad si sale ileso de su empeño” (Schopenhauer, 1852:52)

El hombre está sujeto a la insatisfacción y a la necesidad (Philonenko, 1989:239), pero Schopenhauer afirma que estamos condenados no sólo al hastío, sino también a vencer por lapsos las tristezas, necesidades y dolores, únicamente para regresar a ellos una vez que el hastío se apodera nuevamente de nosotros.⁸ “Porque el gozo, la satisfacción temporal, o

⁸ “la vida oscila como péndulo [...] del dolor al hastío” (Philonenko, 1989:242)

mejor dicho, la superación del dolor; se transforma en fastidio, sufrimiento del deseo y fastidio de la saciedad” (Sans, 1995:70).

Y al igual que Philonenko, Javier Urdanibia afirma que “la carencia de un objeto (dolor) nos lleva a la ilusoria satisfacción y a la consiguiente apatía (tedio) (Urdanibia, 1990:146). Y cierra afirmando “que el tedio cansa por la ausencia de motivación” (Urdanibia, 1990:145).

Con todo esto podemos llegar a pensar como Schopenhauer y creer que en realidad, en el mundo, lo auténticamente verdadero es la necesidad y por ende el dolor. O como dijese Edouard Sans: “desear es vivir y vivir es sufrir” (Sans, 1995:70).

Antes de Schopenhauer, la filosofía védica ya enunciaba esta verdad sobre la vida y fue precisamente ahí donde Schopenhauer la descubrió. Esta filosofía afirma que el mundo es dolor a través de sus cuatro nobles verdades.

- 1) Todo es dukka/sufrimiento y dolor.
- 2) La causa del sufrimiento es la sed de los placeres.
- 3) Dukka cesa cuando cesa la sed.
- 4) Para que la sed cese debe haber en el hombre: visión justa, pensamiento justo, palabra justa, acción justa, atención justa, así también conocimiento justo. (Urdanibia, 1990:232).

Como Buda afirma: “«todo es sufrimiento y dolor» este es producto de la ignorancia que pretende aferrar la permanencia y la estabilidad de lo transitorio” (Urdanibia, 1990:215).

Con referencia a la sed de las pasiones encontramos en Schopenhauer que efectivamente somos seres atados y propensos a desear, a querer, a necesitar, a buscar tener. En *Senilia* afirma que: “la riqueza se asemeja al agua de mar; cuanto más se bebe, más sed se tiene, pasando lo mismo con la fama” (Schopenhauer, 1852:145). ¿Por qué la fama? Porque el hombre en su afán de querer ser, querer mostrarse como individuo (ilusoriamente), trata de satisfacer el ansia de fama al que está ligado gracias a su ego. Sin embargo, tal como afirma Safranski: “el que quiere ser todo, no puede llegar a ser nada” (Safranski, 2013:58).

Una vez considerada toda esta cosmovisión del pesimismo, podemos regresar a considerar las causas que llevaron a Schopenhauer a ser un autor pesimista. Entre estas

causas se encuentran su prematura convivencia con la muerte, el distanciamiento con su madre, su pésima suerte amorosa, la terrible pérdida de un hijo, su perpetua pelea con Hegel. Todo esto contribuyó a hacer de él un ser apático, amargo y reacio hacia la gente. Sin embargo, hay que mencionar su amor por la música, particularmente por la flauta, como puntos importantes que orientarán su pensamiento.

Se dice que el estado anímico de los artistas se refleja en sus obras. Lo mismo ocurre con Schopenhauer, en sus textos se lee la melancolía y el interés por el dolor, por la muerte, por las carencias. Carencias que en su caso no eran de tipo económicas, ni siquiera cuando a sus treinta años es demandado por una mujer a la que tiene que pagar pensión por el resto de su vida. Su vida melancólica lo obliga a escribir y a ver al mundo de manera pesimista, pero con una visión cargada de verdad.

Llegó a crear la conciencia de que todos estamos condenados al sufrimiento y a los pesares desde el momento de nuestra concepción. Y en uno de sus escritos nos lo presenta de una manera analógica: “Las moscas han nacido para ser devoradas por las arañas, y los hombres para ser devorados por los pesares” (Schopenhauer, 2011:97).

Así, para nuestro autor, el sufrimiento constituye el fondo de la vida (Philonenko, 1989:297). Esta vida se representa por el siguiente bicondicional material: si vivo, sufro y si sufro quiere decir que estoy vivo. Manera más acabada que la enunciada por Descartes en el *Discurso del método*: “Pienso, luego existo”, pero aquí se nos presenta la premisa según la visión de que conciencia y sufrimiento son recíprocos: “Sufro, luego existo”(Philonenko, 1989:289), aunque esto, no es análogo a lo que Descartes dice con su frase.

¿Y por qué sufrimos? Porque estamos atados sin remedio a la necesidad: “el hecho de que la voluntad sea fundamentalmente una carencia, se traduce en un mundo como sufrimiento” (Parreira, 2009:170). Este es un mundo donde unas veces se es demonio atormentador de almas infortunadas y otras veces se es un alma atormentada por otros demonios. Esto se confirma al echar un vistazo a la vida del ser humano: guerra, miseria, odio, robo, todo en su vida sólo puede ser confirmación de esta visión: “Este mundo no sólo es un infierno, sino que sobrepasa al de Dante” (Schopenhauer, 1852:172) y “los hombres se dividen en almas atormentadas y diablos atormentadores” (Schopenhauer, 2009:15).

Para terminar con el estudio acerca del pesimismo, sólo mencionaré que Schopenhauer invita a vivir una vida heroica, en la que se lucha por superar las adversidades, pues al final de la vida no habrá más recompensa que la muerte. Sólo el dolor es lo verdadero y la felicidad es ilusoria. Schopenhauer afirma que la vida es “una guerra perpetua, donde se muere empuñando el arma” (Schopenhauer, 2009:12). “Una vida feliz es imposible: lo máximo que puede alcanzar un hombre es un curso de vida heroico: lucha contra enormes dificultades, triunfa, pero es mal recompensado o no lo es en absoluto” (Schopenhauer, 1852:90).

Por último, creo que la invitación de Pérez del río a *la muerte como vocación*, refleja fielmente el deseo de Schopenhauer, puesto que no existe otra salida para esta vida de penas. La salida es: o te acostumbras y aceptas este curso de vida y lo llevas con resignación de manera que sea más fácil el avanzar; o lo niegas y sufres avanzando de igual manera. “Id tomando veneno hasta que os sepa bien” (Pérez, 1983:109).

2. Voluntad de vivir

La Voluntad es la esencia primigenia creadora de todos los fenómenos que habitan el mundo; es aquella potencia sustentadora de la vida cuyo fin último es el preservarla. Según Safranski: “La Voluntad no es espíritu, ni moralidad, ni razón histórica [...] Voluntad es la fuente de la vida y el sustrato en el que anda toda desventura” (Safranski, 2013:12).

Todo proviene de ella y todo tiene su *por qué* en ella, la Voluntad es: “Algo no divino, pero sí todo poderoso, ni personal, [ni] racional, [ni] consiente; atemporal, alocal, invisible, infundamentable, [la Voluntad es aquello] que nos impulsa a vivir” (Spiegel, 2010:99-100).

El único propósito de la Voluntad es la preservación de la vida sobre la Tierra; generación de nuevos fenómenos en compensación de los fenómenos que van muriendo: es voluntad ciega de vivir, voluntad de vida. Es una fuerza universal que irradia todos los fenómenos, activa e irracional, que actúa sin mediador alguno ya que ella es el fomento de todo. Es una fuente primigenia, tan importante, que el mismo Thomas Mann la equipara con la cosa en sí de Kant, base de todos los fenómenos en el mundo. “La cosa en sí (Kantiana) era la voluntad. Era el fondo primordial último e irreductible del ser, era la fuente de todos los fenómenos, era el engendrador y productor del mundo visible y de toda la vida, presente y actuante en cada uno de los fenómenos, pues es voluntad de vivir” (Mann, 1986:39).

Parreira complementa afirmando que “Es el principio dinámico que produce efectos, justamente por su movimiento: de ahí que la esencia de la voluntad sean la discordia y la vida” (Parreira, 2009:143).

Safranski pone énfasis que tal potencia, tal fuerza, tal cosa en sí, aterraba a Schopenhauer, puesto que se trataba de una totalidad a cuya visión él tenía acceso.⁹ Schopenhauer descubre que todo está envuelto en un juego creado y fomentado por ella; que todos los seres vivientes sólo son piezas en su tablero y que el único jugador es ella. Pero el autor de *El Mundo como voluntad* también descubre que el ser humano puede saber de *Su* existencia: saber que ella es la creadora del mundo tal y cómo éste es y, con ello lograr librarse del plan que la Voluntad ha diseñado para él. Por supuesto, esta libertad no es para siempre, ya que la Voluntad constituye a todo ente: “[...] de la Voluntad no podemos liberarnos pues constituye la totalidad de nuestra esencia” (Safranski, 2013:30).

El temor que la fuerza constitutiva de la voluntad producía en Schopenhauer puede verse en la siguiente frase, tomada de los *dolores del mundo*: “Cuanto más íntegra se muestra la voluntad, tanto más sensible se hace el sufrimiento” (Schopenhauer, 2009:71).

Para conocer el “en sí” de las cosas, su origen y su fundamento, es necesario acceder al conocimiento de la Voluntad. Manuel Maceiras afirma que sólo a través de ese descubrimiento de la Voluntad en todas las cosas, el ser humano podrá entender la visión schopenhauariana sobre el mundo, y esto le permitirá al hombre atenuar los sufrimientos que la Voluntad le ha preparado.

La Voluntad se manifiesta en los seres vivos como deseo ciego de vivir: la Voluntad sólo piensa y quiere vivir. Según Schopenhauer, si se le preguntara a cualquier persona por qué quiere vivir, ésta no sabría la respuesta (Schopenhauer, 2009:70). Esto parece confirmar la idea de que todo ser viviente, incluido del hombre, sólo vive por vivir. Todos somos como relojes a los que se les dio cuerda y andan por ahí sin saber cómo ni por qué.

El ser humano no tiene acceso inmediato a la Voluntad, sólo a su manifestación en fenómenos. La Voluntad no es visible para el hombre, éste ve sólo las representaciones que se hace de la realidad, por eso Schopenhauer afirma que *el mundo es mi representación* (Parreira, 2009:85). Cada ente será percibido bajo la representación del sujeto que lo perciba y si, como afirma Berkeley, *ser es ser percibido*, entonces el mundo descansará en el sujeto. “No hay objeto sin sujeto y no hay sujeto sin objeto” (Safranski, 2013:280). Por

⁹ “Asombro y espanto de la Voluntad por parte de Schopenhauer” (Safranski, 2013:30).

ello Mann asegura que: “El individuo no ve la esencia de las cosas, que es una, sino que ve sus manifestaciones fenoménicas como separadas y diferentes” (Mann, 1986:59).

Esta contemplación fenoménica del mundo revela un punto de gran importancia: como fenómenos de la Voluntad, no somos libres, le pertenecemos y somos parte de su plan de vida.

Schopenhauer sabe y se sabe él mismo parte de este engrane de la Voluntad, y por ende afirma en *Senilia* que el hombre no es individuo libre, y que además carece de importancia como individuo. El hombre sólo es importante como especie, pues en esta se preservará la semilla vital que permanecerá en el mundo. “A la naturaleza¹⁰ le importa sólo nuestra existencia, no nuestro bienestar” (Schopenhauer, 1852:332).

Además de Schopenhauer, el marqués de Sade también sabía que la Voluntad-naturaleza es la responsable de vida de los fenómenos del mundo: “El hecho escueto es que el hombre no vale, para la naturaleza, más que cualquier otro animal” (Sade, 1969:260).

El ser humano en cuanto tal, sólo puede esperar de la Voluntad-naturaleza recibir vida, sólo de esa manera le es de utilidad, sólo con ese fin fue creado el hombre: para preservar la vida. Se trata únicamente de una necesidad ciega, una potencia que invierte sus fuerzas y poderío con ese único propósito: vivir. Por ello el marqués de Sade recalca la importancia del hombre en comparación con los demás seres vivientes: vale exactamente lo mismo. Vivos los hombres son útiles, muertos no valen nada. “El hombre no es libre, ya que, ligado por completo a las leyes de la naturaleza, todos los hombres se encuentran obligados sin otra alternativa a obedecer a sus impulsos” (Sade, 1969:127)¹¹.

Dado que el hombre es presa de la naturaleza será necesario analizar la manera en que ésta lo controla como a un peón, por ello será necesario analizar al principal de los impulsos que dominan al hombre: el deseo sexual. Las necesidades sexuales son la culminación del ciclo de reproducción, a través de esos impulsos se generan seres nuevos y por consiguiente, mas vida sobre la tierra. De esta manera todo ser sexual cumple con el plan y el deseo de La Voluntad. Con esto se observa que todos los seres vivos son piezas

¹⁰ Schopenhauer en algunos de sus textos escribe *naturaleza* en lugar de *Voluntad*, pues en el fondo significan lo mismo, sin embargo, la palabra Voluntad es más acorde con sus intereses expositivos.

¹¹ La posición del marqués de Sade resulta contraria a la defendida por Schopenhauer: mientras Sade invita a dejarse llevar por la naturaleza, el filósofo de Danzig invita al ascetismo para negar la Voluntad. Sin embargo, lo que me interesa de Sade es la manera en que ilustra la presencia de la voluntad de vivir en el hombre, cómo es que se estructuran modos de vida que mediante la exuberancia buscan consuelo a la muerte ignorándola.

que llenan espacios con el único fin de expresar vida por breves lapsos de tiempo y, que al momento de desaparecer algún individuo otro nuevo llenará dicho espacio.

La Voluntad pone en los ojos del ser humano el velo de Maya que impide observar la verdad de su existencia en el mundo. El velo de Maya es el encargado de que la sexualidad tenga su tiempo y lugar en los hombres, animales y demás seres vivientes, es el medio por el cual se llega al fin de la Voluntad: la vida.

Las meditaciones de Schopenhauer acerca de la sexualidad muestran que no se trata de algo banal, sino de un hecho serio del cual no se tiene salida: “La Voluptuosidad es seria: Una pareja [...] juego amoroso, dulce juego, una broma deliciosa. Cuando comienza el acto desaparece la gracia y llega la seriedad animal. La fuerza natural que actúa en todas partes” (Safranski, 2013:184)

Uno de los instrumentos que la Voluntad ocupa para conseguir sus propósitos es la idea del amor. Por ello aquí serán expuestas las consideraciones que Schopenhauer realiza sobre el tema.

Para Schopenhauer el amor es sólo una ilusión motivada por el deseo de la conservación de la vida. El amor es la venda que el velo de Maya coloca al entendimiento y con esto, el ser humano cree que su pasión por otra persona está basada en la ilusión de amor, pero es la Voluntad quien obnubila a la mente. El amor consiste en un juego de duración indeterminada, la duración dependerá de la habilidad que cada quien posea para conseguir sus propósitos. Sin embargo, una vez que quede consumado el acto del amor, la ilusión desaparece y todo regresa a la normalidad, se vuelve a las tristezas de la realidad.

Mientras las almas creen encontrarse, son los genitales los que se buscan, los hombres se experimentan así mismos en cuanto individuos, por lo que, para que cumplan la finalidad de la especie, tienen que ser manejados con astucia: el placer del cuerpo y enamoramiento del alma logran alcanzar este fin. Satisfecho el apetito, desaparece el ensueño (Safranski, 2013:301).

Schopenhauer considera que existe una batalla entre dos potencias que habitan en el cuerpo del hombre: los genitales y el cerebro. Considera que ambos son parte importante del hombre: los genitales son el foco de la Voluntad, el cerebro es el receptáculo de conocimiento y de medida en el cuerpo. Sin embargo Schopenhauer considera que es más

importante mantener en excelente condición a la mente, a pesar de que la fuerza ejercida por la Voluntad a través de los genitales es fuerte, devastadora y que en la mayoría de los casos logra su cometido. Incluso es frecuente que se anule la potestad del cerebro por darle cabida a las pasiones corpóreas.

En la actualidad el ser humano da un gran valor a las pasiones corpóreas, quiera o no admitirlo, y por ello muchas veces pierde el camino del saber. Schopenhauer considera que es necesaria la vida ascética ya que sólo a través de ella: el ser humano podrá dejar el querer a un lado; podrá desprenderse de la desesperación de la Voluntad por llegar a su único fin; podrá darle una ventaja al cerebro sobre los genitales en la lucha constante por el destino del sujeto que oscila entre la mesura y la concupiscencia, entre el sufrimiento y el hastío, entre la sed y la saciedad, entre la tranquilidad y la voluptuosidad. “Los genitales son las raíces y el cerebro la copa del árbol, para que se produzca la floración es preciso que suba la savia. Cerebro y genitales son enormemente poderosos y se aguijonean entre sí para ejercitar su poder” (Safranski, 2013:184-5).

El amor es un ardid insertado hábilmente en cada hombre y en cada mujer por la Voluntad para consumir los fines de ésta. El ser humano vive su vida y cree en el amor sin sospechar el verdadero origen y finalidad de este; vive sin estar consciente de qué le pasa y por qué le pasa; vive sin poder hacer nada en el momento: sin salida, a menos que tal hecho sea racionalizado. Pero aun así, pocas personas han podido desligarse de dicho deseo o dicho estado emocional. Se trata de algo instintivo, algo fuerte y poderoso que opera en el ser humano de manera ciega y que avanza sin detenerse porque viene desde la raíz de la humanidad misma.

El amor es importante para la Voluntad por conducir a la preservación del vivir. Pero el enamoramiento es el camino hacia la carnalidad y las concupiscencias; es para nuestro autor, un engaño muy bien planeado; es irreal en esencia, aunque para las personas parezca y goce de total realidad en el tiempo, en el cuerpo y en la mente. Para Schopenhauer es como los fuegos fatuos que sólo engañan al hombre: “el amor tendido como trampa por el deseo de vivir” (Sans, 1995:19).

Trampa y engaño, palabras que hacen referencia a lo mismo, palabras que buscan explicar lo que acontece en el ser humano por culpa de la Voluntad, por culpa del deseo de

vivir, de preservar la vida, de hacer que el engranaje de la vida siga en la Tierra por el tiempo que deba de durar con y sin los sujetos individuales: sólo vida como colectividad.

En los *Dolores del mundo* Schopenhauer afirma que el amor es un mecanismo consistente en la combinación de dos seres para la generación de uno nuevo, logrando así el fin de la Voluntad: la vida. Pero el ser humano vive bajo la ilusión de que el amor es un sentimiento puro y cree en el enamoramiento como el acto por el cual encuentra a la parte faltante de su alma o corazón. Schopenhauer afirma que esto no es así, que en el momento en que una persona se fija en alguien, en realidad analiza si esta persona puede ser un complemento adecuado de las carencias corporales propias, esto con el fin de crear un nuevo ser que sí esté completo. Es decir, el amor y el enamoramiento son parte del proceso de selección entre individuos, guiados por la Voluntad, con el fin engendrar un nuevo ser: un hijo. Este nuevo ser nacerá, a los ojos del individuo cegado por el velo de Maya, como producto del amor entre dos seres; pero en realidad nacerá como resultado de la Voluntad de vivir.

El único fin verdadero, el fin real de toda unión amorosa, es engendrar un hijo, aunque los amantes no sospechen las secretas intenciones de la naturaleza. El placer, la voluptuosidad de la posesión recíproca, no es sino una asechanza, la naturaleza sólo piensa en llenar los vacíos, en rehacerse, en engendrar individuos nuevos (Schopenhauer, 2009:84).

Al llenar los vacíos la vida sigue su curso, ésta no se detiene por la pena de las pérdidas sufridas. La vida es como un juego de estrategia como el ajedrez: los peones pueden perecer siempre y cuando la pieza importante salga ilesa y victoriosa. Esto es análogo a lo que pasa con la Voluntad: mientras la vida y la Voluntad salgan ilesas, no importa cuántas pérdidas se sufran, pueden morir infinidad de individuos sin que la Voluntad se vea afectada puesto que cada individuo es reemplazado con otro que nace inmediatamente. La vida continua con o sin los individuos singulares, para eso es el engaño del amor, para que este proceso siga su curso, para que esta vida siga sobre la Tierra de la misma manera que lo ha hecho siempre. Pues Schopenhauer afirma que el amor sólo es eso, un engaño que al cumplir su cometido termina con todo, con esa magia, con ese hastío, hasta que vuelve a surgir en los seres humanos ese deseo.

El engaño que nos deparan los placeres eróticos debe compararse a ciertas estatuas, calculadas para ser vistas desde el frente y tienen aspecto bello. Analogía con esto guarda lo que nos aparenta el enamoramiento, mientras lo tenemos delante y lo vemos venir hacia nosotros, un paraíso de delicias; cuando ha pasado, se muestra como algo fútil e insignificante, cuando no hasta repugnante (Schopenhauer, 1852:309-310).

El ser humano le ha dado un lugar muy importante dentro de su vida al amor, al rito del enamoramiento y al sexo. La idea del amor se ha arraigado en la vida del hombre porque en ella éste encuentra refugio ante los pesares del mundo; con el amor el hombre olvida las penas presentes, pasadas y futuras; el amor le da a beber al hombre las mieles del olvido aunque sea por un breve instante, el instante que hay entre el surgimiento del deseo y la satisfacción de este. El amor se convierte para algunos en la única razón para la existencia, aunque en el fondo no es “razón”, sino más bien el engaño por el cual la vida se mantiene en pie.

Cuando Schopenhauer exhibe esta cara del amor, parece cruel al describirlo de una manera tan cruda que se aleja por completo de las concepciones idealistas que por siglos se ha forjado la humanidad, sin embargo, el autor de *El amor, las mujeres y la muerte* simplemente hace la invitación a considerar objetivamente este sentimiento. Sí, se trata de una ilusión creada por la Voluntad, pero es una ilusión que consuela ante las penas del mundo, sobre todo consuela ante la pena más grande que aflige al ser humano: “el amor es como la compensación de la muerte” (Schopenhauer, 2009:98).

El enamoramiento como parte del amor es el preámbulo para la relación sexual, para que a través de ella se cumpla el orden de las cosas sobre la Tierra: se genere un nuevo ser. Por ello afirma Schopenhauer que “el deseo sexual es en verdad el vestíbulo de la voluntad” (Schopenhauer, 2009:76), es la antesala de los deseos de la Voluntad.

Los individuos son sólo instrumentos de la Voluntad, ella sólo busca la conservación de la vida y cada individuo es sólo un medio para lograrlo. Por ello no existe individuo que posea importancia para ella. “En cuanto ha conseguido su fin por medio del individuo, la destrucción de este le resulta completamente indiferente, pues a ella, en cuanto voluntad de vivir, lo que le interesa es la conservación de la especie; el individuo no significa nada” (Safranski, 2013:301-302).

Existe una razón para esta visión cruda del amor en Schopenhauer, pues su vida lo empujó a pensar así. Después de la muerte de su padre vivió odiando a su madre, culpándola por la suerte de su padre y de él mismo. Para Schopenhauer su madre encarna el ideal de mujer liberada, que vive y se divierte a costa del trabajo del varón. En su propia familia Schopenhauer encuentra el ejemplo la idea inicial de enamoramiento, la idea inicial del engaño de la Voluntad como preámbulo para la gestación. Safranski encuentra en los diarios del filósofo de Danzig testimonios suficientes que confirman la hipótesis de que fue la experiencia del matrimonio de sus padres el lugar donde Schopenhauer encontró que los humanos viven cegados por el “amor”. El autor de *Senilia* ve en la mujer a un ser que busca en el matrimonio un “modo de manutención” (Safranski, 2013:79).¹² Schopenhauer recuerda como su madre, amante de la literatura y la compañía de las mejores celebridades de la época, organizaba veladas en su mansión, mientras que el padre se quedaba en el estudio con los males que le aquejaban.¹³ “[...] mi madre daba veladas mientras él se consumía. [...] este es el amor de las mujeres” (Safranski, 2013:79).

Hasta aquí el tema de la sexualidad y la familia. Retornando al tema del valor individual frente a la Voluntad habrá que recalcar que el individuo no tiene un valor mayor al de ser miembro de la especie, como simple fenómeno preservador de vida. Javier Urdanibia observa que el hombre vive cegado por el deseo a la vida, y que dentro de este deseo hay un temor gigantesco que resulta antagónico a la misma vida, un temor inexplicable a la aniquilación de su ser, en otras palabras un temor a la muerte o mejor dicho a su propia muerte: “no es el amor a la vida, sino el temor a la muerte” (Urdanibia, 1990:146).

Es este temor quien lleva al ser humano a buscar la manera de perdurar en la existencia, aunque muchas veces sin saber por qué (Schopenhauer 1852:55). El ser humano busca dejar un legado con el cual sea recordado después de su muerte, pero este deseo sólo es una ilusión que ha sido implantada por la voluntad de vivir en el hombre, y que se alimenta de la conciencia de la propia mortalidad. El hombre da a su muerte la peor de las máscaras, la de aniquilación y vehículo del ser a la Nada, pero ¿qué de malo tiene la muerte si sólo es parte del ciclo de la vida? ¿Por qué razón el hombre no habría de ir por la vida,

¹² “Entre las cosas que uno tiene no he contado mujer e hijos, pues lo que pasa es más bien que éstos le tienen a uno” (Safranski, 2013:443).

¹³ El padre de Arthur era un comerciante de edad más avanzada que su joven e ilustrada esposa.

como dijera Pérez del Río, tomando veneno hasta que este sepa bien, en lugar de buscar la manera de vivir más tiempo del que se tiene que vivir?

El deseo que cada uno tiene de que se le recuerde después de su muerte, y que en los ambiciosos aumenta hasta convertirse en deseo de fama póstuma, me parece provenir del apego a la vida, que, cuando se va separando la posibilidad de existencia real, se aferra a la única posibilidad que todavía queda, aunque sea sólo ideal, es decir, se aferra a una sombra (Schopenhauer, 1852:109).

Pero lo que en realidad debe tenerse en cuenta es que: “El hombre queda anulado y la naturaleza (Voluntad) se permite romper sus límites, que el que se enfrenta a ella tiene que estar en soledad heroica” (Safranski, 2013:75)

Se trata de una soledad heroica por el hecho de que el único camino para enfrentarse a la Voluntad es refugiándose en la soledad de una vida ascética. La Voluntad sólo busca continuar con la producción de la vida, pero la vida ascética niega la producción de nueva vida al negarse a los placeres y dolores que se presentan al cuerpo. Es heroica por el hecho de que se siguen padeciendo los males de la vida sin ninguna recompensa aparente, pero la verdadera gratificación consiste en que el individuo se ve libre de la Voluntad, aunque sólo sea por breves instantes de su existencia.

Schopenhauer invita a un conocimiento infinito, básico e irracional (Mann, 1986:40), liberador del juego de la vida sobre la Tierra, y que se logra cuando el individuo sale de la Voluntad y entra en el terreno de la conciencia mejor. Una conciencia fuera del todo, fuera de deseos, fuera de sufrimientos, de hastío, de empobrecimiento intelectual, fuera de deseos concupiscentes, fuera del deseo irracional de vivir por vivir y de preservar la vida hasta el infinito. Porque esta conciencia mejor brinda la oportunidad al hombre de emanciparse de la Voluntad, le brinda la oportunidad de satisfacerse a sí mismo con el orgullo de haber peleado en contra de la Voluntad y vencerla aunque sea sólo intelectualmente. “La voluntad, constituye el todo,¹⁴ de modo que sólo puede ser contrapesada por la nada, por

¹⁴ “[...] la Voluntad es el fundamento de lo real” (Savater, 2009:234).

ende, una conciencia mejor que trasciende los límites del yo empírico y por un instante escapa del ajetreo de la Voluntad” (Safranski, 2013:188-189).

El juego de la Voluntad estriba en simplemente vivir, preservar la vida, desear vivir lo más posible, sin más propósito que ese: vida en la vida, vida en el mundo, vida para la Voluntad. Schopenhauer observa este deseo ciego de la Voluntad y por ello deseará negarla, sacarla de los individuos, es por ello que en su obra quiere mantener a los hombres al tanto de la verdad de esta Voluntad, para conseguir que por lo menos algunos se liberen de ella a través de tener presente esto en sus conciencias.

La mayoría de los seres humanos están constituidos [de tal modo] que sólo toman en serio el comer, beber y copular. Estos utilizan de inmediato todo lo que las infrecuentes naturalezas sublimes han traído al mundo, sea en forma de religión, ciencia o arte, como instrumentos para sus viles propósitos, convirtiéndolo en la mayoría de los casos en su máscara (Schopenhauer, 1852:86).

3. La muerte en Schopenhauer

Schopenhauer desde su infancia se vio íntimamente relacionado con la muerte: sufrió la pérdida de su mejor amigo Anthime, así como la muerte —prematura según su opinión— de su padre. La posición frente a la muerte en Schopenhauer es clara y concisa ligada a su visión fatalista de la vida: para él vida y muerte están íntimamente conectadas, son parte de un mismo ciclo en su cosmovisión.

Schopenhauer cita a Aristóteles en la introducción a *El Mundo como voluntad y representación* de la siguiente manera: “La naturaleza es demoniaca, pero no divina” (Spieling, 2010:104).

Para comenzar con el análisis de la muerte iniciaremos exponiendo el punto más básico: su explicación biológica y natural. Schopenhauer afirma que la muerte es un estado natural que acontece a todo ser humano, consistente en un instante donde la actividad cerebral deja de funcionar produciendo la pérdida de la conciencia. Ella se presenta como la culminación de un proceso de deterioro progresivo del cuerpo, proceso que la Voluntad ha creado. Es este deterioro en lo que consiste la muerte natural. “La muerte propiamente natural, es una progresiva desaparición y evaporación de la existencia en forma imperceptible [...] se diluyen poco a poco las pasiones y los deseos junto con la receptividad a sus objetos” (Schopenhauer, 1844:521).

Para entender el tema de la muerte en Schopenhauer debe tenerse en consideración que la naturaleza forma parte importante en la existencia del hombre, pues ella lo determina. La naturaleza, en el filósofo de Danzig, tiene un nombre distinto: Voluntad. La Voluntad es quien tiene el control absoluto sobre todos los seres y sobre todos los deseos de estos seres, su único fin es el de perpetuar la vida en un ciclo interminable. Se trata de un juego de luz y sombra, tal y como lo expresa poéticamente Safranski: “Luz y oscuridad no sólo tienen realidad física, sino metafísica, ambos están en lucha permanente” (Safranski, 2013:244).

Una lucha metafísica y no sólo física, pues incluso la sucesión física que va de la oscuridad a la luz tiene en sí un fin más allá, más profundo, y que representa a un poder antiguo que ha dispuesto dicha sucesión del modo que es y no de otra forma: la Voluntad, ella es quien está en el fondo de este misterio citado por Safranski. Esta analogía entre luz y oscuridad intenta exponer a la vida y a la muerte como parte de un mismo fenómeno. Se

trata del misterio de la reproducción de los seres que nutren a las especies, junto con la desaparición de los mismos a través del tiempo, pues ninguno es eterno, ninguno puede romper con este ciclo impuesto por la Voluntad. “Muerte y reproducción son el conjunto de uno y el mismo fenómeno: la vida” (Parreira, 2009:168).

El mismo autor de la frase anterior afirma que esta vida está conformada por ciclos que comienzan y concluyen, ciclos de nacimiento y muerte¹⁵ que involucran no sólo al ser humano, sino a todos los seres vivientes que habitan la tierra. Bajo este plan de la naturaleza Schopenhauer sólo puede ver una vida de penurias, una generación metafísica en la que se habrá de cumplir con dicho plan. De este modo escribe que “los niños son inocentes condenados, no a muerte, sino a vida” (Schopenhauer, 2011:82).

Esta visión muestra que todo ente ha venido a parar irremediablemente a un mundo lleno de penas, carencias, desventuras y desvaríos cuyo único propósito es el sufrimiento. Todo esto determinado por una razón que no únicamente tiene estado físico, sino que posee un estado metafísico. Este estado metafísico ocupa al ser desde la más remota generación, y que dejará a todo ente en una situación de nacer, crecer, reproducirse, envejecer y morir. “La razón por la cual se envejece o muere no es física, sino metafísica” (Schopenhauer, 1852:123).

La visión y el pensamiento sobre la muerte, a pesar de ser parte inherente de la vida, son algo que le quita el sueño al hombre. El hombre le teme, intenta huir de ella, o por lo menos intenta esconderse de ella, pero ninguna vida escapa a la muerte. El hombre teme a la muerte, le angustian mucho ver las muertes de las personas cercanas, pero la muerte de sus semejantes produce en él lágrimas que van más allá de la pérdida de un ser querido, en el fondo se trata de la toma de conciencia de la propia muerte. La muerte propia sólo aparece como un pensamiento —aunque preferimos en lo posible no pensar en ella—, pues como afirman Schopenhauer, Greta Rivara, Vladimir Jankelevich, y muchos otros, la propia muerte sólo es un acto de conciencia ya que en el momento que aparece no hay pensamiento ni posibilidad, ya no hay nada.

Ahondando un poco más en el problema de la muerte, Pérez del Rio en *La muerte como vocación* (Pérez, 1983:89) nos dice que la muerte es lo que ocurre a otros, pero

¹⁵ “la vida como se da en el mundo fenoménico, es un ciclo de nacimiento y muerte, un conjunto de ciclos que comienzan y concluyen” (Parreira, 2009:167)

también a mí. Nuestro egoísmo es el que nos hace sufrir anticipadamente ese temor a la muerte; ese egoísmo, del griego *εγώ* (yo), nos hace ser lo principal ante nosotros mismos; que nos hace caer en cuenta de que lo que presenciamos en nuestros seres cercanos es el mismo fin al que caminamos; Pérez del Rio concluye que “vivir es saber que se va a morir” (Pérez, 1983:80), conocimiento terrible que nos acompaña desde el día en que nos hacemos conscientes de que es un fin compartido entre todos los que habitamos la Tierra y nos llamamos seres mortales.

Sin embargo, el conocimiento de nuestra finitud puede llegar a ser positivo. La conciencia de su propia muerte ha creado en el ser humano una necesidad de querer dejar su huella en el mundo, en este lugar donde pasa sus días oscilando entre la felicidad y la tristeza, entre la opulencia y la carestía, entre el hastío y el deseo. Por ello menciona Pérez de Rio que la filosofía es la historia de los inventos del hombre para reconciliarse con su muerte (Pérez, 1983:77).

A pesar de que la conciencia de la muerte no puede alejarse del ser humano, este no todo el tiempo piensa en ella. La muerte es pensada en espacios de tiempo aislados, tanto si se le considera buena y salvadora como si se la califica de mala y terrible. Pensar en la muerte todo el tiempo con la concepción de que es buena y salvadora podría llevar en un instante a tomar una decisión equivocada: conduciría al suicidio. Del mismo modo, pensar constantemente en la muerte como lo más terrible que existe, puede conducir a un estado de psicosis grave, a una angustia prolongada, a atormentar al ser por considerarse “muerto en potencia”, pensando en un punto más trágico llegaría al suicidio sólo que por otra vía.¹⁶ El pensar constantemente y sin descanso en la muerte, o nos mortifica o nos hace anhelarla sobre todos los bienes de la Tierra.

Para nuestro autor es de suma importancia que el ser humano lleno de Voluntad deje de existir y deje de ir propagando el deseo de la Voluntad del cual fue creado (conservación de la vida sobre la Tierra). Esto se logrará a través de que el individuo sea uno fuera de la especie, proclamando su yo, proclamando su deslindamiento de La Voluntad, diciendo: soy yo y siento el dolor del mundo, estoy en empatía con el dolor no sólo mío y de mi especie, sino de todo lo que está cargado de Voluntad en esta tierra; no quiero seguir el plan de La

¹⁶ Podemos ver como en casos extremos se llega al mismo fin sólo que por distintas vías, aun así no estoy diciendo que así sea en todos los casos, reitero, lo puse como ejemplo de casos extremos.

Voluntad y me deslindo de ella a través de mi renuncia voluntaria de la vida (vida que es el deseo primigenio de La Voluntad), ansío y espero mi muerte tal como se ansia la mañana al anochecer, tal como se ansia el agua en pleno desierto. “la muerte es la gran oportunidad del yo para dejar de existir” —escribe Schopenhauer— (Spierling, 2010:129).

Desde la visión schopenhaueriana el hombre se da cuenta de que sólo es parte de un engranaje gigantesco e interminable, en el cual sólo se existe por existir, sólo se vive por vivir, sólo se quiere por querer. Un sistema en el que el ser consciente que es el hombre siempre está tratando de huir de la muerte, siempre está atemorizado por su sombra, siempre esperando que llegue la muerte de los demás menos la propia. Por eso el hombre vive en el presente, huye al pasado y se abisma en la muerte sin saberlo: “La vida no es más que una muerte suspendida, aplazada y la actividad de nuestro espíritu, un aburrimiento siempre combatido. Es necesario que triunfe la muerte porque le pertenecemos por el hecho mismo de nuestro nacimiento” (Schopenhauer, 2009:24).

La vida no es más que una muerte aplazada. Cada día de vida es un día hacia la muerte. La vida consiste en un caminar a la nada, de la nada se viene y a la nada se va. Controlar el desenlace final es imposible, sólo es posible aplazarlo un poco, pero tarde o temprano habrá de llegar el día para expiar la culpa de haber nacido. Según Patrick Gardiner sólo se van satisfaciendo urgencias primarias donde: “Dientes, garganta y entrañas son hambre objetivada; los genitales, deseo sexual objetivado; corresponden a las aspiraciones más indirectas de la Voluntad que ellos representan”(Gardiner, 1975:268).

Sólo se tiene vida mientras la muerte lo desea. Cada día que pasa van menguando las fuerzas tanto del cuerpo como del espíritu: desde su nacimiento los seres van en continua decadencia. ¿Cómo negarlo? ¿Quién podría afirmar, pasada su madurez, que cada día que pasa se siente más joven y le achacan menos los males? Día con día el ser humano sufre deterioros naturales, deterioros a los cuales está destinado por el solo hecho de ser un ser apegado a la Voluntad y al devenir, un ser intransigente en la vida del universo y en la vida de la Voluntad. Una vez que ha menguando todo el esplendor del cuerpo ¿qué queda? ¿Qué se puede rescatar? o bien ¿qué es aquello que se ha llevado la muerte? El ser humano le teme a la muerte sin darse cuenta de que en realidad él es nada, la muerte se lleva un cuerpo, quizá un individuo —si es que este logró emanciparse de la Voluntad—, pero sólo eso y nada más. Esto hace eco de las palabras clericales “polvo eres y en polvo te

convertirás”, una verdad enunciada después por Schopenhauer y por Nietzsche, así como por muchos otros de la siguiente manera: “De la nada salimos y a la nada vamos”. Dado que no se han presentado pruebas verosímiles sobre una vida futura, una resurrección, una vida eterna, o de mil y un ideas que prometen los placebos religiosos, la muerte y la nada son las únicas apuestas seguras.

¿Qué es lo que la muerte se lleva? Schopenhauer dirá que: “El hombre cargado de días¹⁷ se la pasa tambaleándose y reposa en un rincón [...] no es sino una sombra, un fantasma de un ser pasado. Se acerca la muerte, ¿Qué puede destruir aun?”(Schopenhauer, 2009:22)

Pensando en el individuo que muere por vejez ¿acaso no es la muerte un alivio? Las penas, carencias, enfermedades y demás pesares se han encargado de deteriorar y lastimar su cuerpo, para un individuo en tal situación la muerte no sólo se espera, sino que se ansía: es bien recibida. Suele oírse en gente que atraviesa situaciones difíciles a las que ya no encuentra salida, “más me valdría morir”. ¿Acaso la muerte será no sólo la mejor salida a los pesares del mundo, sino también la única capaz de desatar al ser doliente del nudo con la Voluntad? Schopenhauer así lo cree y, en *Los dolores del mundo*, lo expresa del siguiente modo: “El término de cualquier actividad vital es un alivio, un maravilloso alivio para la fuerza que lo hizo posible. Esto quizá explica la expresión de dulce serenidad que cubre el rostro de la mayoría de los muertos” (Schopenhauer, 2009:25).

Cabría preguntar en términos generales ¿Qué somos los seres vivientes? y particularmente ¿qué somos los seres humanos? ¿En realidad todos nos creemos o nos sabemos individuos? ¿O somos, como creía Schopenhauer, simples peones en un gigantesco juego de ajedrez entre la Voluntad y la muerte? Preguntas que sólo pueden ser hechas después de leer a nuestro autor, sólo después de que él nos haga ver que la individualidad en la que vivimos podría ser ficticia. Esto se trata de algo que nos lleva a pensar que la idea que tenemos sobre que al morir nosotros muere todo con nosotros, no es más que falsedad; que la importancia que atribuimos a nuestro ser es una blasfemia para la vida misma fundada en un egocentrismo. La Voluntad nos inyecta muy bien ese suero de vida que nos hace fantasear sobre la importancia de nuestra vida en la Tierra, ¡vaya

¹⁷ Haciendo referencia a la vejez, cargado de días, nos remite a pensar a un hombre que va cargando su individualidad por días, que son años.

mentira! , menuda venda pone la Voluntad en nuestros ojos: “ilusión de su individualidad [...] sólo morirá el individuo, no la especie” (Urdanibia, 1990:253), que al fin de cuentas la especie es quien posee una verdadera importancia para la Voluntad, no Arthur Schopenhauer, no Roberto Téllez, no Fulano, ni demás personas que han estado, están y estarán en este mundo.

Edouard Sans afirma que “la muerte es precisamente lo letal de dicha voluntad individual” (Sans, 1995:91). La muerte sólo se lleva voluntades individuales, fragmentos de la creación magna de la Voluntad; sólo eso y nada más, sólo una pérdida insignificante entre todas las voluntades del mundo; ¿qué más da que hoy muera una persona en el mundo si justo en ese mismo instante están naciendo más creaciones de la Voluntad? Hablando en términos generales, la muerte en el mundo es parte de un vaivén: unos nacen y otros mueren. Sin embargo, para cada persona esta visión es diferente cuando piensa en sí misma; nadie piensa en la muerte del mundo, no resulta aterrador el hecho de que alguien más muera sino que lo verdaderamente aterrador es el pensar en nuestra propia muerte.

La muerte se trata de evitar, es aquella que quita el sueño por las noches: es la propia. Pues “la muerte es para cada cual el ocaso del mundo” (Schopenhauer, 1852:100).

En *El mundo como voluntad y representación* se encuentra una frase que resume lo anteriormente dicho: “la muerte es el fin temporal del fenómeno temporal” (Schopenhauer, 1819:536). La muerte termina con los individuos uno por uno y jamás con la especie; lo que la muerte mata no es a todo ser partícipe de la vida, ni siquiera sólo a la especie humana, sino que sólo mata al ente al que la muerte atañe en ese momento. La Voluntad resulta ilesa de la suerte particular de los individuos; la Voluntad no se afecta con la muerte de un único ser. La Voluntad es generadora de seres que cumplen con el propósito de preservar la vida que, a fin de cuentas, es el único fin que ella persigue.

La filosofía de Schopenhauer proporciona al ser humano el conocimiento de que se nace de la nada y al morir es a ella a donde se va; el de que perecer es el aniquilamiento de un individuo y que éste dará paso a nuevos seres y nuevos organismos vivos; el de que la vida, a pesar de todo, también es un regalo, pues al adquirirla puede llegarse a ser un *individuo* en un lapso temporal; pero también que con la muerte se termina ese fenómeno temporal junto con sus glorias.

Sí que vemos al individuo nacer y perecer: pero el individuo es sólo fenómeno, no existe más que para el conocimiento inmerso en el *principium individuationis*: para este el individuo recibe su vida como un regalo, nace de la nada, luego con la muerte sufre la pérdida de aquel regalo y vuelve a la nada (Schopenhauer, 1819:331).

La conciencia sobre esta verdad que reina al mundo es triste y en algunos casos fatal. Es perturbador saber que la vida de un individuo y su inevitable muerte no sea de importancia para la Voluntad, para ella la destrucción de los individuos es indiferente y no le causa ni el menor daño. Parafraseando a Schopenhauer el efecto es tan irrelevante como la causa, los individuos sólo son medios para un fin, en el camino nacen unos y mueren otros, pero esto no altera los planes de la Voluntad.

La muerte es la puerta que conduce a los individuos a la Nada, pero también se trata de un elemento del sistema del reciclaje que potencia la vida. Nuestro cuerpo está constituido por materia orgánica que prevalece en la naturaleza, en otras palabras, al morir el individuo se queda la potencia que hizo posible su nacimiento. La voluntad sólo quita al individuo aquello que le prestó. “La muerte es la pérdida de una individualidad y la recepción de otra, cambio de individualidad bajo la exclusiva dirección de la Voluntad” (Schopenhauer, 1819:554).

Con la muerte del individuo sólo se pierde un ser y ni la naturaleza, el mundo o las cosas se ven afectadas, menos aún la Voluntad. Quizá la representación de cada individuo desaparezca con él, pero no el mundo en el que habita. La representación se va porque el sujeto observante se va. Porque la muerte es sólo el final temporal de un fenómeno igualmente temporal. Porque, como afirma Thomas Mann: “La muerte no toca en absoluto la realidad trascendente y verdadera, lo que en nosotros muere es tan sólo individuación” (Mann, 1986:49). “Tan sólo es la desaparición de la pared entre el yo y el resto del mundo” (Mann, 1986:60).

La muerte es un acto que termina con el fenómeno, que acaba con la conciencia individual, mas nunca con la conciencia de la especie, pese a la importancia que de sí mismo el ego haya creado en el individuo. La Voluntad brinda la ilusión de individualidad a cada miembro de la especie, pero al llegar la muerte el ente se percata de que sólo era un

número más, no un individuo que era algo por sí sólo. Cae en la cuenta de que sólo fue un peón que trabajó para llevar a cabo el propósito de la Voluntad.

Todos los seres vivientes sólo son fenómenos que aparecen y desaparecen a través del tiempo. En *Senilia* Schopenhauer medita del siguiente modo: “cuando atrapo y mato a una mosca, está claro que no he matado la cosa en sí, sino [únicamente al] fenómeno” (Schopenhauer, 1852:140). No se mata a la mosca como especie, no se mata al ideal mosca, o a la mosca primigenia (hablando platónicamente según el mundo de las ideas). Sólo se mata a *una* mosca, a un ejemplar de la especie mosca, sólo una mosca de las muchas que habitan en el mundo: y la especie mosca seguirá existiendo como si nada después de haber matado a esa mosca. Todo ser viviente está representado por esa mosca, ya se trate de una hormiga o de un ser humano, de un mendigo o de un rey: la Voluntad tarde o temprano lo atraparé y matará.

La muerte es pérdida de la representación individual, pérdida de la conciencia individual. Se trata de una concepción sobre la muerte que Schopenhauer descubrió en el pensamiento védico. En *Más allá del nacimiento y la muerte* (Bhaktivedanta, 1981), se afirma que un cuerpo sin conciencia es un cuerpo muerto. Con la misma espontaneidad con que aparece un fenómeno, también se desvanece y muere, desapareciendo con él su representación, su conciencia, y su corporeidad. Con la idea de que es de la nada de donde se viene y a donde se va, Schopenhauer afirma que “si se lo piensa bien, se hallará que en realidad, todo lo precedido nunca ha existido verdaderamente” (Schopenhauer, 1852:367). La leve aparición del fenómeno en el tiempo, su leve destello en la oscuridad, es sólo un préstamo de la nada al mundo, es sólo un juego de la Voluntad. Como dijera Alexi Philonenko: “la muerte no existe.¹⁸ El individuo emerge de la nada, recibe la vida como don, después regresa a la nada. Nacimiento y muerte pertenecen al fenómeno del querer, es decir, a la vida” (Philonenko, 1989:245).

Según esta concepción sobre la muerte es posible encontrar un consuelo para aquellas personas amantes de la vida: al morir, aquello de que un ente está compuesto no desaparece del todo. La materia, que es la potencia de la Voluntad, se conserva y sigue existiendo en la

¹⁸ Haciendo referencia al hecho de que vida y muerte son una y la misma cosa, uno y el mismo fenómeno. No se le quita validez a la muerte al afirmar que no existe, para Alexi, la muerte es sólo la otra cara del fenómeno vida, para él hablar de muerte es hablar de la vida. Parecido a la sístole y la diástole del corazón los cuales son uno y mismo proceso de bombeo e irrigación de sangre en el cuerpo.

totalidad de la naturaleza. Los despojos que quedan después de la aniquilación de la conciencia del individuo servirán para que la vida continúe, posiblemente dando origen a seres diferentes al ser humano, pero a fin de cuentas, seres que conservan la potencia y las ansias de vida que tiene la Voluntad.

[...] convertirse en nada tras un lapso de tiempo, para dejar lugar a nuevos seres iguales a ellos que surgen de la nada (Schopenhauer, 1844:527). Ya que: no existíamos antes de nacer, tampoco existiremos después de morir (Schopenhauer, 1844:548) y visto más poéticamente: la noche del pasado convirtiéndose en nada (Schopenhauer, 1819:335).

Y sale a colación el siguiente fragmento tomado del libro de Greta Rivara:

“Mas no hay después ni antes y la muerte
no nos espera al fin: está con nosotros
y va muriendo a sorbos con nosotros” (Rivara, 2003:24).

La observación acerca de que “no hay ni un antes y tampoco un después” ilustra a la perfección la idea de que se viene de la nada y a la nada se va. Vida y muerte son parte de una misma cosa, aunque la muerte, que termina con el fenómeno, lo lleva a la nada.¹⁹

Ante esta visión de la vida cabría preguntar: ¿qué quiere el hombre? ¿Será, como lo sugiere Schopenhauer, que en esta vida el hombre vive por vivir sin saber por qué lo hace? ¿Quién se ha hecho esta pregunta honestamente y quién la ha podido contestar con mesura y raciocinio? ¿Qué busca el hombre en la vida? Tal parece que el ser humano sólo busca la satisfacción y la disminución de los pesares; quiere buscar una vida cómoda llena de placeres, donde las penas no aparezcan; quiere una vida holgada donde las necesidades no tengan que ser apaciguadas pero, sobre todo, una vida donde no se tema a la muerte. Sin embargo esto es imposible, no se trata de una vida posible ya que la vida consiste en un vaivén de sufrimiento y felicidad, carencia y holgura. Los deseos que producen sufrimiento en los seres vivos sólo pueden calmarse momentáneamente, y la felicidad y la tranquilidad sólo son efímeras, después viene un hastío que llevan al ser viviente a querer algo más,

¹⁹ Arthur Schopenhauer así como Greta Rivara y demás autores consideran que después de la muerte no hay nada, ni conocimiento, ya que la muerte también termina con eso, termina con el conocimiento y con los saberes que esa persona o ser tenía. Si acaso Schopenhauer diría que únicamente se conserva la materia y la potencia de vida en la naturaleza.

trayendo nuevamente la pena. Esta es sin duda la vida del hombre en el mundo, en donde se tiene por realidad varias cosas: el nacer de la nada, el crecer, el desear, el sufrir, el hastío, el cumplir con el deseo de la Voluntad y el morir regresando con ello a la nada. “El hombre quiere el tiempo como un niño quiere caramelos; en lugar de encontrar su eternidad en el duro presente, sin preguntarse de dónde viene y a dónde va, se lanza hacia los fines quiméricos y al hacerlo, transforma el tiempo en historia, que él quiere real” (Philonenko, 1989:257).

Ahora cabría preguntar ¿por qué no debería de triunfar la muerte? ¿No es lo que necesariamente debe de acontecer? ¿No es lo que por ley debe ser? Desde donde se contemple resulta evidente que debe ser así para todos, pues si se piensa a la muerte como parte del mismo fenómeno junto con la vida, entonces su acontecimiento es necesario para dar fin a dicho fenómeno. Resulta evidente si se piensa que de la nada se viene y a ella se vuelve. También resulta necesario si se le concibe como el descanso de las penas en la vida, si es que se trata de lo único que puede brindar tranquilidad y reposo. Por donde se le considere siempre se llegará a la misma conclusión: la muerte es necesaria en cada individuo, lo quiera éste o no. Dado que ella es necesaria ¿no sería mejor afrontarla? Hacer a los seres humanos conscientes de ella y así dejar de temerle, ya que es necesaria para el ciclo vital, ya que se trata de un alivio para los días largos de las personas, ¿no sería mejor esperarla y no temerle? ¿Crear que es dulce y no digna de horror? Porque como de manera poética afirma Schopenhauer: “Dice la muerte: tú eres el producto de un acto que no debería haber sido; por eso, para cancelarlo, tienes que morir” (Schopenhauer, 1852:367).

Al afirmar la muerte, como dijese Schopenhauer, pasa otra cosa interesante: cuando pensamos que hemos satisfecho las necesidades de nuestro cuerpo, que hemos satisfecho nuestros instintos, cuando pensamos que hemos dado un lapso de tiempo extra a nuestra vida, repentinamente nos asalta el pensamiento de nuestra finitud. La conciencia de nuestra finitud involucra pensamientos atormentadores pero ciertos: somos seres efímeros, somos seres que pretenden inmortalidad aun sabiendo que es imposible, somos seres destinados a la aniquilación por el bien y decreto de la Voluntad. No existe pensamiento más atormentador en un ser consciente que saber que por más precauciones que tome en la vida por evadir su muerte, todo será “acto en vano”, es como querer que una piedra flote en un

rio por toda la eternidad: “en el fondo somos algo que no debería ser: por eso dejamos de ser” (Schopenhauer, 1844:560).

Schopenhauer puntualiza en *El mundo como voluntad y representación* que “el mayor delito del hombre es haber nacido, y consecuentemente paga esa culpa con la vida” (Schopenhauer, 1819:415). Schopenhauer no tuvo mejor manera de ilustrar esto que dándole voz a la muerte. Así, en verso, se estructuró un discurso en donde se muestra cómo ella misma decide sobre el destino de cada ser viviente, cómo es ella quien conoce la naturaleza de la existencia, siendo ella la concedora del origen de cada persona y por ende, ella misma es la encargada de anular las individualidades creadas por la Voluntad. Pero, sobre todo, la muerte también conoce el plan de la Voluntad y ejecuta su trabajo sin afectarlo.

Cuando Schopenhauer escribe que “todo lo que tiene vida debe expiar su existencia, primero en la vida y después en la muerte” (Schopenhauer, 1852:172) está afirmando que los sufrimientos por los que pasa cada individuo no son más que la forma de expiar su culpa por haber nacido. La naturaleza humana está destinada a desear y a sufrir, no existe otro camino en esta vida, y al final sólo hay una salida: la muerte. Cada ente le pertenece a la muerte desde el momento en que nace, pues desde ese momento se encuentra en constante peligro de muerte.²⁰ Dado que todo ser viviente le pertenece a la muerte puede entenderse la siguiente afirmación de Schopenhauer: “Que triunfe la muerte, porque le pertenecemos por el hecho mismo de nuestro nacimiento y no hace sino jugar con su presa antes de devorarla” (Schopenhauer, 2011:91-2).

La muerte es la última parte del pago de una deuda adquirida al nacer. Cada día de sufrimiento en esta vida constituye un abono para esta deuda, pero la cuenta se salda sólo en el momento en que aparece la muerte y termina con el individuo.

La muerte siempre está ahí, junto a todo ser vivo. Sin embargo los seres humanos le damos su verdadera importancia sólo cuando está a punto de llegar y, después... nada. Una vez que la muerte llega al individuo ya no hay nada, ya no hay fenómeno, ya no hay conciencia, ya no hay vida, pues como afirma Greta Rivara: “la muerte es una posibilidad

²⁰ Digo peligro por decirlo de algún modo, porque como ya lo he mencionado la muerte no genera un peligro sino un escalón más en la escalera de la vida. Me inclino a pensar que la expresión *peligro de muerte* ha nacido de un temor infundado en el hombre aunado a su amor ciego por la vida. De una vida a la cual parece estamos atados desde siempre, atados por ese germen de la Voluntad que está en cada uno de nosotros, y que obliga a querer la vida a costa de todo.

que se mantiene siempre en ese nivel, ya que en el momento en que se realiza no hay más posibilidades” (Rivara, 2003:50).

Según mi lectura de Schopenhauer, la muerte es atemporal ya que sólo aparece instantáneamente. La muerte es un acto que termina con un individuo sin que haya un “después de”. En la muerte no transcurre el tiempo, se trata de una obra de un solo acto. Es contraria²¹ a la vida puesto que la vida se vive en un constante presente, en donde el recuerdo de las victorias y los triunfos pasados junto con los anhelos para el futuro sirven sólo para justificar y dar ánimos a ese presente que se vive.

La muerte es un final que siempre sorprende, incluso cuando avisa. A pesar de los esfuerzos del hombre por prolongar su encuentro con ella, inevitablemente éste habrá de conocerla. La muerte es fulminante, certera, poderosa y verdadera, todo a la vez para el fin definitivo del fenómeno. Según esta filosofía, la vida de la mayoría de los hombres podría considerarse infeliz, carente de valor alguno, pues casi todos los seres humanos no han logrado trascender en el pensamiento y romper el velo de Maya que oculta la verdad autentica del mundo, sólo aman la vida por el hecho de que la tienen. Siendo esto así: ¿por qué no elegir la muerte o por qué no merecer que la muerte llegue? A pesar de que el hombre vive sumergido en la concupiscencia, en la miseria, en la carencia, y sabiendo que es inalcanzable una vida mejor, a pesar de esto, el hombre intenta huir de la muerte, intenta huir a ese destino inevitable. Pero ¿por qué huir? si tal como afirma Schopenhauer: “La muerte es la destrucción violenta del error fundamental de nuestro ser, el gran desengaño. La individualidad de la mayoría de los hombres es tan miserable y tan insignificante que nada pierden con la muerte” (Schopenhauer, 2011:72).

Sólo queda aceptar con serenidad el inevitable destino. La muerte es la apuesta segura del destino del ser y se encuentra ante nuestros ojos y al alcance de nuestras mentes. ¿Es una apuesta triste? No, ¿entonces es algo alegre? Tampoco. Sólo se trata de una apuesta segura. Lo que nos espera a todo ser viviente es la simple y llana nada: un lento hundimiento en la nada (Pérez, 1983:118). Un desvanecimiento de la materia corporal,

²¹ Pongo contraria por no encontrar otra palabra adecuada, ya que mi postura sobre la muerte consiste en considerarla como parte de un mismo proceso junto con la vida. Hablar de uno de estos conceptos sin mencionar al otro resulta absurdo. El pensarlos separadamente es quitarle su importancia, relevancia y esencia a cada cual. La necesidad de pensar en la muerte justifica nuestros actos en la vida, así mismo pensar en vivir una vida buena y correcta (bajo los lineamientos que cada quien tenga) justificará una muerte. Por eso digo que son sustratos de una y la misma cosa.

cesación de las actividades corpóreas mismas que sólo siguen el plan de la Voluntad: formar parte de la vida y contribuir a la perpetuación de la misma.

En su libro *La muerte como vocación*, Pérez del Río afirma que “el hombre ya no existe en su muerte, ella es la cesación y la nada” (Pérez, 1983:117). Si esto es así, ¿por qué no aceptar a la muerte con serenidad tal como Job lo hizo en el mito bíblico? Según la tradición, Job fue sometido a las más grandes calamidades que un hombre puede sufrir por obra de su Dios, esto con el solo propósito de probar su fe. Job se resigna consciente de sus desgracias y de su destino fulminante. A pesar de que su destino es injusto y confuso para su mente humana, Job acepta el juego que su Dios le ha preparado; sabe que las calamidades que tiene son parte de una prueba de fe. En esta prueba confusa para el entendimiento racional sólo la fe, la esperanza y el amor al misticismo tienen cabida. Si el Dios de Job y no la Voluntad fuera el verdadero creador de nuestro destino, no importaría mucho, pues tendría el mismo plan para nosotros: pruebas, carencias, obligaciones, desventuras y malos tragos, hasta llegar al único destino de todo ser viviente: la muerte.

Job al momento de hacerse conciente de su presente y pronto futuro menciona las siguientes palabras:

¡Nada espero! El abismo es mi casa,
Me hago la cama en las tinieblas,
A la podredumbre le llamo madre,
A los gusanos padre y hermanos.
¿Dónde ha quedado mi esperanza?
Mi esperanza, ¿Quién la ha visto?
Pasaré a las puertas del abismo
Cuando nos hundamos juntos en la tierra.
[JOB 17:13-16] (Cabrera, 1998:112).

Todos nos hundimos juntos en la tierra, nos quedamos en el polvo y la podredumbre, nos desvanecemos en la misma tierra que pisamos. Nada nos llevamos porque de la nada venimos, y un ser que de la nada vino y a la nada se va, nada puede hacer para impedirlo, nada ha tenido y nada puede llevarse.

La muerte debe ser aceptada hasta el punto de que tal trago tenga un sabor a miel y no a hiel. La muerte es el camino que recorre cada ser viviente desde que nace; es el puente de retorno hacia la nada. Se trata de una verdad amarga y fría para muchas mentes, pero de una apuesta segura. En esto consiste la verdad prístina y clara que Schopenhauer ha heredado a la humanidad a través de sus escritos. La muerte es aniquilación de la representación que cada ser se crea, pues como él lo afirma, el mundo es nuestra representación, y con la cesación de mi conciencia mi representación se aniquila con ella. La muerte sólo se lleva la vida de mi cuerpo y, con ella, mi representación. Esto para nada afecta al mundo, sólo mi representación y yo como sujeto observante desaparecen. La *existencia* sigue y seguirá igual e idéntica a sí misma. “Aquella existencia que permanece indiferente ante la muerte del individuo no tiene por forma el tiempo y el espacio. Ahora bien, todo lo que para nosotros, es real aparece en más formas. Por eso, la muerte se nos presenta como aniquilación” (Schopenhauer, 1852:353).

Se trata sólo de una aniquilación como producto de un proceso natural. Un proceso que el marqués de Sade describe del siguiente modo en *Julieta*: “¿Será placentero este proceso natural? ¡No!, ¿placentero? ¡Tampoco!” (Sade, 1969:28).

Un proceso natural al que todo ser viviente está condenado, proceso que hará ver lo absurdo de los esfuerzos: “la vida es tan corta, insegura y fugaz que no vale la pena hacer un gran esfuerzo” (Safranski, 2013:96).

Pero la vida de un individuo sólo es fugaz si se le compara con la vida de la Voluntad creadora. La vida de un individuo representaría sólo un abrir y cerrar de ojos para la Voluntad. Sólo esta comparación haría breve la existencia individual, sin embargo, la existencia del individuo contiene el tiempo necesario para que un ser humano pueda llevar una vida heroica, el tiempo suficiente para comprender su condición, aceptarla y poder disfrutar, aunque sea por un instante, de la iluminación y la alegría al deslindarse de la Voluntad.

Aunque no siempre se consigue este deslinde de la voluntad, y para esos casos en los que cada día se pierde un poco más de vida como autómatas, Alexi Philonenko menciona que “somos como un reloj que sigue el curso del tiempo y que una vez que se le ha dado cuerda, anda sin saber por qué” (Philonenko, 1989:245).

¿Será que todo ser viviente, incluido el ser humano, vive sólo por vivir? ¿Será que sólo se es un amasijo de órganos, carne, sangre, huesos y conciencia en busca de algo desconocido? ¿Será que se es un algo que ha sido colocado en un lugar sin saber por qué ha llegado ahí? ¿Será que el cuerpo, como artefacto de la Voluntad, tiene la única finalidad de andar por ahí queriendo huir y retrasar la muerte? ¿Será que en el cuerpo inconscientemente está siempre latente la pelea milenaria entre la vida y la muerte? ¿Será que hoy ha vencido la vida para el autor de este texto, pues sigue redactando estas líneas, pero quizá mañana venza la muerte y ya no esté aquí para ver la culminación de sus pensamientos? Esto para nada interesa a la Voluntad, puesto que mañana aparecerá otro individuo que reemplazará el puesto que uno deja al irse. ¿Será que en verdad “cada día es como una pequeña vida, cada despertar y levantarse es como un pequeño nacimiento, cada fresca mañana una pequeña juventud y cada irse a la cama y dormir es una pequeña muerte”? (Schopenhauer, 1852:340).

Vida y muerte son parte de un mismo proceso que conforma una lucha constante en cada individuo. La muerte es siempre una posibilidad, jamás deja de estar presente. Pero la vida, fin por excelencia de la Voluntad, también está en juego. Las necesidades del cuerpo son parte importante en este juego: respirar, nutrirse, descansar, mantener cierta temperatura, etc. Todo esto es un medio para aplazar la muerte y con ello se consigue “burlar” a la muerte por un poco más de tiempo. Sin embargo, al final del juego de la Voluntad cada persona llega a su muerte, sin importar cuánto haya pretendido burlarla, ella siempre gana. “Comen apropiadamente, beben y disfrutan el amor, afirmando la voluntad hasta la muerte” (Schopenhauer, 1819:457).

Y si es como lo retrata Safranski:

Cada vez que respiramos estamos rechazando la muerte, la cual empero no cesa de progresar: de manera que tenemos que lidiar con ella a cada instante. Luchamos con ella por medio de la comida, el sueño, del calor, etc. En el nacimiento fuimos entregados a ella y nuestra vida es sólo una postergación de la muerte (Safranski, 2013:196).

A pesar de lo anterior, el ser humano va por ahí amando la vida, sin tener idea del porqué de ese apego inconsciente. Ama la vida porque a pesar de todo, la nada no deja de tener algo bueno (Schopenhauer, 2009:36). Se ama la vida a pesar de que todo ser viviente

solamente va por ahí dejando esencia vital a cada paso, o como Philonenko expresa: “Es simplemente [...] perder energía, vaciarse así mismo tanto en respiración o el aliento que deja escapar algunos momentos de la sustancia” (Philonenko, 1989:247).

Por mucho que el ser humano quisiera que fuera de otra manera, de hecho el mundo es así. Nadie puede contradecir el curso de la vida, ni el destino de la Voluntad, ni el curso natural de la degeneración corpórea. Nada está aquí para siempre, todo tiende a la degeneración, a la muerte y a la nada. “Nada fijo hay en esta vida fugaz; ni dolor infinito, ni alegría eterna. Nada se toma en serio en la vida humana: el polvo no merece la pena”(Schopenhauer, 2011:90-1).

La muerte natural es la culminación de un proceso que va acabando poco a poco con las capacidades corporales e intelectuales de un individuo; poco a poco extingue los deseos e impulsos sexuales, extingue el apasionado desvelo hacia la “prole” (Schopenhauer, 1844:537). La muerte de los deseos sexuales muestra con más ímpetu el camino hacia la muerte²²: “La vida de nuestro cuerpo no es más que un morir continuamente evitado, una muerte siempre aplazada” (Schopenhauer, 1819:369).

A pesar de ser un destino que puede considerarse triste, la muerte es de gran importancia. La muerte sirve como reguladora del poblamiento mundial, pero también es motivadora para el vivir: la conciencia de su mortalidad impulsa al ser humano a formarse de una manera específica en su vida. Thomas Mann afirma que “quien se interesa por la vida, se interesa sobre todo por la muerte” (Mann, 1986:72), es decir, el temor a la muerte obliga al hombre a poner atención a los actos realizados a lo largo de su vida. Muchos hombres deciden inmortalizarse en obras artísticas como compensación ante la imposibilidad de la inmortalidad biológica. Obras más que geniales han aparecido gracias a la sombra y el temor a la muerte. Es la muerte la gran inspiradora directa o indirecta de artistas, filósofos, historiadores, arqueólogos, antropólogos y sabios en general. “Difícilmente se habría hecho música sin la muerte” (Mann: 1986:71).

Por frío y triste que resulte a las almas humanistas, cada hombre está ligado a su propio destino y nadie puede hacer nada por los otros. En el genio se produce un desarrollo anímico por sí solo, ya sea que interactúe con los otros o no: “en este mundo mortal no hay

²² Schopenhauer pone mucho hincapié en los temas relacionados con la sexualidad debido a que se trata de una cuestión primordial para la generación de la vida y como un punto de disputa entre tentación y pecado, es reafirmación de nuestra condición mortal.

objetivo final, sólo el «sálvese quien pueda» en la tormenta inmisericorde de la vida que quiere a toda costa perpetuarse” (Savater, 2009:233).

En tanto aniquilación de todo, la muerte tiene también su sentido positivo. Algunos sentimientos humanos generados sólo en este plano terrenal necesitan ser aniquilados, por ejemplo: la envidia. Aunque la envidia es un sentimiento que la vejez acalla ya por la mitad (Schopenhauer, 1852:163). En *Senilia* Schopenhauer insiste en que, pese a que el paso del tiempo va desgastando todo lo que conforma al ser viviente, sin embargo, el ego que también habrá de acabarse, fue quien principalmente motivó al hombre para hacer grandes cosas: “Tenemos ojos y oídos grandes para recibir halagos y ojos y oídos pequeños para nuestros errores” (Schopenhauer, 2009:75). Los enemigos y la envidia, creada ante y por ellos, es quien impulsa al hombre a realizar grandes cosas en pos de la muerte. “Puede suceder que incluso después de largo tiempo, lamentamos tanto la muerte de nuestros enemigos y adversarios como la de nuestros amigos: a saber, cuando los extrañamos como testigos de nuestros brillantes éxitos” (Schopenhauer, 1852:172).

Con base en lo anterior parece que temerle a la muerte individual es absurdo. La muerte es un proceso natural común a todo ser viviente. Para el caso particular del ser humano se trata de un acto liberador, acogedor a la nada, pacificador de las dolencias y carencias del mundo, sabio consuelo final. Si, tal como algunos sugieren, la muerte es un proceso análogo a dormir, entonces la muerte no es algo a lo que haya de temerse: ambos procesos sería solamente un acto de reposo y pérdida de la conciencia, temporal en el caso del sueño, eterno para el caso de la muerte. “La muerte es un sueño en el que la individualidad se olvida: todo lo demás vuelve a despertar o, más bien, ha permanecido despierto” (Schopenhauer, 1819:334).

La analogía entre el sueño y la muerte pretende despojar a esta última del temor que produce. El sueño es una *muerte pequeña* y la muerte el *sueño eterno*, un sueño que ya no le permite despertar a la individualidad que se posee en estado de vigilia[...]cuando se está vivo²³. Dicho textualmente: “Sólo podemos estar despiertos de día a condición de que durmamos toda la noche [...]. Pues la suspensión de las funciones animales es el sueño, la de las orgánicas, la muerte”(Schopenhauer, 1844:532).

²³ Imagino que de aquí deriva la frase popular “La muerte no me espanta porque es prima del sueño”.

Entre el sueño y la muerte parece no haber diferencias radicales (Schopenhauer, 2011:74), ambas son pérdida de la conciencia y de la representación del mundo y, aunque con diferentes lapsos de tiempo, siempre son el mismo fenómeno.

La muerte es el sueño final al que cada hombre llega, con el cual se transporta de regreso a la Nada. Siendo esto así no habría razón para temer a este proceso, pues al parecer cada día se experimenta una pequeña por la cual no se siente la menor pena. El sueño no es algo a lo que se teme cada noche, sino que incluso es algo que puede anhelarse; al final de una larga jornada laboral se ansía que llegue la hora del reposo y con ello descansar; a veces simplemente se desea disfrutar de la dulzura de un reposo tranquilo en casa, o a la sombra de un árbol, o en un lugar confortable. Anhelos, descanso y confort también son propios de la muerte, sólo que de ese sueño no se podrá despertar para tomar conciencia de haber disfrutado de ese delicioso reposo. ¿Por qué temerle entonces? Si como menciona Pérez del Río: “[...] si una buena parte de su vida la pasa el hombre durmiendo ¿Qué razón hay para suponer que la muerte no sea también un sueño?” (Pérez, 1983:97).

Uno de los propósitos de este trabajo es mostrar que la muerte no es algo malo, no es peligrosa, no tiene nada de horrendo; es sólo un paso más que no afecta negativamente ni al individuo ni al mundo; se trata de un proceso natural que todo ser viviente está destinado a cumplir; es un proceso tan necesario como comer, dormir, respirar y, de la misma manera que se respira y se realizan todas las otras actividades básicas del organismo, es necesario morir y regresar a la nada sin temor, ni temblor, ni llantos o quejas. “El dormir es un pedazo de muerte que tomamos prestado de anticipo, recibiendo de nuevo y renovando a cambio de él la vida, agotada a través de un día. El dormir toma un préstamo de la muerte para el sostenimiento de la vida” (Schopenhauer, 1852:143).

La muerte es parte de un camino del que no se puede ni se debe volver. La vida termina y lo que viene después nadie lo sabe; sólo queda aceptar el destino y emprender el camino hacia ella; no existe tregua de algún tipo, la muerte no acepta este tipo de juegos, llega cuando tiene que llegar y hace lo que tiene que hacer sin remordimientos o dudas. Tal como Mathias Claudius escribe en *A mi hijo*: “[...] debo emprender el camino del que nunca se regresa, no puedo llevarte conmigo y te abandono en un mundo en el que no es superfluo el buen consejo” (Safranski, 2013:83).

Ese estado al que conduce la muerte se presenta como una nada absoluta por el sólo hecho de “*que la muerte es algo que nuestro intelecto es totalmente incapaz de pensar*” (Schopenhauer, 1852:198). ¿El intelecto es incapaz de pensar en la nada? o ¿simplemente el intelecto vivo se niega en pensar en la nada? pues ahí este pensamiento se aniquilaría por completo. Porque una vez en la Nada, nada se es y no hay manera de volver a ser algo. En el estado de nada, nada de malo tiene la Nada, pues a fin de cuentas es el inicio de donde todo ser ha surgido. Cabrera afirma respecto de la muerte que:

Se parte para no volver

La vida es un soplo

Cuando descienda al sheol²⁴ ya no volverá

(Cabrera, 1998:112).

Al hablar del sufrimiento propio de la vida, Schopenhauer afirma que de alguna manera, este sufrimiento tiene un carácter santificador que exalta al individuo. La muerte es para la mayoría el peor de todos los males en esta vida²⁵ pero, al mismo tiempo, es el bien santificador sobre todos y cada uno de los pesares. Se trata del peor de los pesares sólo para aquellos individuos que viven bajo la ilusión que brinda la Voluntad, ilusión conformada por amigos, parientes, logros, títulos, y todo cuanto pueda engrandecer a un hombre en su vanidad: es el peor de los males sólo para aquellos amantes de la vida. La muerte representa el mayor de sus miedos porque en esos seres sólo hay Voluntad actuando sobre ellos: ansias de estar vivos, necesidad de propagar la vida, deseo de no querer morir, cualidades propias de todo ser vivo pero que se manifiestan con más fuerza en unos individuos.

Schopenhauer afirma que el yo es una ilusión, producto de la Voluntad, cuya finalidad es llenar al individuo con ganas de vivir. Este yo es quien teme a la muerte, y que se manifiesta como individuación fuera de la especie. Pero en el fondo es una creación más de la Voluntad y su ciego deseo por la vida. “El terror a la muerte se basa en gran medida en la falsa apariencia de que en ella el yo desaparece y permanece el mundo” (Schopenhauer, 1844:553).

²⁴ Lugar de las almas olvidadas (según el judaísmo, antes de la llegada del Mesías); había una morada común para los muertos en pecado.

²⁵ Tan es pensado como el peor de los males que cuando se piensa en una venganza contra algún enemigo, se piensa en su muerte como el mayor mal que se le puede causar.

Al partir no sólo se deja la vida, sino también los males que en ella abundan: la muerte es un consuelo ante los males de la vida, y los males de la vida son el consuelo ante la muerte. Se hace evidente la paradoja que envuelve a todo ser viviente, un destino retorcido que todos compartimos. Los males aquejan y consuelan en sentido inversamente proporcional a como lo hace la muerte. Pero algo es seguro en todo esto: ambas gozan de la misma realidad, “porque el sufrimiento y la muerte son verdades innegables” (Gardiner, 1975:49).

Gardiner y Spieling mantienen la misma postura que Schopenhauer respecto a la muerte. “Es el conocimiento de la muerte, así como la consideración del dolor y las fatigas, lo que nos impele a dar una explicación metafísica del mundo” (Spieling, 1852:90).

A partir de la conciencia de su finitud el ser humano estructura explicaciones metafísicas de la vida. Y no sólo eso, sino que además esta conciencia es la verdadera creadora del genio en el hombre: a la conciencia de la muerte se le debe el nacimiento del arte, de la filosofía y de la ciencia. “Consideraba a estos dos aspectos (inevitabilidad de la muerte y conciencia del sufrimiento y la miseria de la vida) como el posible origen de encontrar una interpretación metafísica de la existencia” (Spieling, 1852:49).

Una vez que se ha demostrado que la existencia humana en este mundo no es más que un “valle de lágrimas”, donde a veces se es demonio atormentador y otras veces se es alma atormentada, ¿por qué no habría de hacerse de esta verdad una invitación para esperar la muerte con júbilo? Ella es quien brinda la oportunidad de escapar de las miserias de la vida.

El sufrimiento en la vida se origina en el querer, un querer ciego que al no satisfacerse produce sufrimiento en el cuerpo: “Schopenhauer opina que el mundo es dolor, porque el querer nunca está satisfecho y todo lo que existe es puro apetito de obtener más y más sin tregua ni objeto final”²⁶ (Savater, 2009:219).

Todo ser humano está destinado al querer y al sufrimiento, sin tener una salida rápida, tal como Schopenhauer afirma en *Parerga y Paralipomena II*:

²⁶ Este tema será tratado en otro capítulo de este trabajo, sin embargo es importante señalarlo ahora sólo para recalcar que la muerte es la salida de las penurias y, como tal no tiene nada de malo, trágico o temible. Sólo aceptando que el querer es parte de la Voluntad y que la muerte es la salida de este engranaje del querer, podrá ser posible el desprendimiento de la Voluntad de vivir. Con ello podrá aceptarse a la propia muerte como algo deseable: desear no formar parte de la misma especie, desear ser, aunque sea de forma momentánea, un individuo que aprecia la verdad trágica del mundo. Con ello se cobra conciencia sobre la desgracia y sufrimiento del mundo y, por la misma empatía se deseará no vivirlo más. Llegar al *nirvana*, encontrar la paz y perderse en la nada.

Somos los corderos que juegan en el prado, mientras que el carnicero ya ha echado la vista a uno o a otro, pues ninguno de nosotros sabe, mientras disfrutamos hermosos días, qué desgracias nos tiene deparadas el destino: enfermedad, persecución, empobrecimiento, mutilación, ceguera, locura, muerte, etc. (Spiegel, 2010:89).

La vida es cruel, y quien intente demostrar lo contrario fracasará en su empeño. La suspensión de los tormentos es temporal, pues inmediatamente surgen nuevas penas. Aunque sufrimiento y dicha están en oscilación, parece ser que en los seres humanos es mayor el primero. Esto es algo que Schopenhauer no deja de tener presente: “Quien quiera demostrar que el goce supera al dolor en este mundo, o que al menos se mantienen en mutuo equilibrio, que compare la sensación que tiene el animal que devora con el que es devorado” (Spiegel, 2010:88).

El propósito de este capítulo ha sido el de invitar a pensar la muerte como algo necesario y positivo. Positivo en tanto que constituye un proceso de salvación para el individuo. Al llegar la disolución de la vida se presenta la negación de la Voluntad y, en ese momento, es posible contemplar el nirvana, porque esto es la muerte: la disolución total en el nirvana, es decir, la negación de la voluntad de vivir (Gardiner, 1975:444). Esta negación de la voluntad de vivir, afirma Gardiner, permite ver en la muerte, no un hecho terrible, sino algo que merece ser bien recibido, por romper el último lazo que mantiene unido al mundo y a la individualidad (Gardiner, 1975:445).

Schopenhauer no ve a la muerte como algo malo, sino como un acontecimiento al que todo ser vivo está destinado²⁷. La muerte no representa un mal para el individuo porque ella es el cese del sufrimiento que caracteriza a la vida.

Así, para Schopenhauer “*la muerte tiene dos caras, una espantosa y terrible y una alegre y bondadosa*” (Schopenhauer, 1844:522), porque para algunos que siguen inmersos en el juego de la Voluntad²⁸, la muerte se presenta como un acto terrible e inconcebible. Atrapado por la enajenación de la Voluntad, el hombre se cree individuo fuera de la especie

²⁷En palabras de Goethe:

[...]y es justo: todo lo que nace,
Merece perecer,
Por eso mejor sería no hubiera nacido.

²⁸ Recordemos que Schopenhauer postula que la Voluntad es voluntad de vivir, es la fuerza que construye el engranaje de la vida de la especie, no de los individuos singulares. Por eso crea trucos para facilitar el trabajo, las concupiscencias, el enamoramiento, en fin, todas las cuestiones vitales a satisfacer van encaminadas a llevar a cabo el plan de la Voluntad: que la especie siga y siga. De esta manera la vida se constituye en cada ser nuevo que nace.

y ve a la muerte como algo que llega para terminar con él. Textualmente, Schopenhauer lo dice así: “un hombre teme a la muerte como su negación” (Schopenhauer, 1819:337).

Sin embargo, también están los otros: los iluminados, los que han entendido la esencia de la vida, el fin de la Voluntad, los que son sabedores de las tristezas del mundo, de las desgracias que están en toda la existencia humana. Para estos, la muerte llega como la amiga que termina con el fenómeno creado por la Voluntad, llega como la “buena muerte” y termina con esos sufrimientos: borra de ese ente el estrato de Voluntad que en él había.

Puede pensarse en la muerte con serenidad y aceptarse como verdadera, porque la muerte no tiene nada de malo, aunque siempre haya sido concebida como temible. “Muerte bajo figura terrible y en otros, alegría serena y añorada: ambas son correctas, en la primera bajo la visión de fenómenos en el tiempo, en la segunda desconectada de la conciencia temporal, bajo la mirada de una conciencia mejor” (Safranski, 2013:189).

Schopenhauer, como hombre, fue ejemplo de aceptación serena y gustosa ante la muerte. Llevó sus ideas sobre la muerte consigo hasta sus últimas consecuencias, pues se cuenta que a la hora de su muerte se mostró tranquilo, sin rastros de una lucha por aferrarse a la vida. Schopenhauer fue ejemplo de la paz que se siente al momento que la muerte llega.²⁹ “Porque sería para él una bendición llegar a la nada absoluta, pero, por desgracia, la muerte no abre esa perspectiva de ser testigos y regresar a contarlos” (Safranski, 2013:458)

²⁹ “Arthur Schopenhauer está muerto, reclinado en el brazo del sofá. Tiene el rostro inalterado, sin huellas de lucha con la muerte” (Safranski, 2013:458).

3.1. Suicidio

El suicidio es un tema que necesariamente debe tocarse al hablar de la muerte. En las páginas anteriores se ha hecho énfasis en que la muerte no es algo malo que, de hecho se trata de la única manera que tiene el ser viviente para terminar con los sufrimientos de la vida. El aceptar la suspensión de la vida es —junto con el arte— una manera para negar la Voluntad. Estas conclusiones podrían hacer pensar que el suicidio es la acción más recomendable para cualquier ser vivo, sobre todo para el ser humano, ya que proporciona el medio para escapar del sufrimiento. Sin embargo, Schopenhauer censura rotundamente al suicidio por considerarlo precisamente un escape fácil, una salida que en lugar de negar la voluntad de vivir, la reafirma. El suicidio consiste en un acto de debilidad tanto anímica como moral. Con el tema del suicidio puede observarse que la filosofía de Schopenhauer, pese a su carácter pesimista, posee todo un sistema de valores en donde se censuran actividades como el suicidio, el amor, la vida y la concupiscencia entre otras.

Comúnmente se considera al suicidio como la privación voluntaria de la propia vida y, desde la filosofía que se acaba de explicar, parecería que ello es una forma de negar la voluntad de vivir, sin embargo, el filósofo de Danzig considera que esto no es así. Quien se suicida con la intención de huir de las penas de este mundo actúa de manera análoga, sólo que en sentido inverso, a quien busca satisfacer los placeres de la vida. Ambos proceder es están guiados por la voluntad de vivir, ambos actos son motivados por el velo de Maya, ambos actos se realizan por amor a la vida. Se trata de las dos caras de la misma moneda: los placeres motivan a vivir y los dolores hacen ansiar la muerte. El suicida está muy lejos de negar la Voluntad. La diferencia entre el suicida y aquel que opta por la privación voluntaria del ansia de vivir es que este último no busca conseguir placeres o evitar dolores, simplemente ha optado por dejar a un lado la vida mientras la vive, ha dejado de querer tanto los dolores como los placeres, todo ello con vistas hacia una conciencia mejor.

De este modo el suicidio resulta inútil para negar a la Voluntad puesto que consiste en: “[...] la destrucción voluntaria de un fenómeno individual en el que la cosa en sí queda intacta [...] es una acción vana y necia” (Schopenhauer, 1819:461).

El suicidio como privación de la propia vida y cuyo fin es terminar con los pesares mundanos, ha sido censurado por varias ideologías y posturas místico-filosóficas a lo largo

de la historia. El valor que se le atribuye a la vida es la principal fuente de esta censura. De este modo el suicidio atenta contra el mayor de los tesoros existentes sobre la Tierra.

El cristianismo, por ejemplo, condena enérgicamente la acción de matar a un ser humano, no importando que se trate de uno mismo. En uno de los mandamientos que constituye su código moral se encuentra lo siguiente: “entonces Dios dijo todas estas palabras: [...] no mates” (Éxodo 20:1-13). La consigna de “no matarás” es llevada por la religión cristiana hasta sus últimas consecuencias, por ello esta religión prohíbe rotundamente todo acto que implique acabar con la vida de otro ser humano, como por ejemplo el aborto y la eutanasia. Según esta religión, la vida consiste en un regalo divino, un “soplo” que Dios depositó en cada creatura y por ello no se debe atentar en contra de ella. No se puede atentar contra la decisión divina ni contra las cosas místicas.

Según esta concepción acerca de la vida todo aquello que atente contra ella será considerado criminal. Matar o matarse por las razones que sean es cometer una falta muy grave en contra de Dios; falta que será juzgada en el juicio final, pues en él los pecadores serán arrojados al fuego eterno y los justos serán recompensados con la vida eterna:

Tú nos privas de la vida presente, pero el Rey del mundo a nosotros nos resucitará a una vida eterna (2 Mac 7:9).

Mis hermanos, después de haber soportado una corta pena, gozan ahora de la vida que no se agotará (Mac 7:36).

Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso (Lc 23:43).

En la resurrección de los muertos, se entierra un cuerpo corruptible y resucita uno incorruptible, se entierra un cuerpo humillado y resucita uno glorioso, se entierra un cuerpo débil y resucita uno fuerte, se entierra un cuerpo material y resucita uno espiritual (1 Cor 15:42-44.)

Existen otras posturas místico-religiosas que condenan al homicidio pero, sobre todo, al suicidio, como por ejemplo las religiones que creen en la reencarnación. Estas religiones afirman que la reencarnación sirve para cumplir y pagar el karma: pagar lo malo y cobrar lo bueno que se hizo en vidas anteriores. Para estas religiones el suicidio es un acto criminal que habrá de condenar a quien lo comete con mayores penas en su siguiente vida.

Edouard Sans hace referencia a esto del siguiente modo: “el suicidio suprime la conciencia. El suicida sólo es el punto de partida de nuevas torturas (reencarnación)” (Sans, 1995:93).

Regresando a Schopenhauer, nuestro autor cree que con el suicidio sólo se elimina a un individuo que nunca dejó de querer a la Voluntad, pero con él no se afecta en modo alguno a la Voluntad: “El suicidio termina con el individuo empírico, pero ello no destruye la esencia metafísica de la Voluntad” (Gardiner, 1975:433)

En cambio, cuando un individuo rasga el velo de Maya y ve la realidad del mundo, deja de desear la vida. En este momento donde la conciencia individual se encuentra fuera de la Voluntad, esta se aparta del sujeto, pues éste ha dejado de querer la vida y, por ende, ya no es útil para la Voluntad.

Para Schopenhauer está claro que el suicida sólo quiere salir de sus problemas, de sus angustias, y llega al punto en el que, al no ver otra solución, la única luz –falsa– consiste en dejar la vida y sus problemas. Con el suicidio no se elimina el dolor del mundo, de hecho este se reparte entre los allegados del suicida. Es suicidio denota falta de fortaleza y de habilidad en un sujeto para afrontar los problemas. El suicidio no es recomendable, lo único que lo es, es el negar la Voluntad dejando de querer: dejar de desear para poder así ser libres de alma y de conciencia. “Quien se mata, no puede cesar de querer, cesa de vivir” (Schopenhauer, 2009:57).

En este punto será de gran utilidad mencionar dos términos que Manuel Maceiras acuña, pues con ellos podrá comprenderse mejor la idea general que aquí se analiza y que son: *vida universal* y *vida individual*.

La vida individual, como su nombre lo indica, es la vida de cada fenómeno sobre la Tierra en cuanto ser viviente. Es la condición de ente producido por designio de la Voluntad. Se trata de la vida que Schopenhauer invita a dejar de desear, pues mediante este dejar de querer la vida se conseguirá transgredir y negar a la vida universal, *id est*, la Voluntad. Durante la vida individual el ser humano puede acceder al conocimiento del mundo y percatarse del sufrimiento que en él impera; una vez adquirido este conocimiento es posible romper el *velo de Maya*, es posible superar el *Principium individuationis*.

Esta vida individual es la que el suicida mata y también, es la vida que el suicida ama. Al eliminar una conciencia individual la vida universal no sufre ningún tipo de daño, de

hecho esto sólo consigue afirmar aún más el poderío de la vida universal. El suicidio sólo muestra que el sujeto individual no pudo negar el dolor de la vida, que prefirió huir de él de la forma más cómoda posible.

Por su parte “vida universal” es sólo otro nombre para referirse a la Voluntad. También es conocida como “naturaleza”, pues se trata de la fuerza vital de todo lo viviente, fuerza vital que da origen y sostiene a todo lo vivo. Es la base que hace que todo ser vivo ame y busque preservar la vida. La vida universal para nada se ve afectada por la muerte individual debido a que a diario éstas son compensadas con más nacimientos. La vida universal es un deseo mezquino que únicamente busca preservar el poder de la vida.

Cuando el individuo al suicidarse lo hace sin dejar de amar la vida, sólo fomenta y fundamenta este poder de la vida universal, llamada por Schopenhauer voluntad de vivir. “El suicida quería la vida pero sin sus consecuencias, [...] acepta la negación individual y afirma la vida universal” (Maceiras, 1985:95).

Schopenhauer hace la invitación a negar la Voluntad, a salir de ella y de sus lineamientos, aunque esto al principio lleve a afligimientos anímicos y corporales. Sólo si el hombre alcanza a salir de esa Voluntad podrá convertirse en un individuo libre y feliz, podrá alcanzar la plenitud de conocimiento y la paz anímica. Sin embargo, tal y como lo muestra el autor de *El Mundo como voluntad y representación*, este estado es pasajero y muchas veces los ascetas³⁰ no llegan a mantenerlo por mucho tiempo³¹.

Pero esta negación no es válida por la vía del suicidio. Para el autor de los *Dolores del mundo* el suicidio es sólo una salida fácil ante las aflicciones de la vida. Debido a que el individuo es tan amante de su vida y tan amante de las cosas terrenas, tiende a sufrir por la privación de ellas y, si esta privación es considerada por él como mucha entonces pierde valor para afrontarla, lo cual lo lleva a privarse de la vida, afirmando con ello su amor por la vida. El suicidio muestra que ese ser que acaba de desaparecer era pura Voluntad y nada de conocimiento, un puro querer vida.

En conclusión, la muerte individual provocada por el suicidio para nada afecta a la voluntad de vivir. Incluso la muerte natural tampoco lo hace pues, como se vio líneas

³⁰ Condición a la que nos invita Arthur Schopenhauer para poder vernos libres de los deseos que en realidad son ilusiones de la Voluntad que pretenden hacernos esclavos de la vida.

³¹ Schopenhauer nos explica en su libro que otra forma de alcanzar esa momentánea contemplación de la verdad fuera de la Voluntad es en la contemplación del arte, uno de los temas del siguiente capítulo.

arriba, cada muerte es compensada con nuevos nacimientos. Creer que la vida o la muerte de un individuo es significativa para el mundo consiste en un gran error, pues cada ente, cada individuo no es otra cosa que un peón en el juego de ajedrez de la Voluntad. El ser humano carece de importancia para el mundo; el ser humano no es una pieza individual fuera de la naturaleza; no es un “Yo” con todas sus implicaciones. El ser humano, al igual que cualquier otro ser viviente, es un recurso renovable y prescindible.

La negación de la voluntad nunca se alcanza por medio del suicidio, con éste solo se elimina el fenómeno no el estrato de Voluntad.

La supresión voluntaria del propio fenómeno individual: el suicidio, lejos de ser la negación de la voluntad [...] supone una afirmación de la misma [...]. El suicida quiere la vida, simplemente está insatisfecho con las condiciones en que se le presenta. De ahí que al destruir el fenómeno individual no elimine en modo alguno la voluntad de vivir (Schopenhauer, 1819:461).

4. Placebos ante el sufrimiento y la conciencia de muerte

Como se ha visto en los capítulos anteriores, todo ser viviente se encuentra determinado en sus acciones por la voluntad de vivir: amor y persecución de los placeres, temor y aversión a los dolores. Pero en el ser humano, al ser un ente con conciencia, se aloja un miedo a la muerte mucho más grande del que puede surgir en cualquier otra creatura. A pesar de que la vida es en su mayor parte sufrimiento, los pequeños placeres y el acto inconsciente de estar guiado por la voluntad de vivir hacen que la muerte sea temida pues se considera la aniquilación de la felicidad. Pero, como se vio en capítulos anteriores, la muerte natural es en realidad aquello que libra al ser individual de las penas del mundo.

Es evidente que nada hay más unido a la vida que la muerte. Sin embargo, antes de que esta última se presente, aparecen a lo largo de la vida los placeres del mundo, entre los que destaca el conocimiento. Aunque, por supuesto, el dolor y el sufrimiento son los objetos más propios de la vida. Placeres y sufrimientos, ambos efímeros pues ya dijo Arthur Schopenhauer: “la naturaleza es eterna, las cosas no” (Schopenhauer, 1851:20).

Pese a ello, Schopenhauer advierte la existencia de algunos pensamientos que funcionan como alivios para el alma ante la conciencia de la propia muerte. Dichos pensamientos son llamados aquí *placebos*. Los placebos son un complemento necesario al estudio sobre la conciencia de la muerte y son una serie de pensamientos a los que se llega a través de la racionalización de la muerte. Son necesarios para hacer soportable la vida ante la conciencia de un hecho —la muerte— que no puede ser evitado.

Debe tenerse claro a lo largo de esta exposición que los placebos ante la muerte son solamente un consuelo individual, no se tratan de una respuesta colectiva: “De mi frase inicial: «el mundo es mi representación» se sigue ante todo «primero estoy yo, después el mundo». Ciertamente, esto habría de retenerlo como antídoto contra la confusión de la muerte con la aniquilación” (Schopenhauer, 1852:365)

Cuando un individuo muere se lleva consigo su representación del mundo, se lleva la percepción de su psique: una confusión creada en el sujeto. Pero el mundo como Voluntad permanece.

El temor a la muerte, afirma Schopenhauer, deriva de una sola causa: la toma de conciencia sobre este hecho. Cuando el ser humano no toma conciencia de su finitud, esta sólo es una banalidad. Según el filósofo de Danzig aquellas personas que no toman

conciencia de su finitud sufren menos que las que sí lo hacen. Con esta regla se hace evidente que el ser que más sufre es el genio pues se trata del tipo de persona más consciente que existe. A pesar de que el genio se verá expuesto más que nadie al sufrimiento y a la angustia, tendrá a la mano la salvación de su situación. Se trata de un intercambio: el hombre inconsciente adquiere comodidad anímica a cambio de estar cubierto por el velo de Maya; el genio alcanzará la salvación pero a cambio sufrirá el dolor más que nadie. “Cuanto más se irrationalice el hombre; tanto menos experimentara el sentimiento doloroso de su personal caducidad” (Pérez, 1983:79)

Sólo dentro del campo de la metafísica podrá asumirse la condición mortal: así como nuestra función el mundo y su validez en la vida. El modo de acceder a la concepción metafísica es posible mediante dos vías: la religión y la filosofía, ambas proporcionarán respuestas respecto del ser. Con la religión se obtendrá una respuesta, a través de un medio místico, sobre la propia esencia; a través de una comunión se dará sentido a la existencia y la muerte individuales. Con la filosofía se podrá encontrar respuesta al por qué de la constitución humana en el mundo, que a través de la racionalización de la esencia del hombre como ser transitorio y a través del conocimiento absoluto sobre las cosas. “[...] la metafísica es una necesidad del hombre y [...] existen dos maneras de expresar esa necesidad: a través de la religión, [y] por medio de la actividad filosófica” (Parreira, 2009:61).

4.1 La filosofía

La filosofía busca el conocimiento, con él es posible comprender la realidad de una manera adecuada, el fin de la filosofía es buscar el saber por el saber mismo. Nietzsche considera que la filosofía tiene fines análogos a los del arte: ambas cosas, la filosofía y el arte quieren dar a la vida (del hombre), lo mismo, conocimiento, simple y llanamente dar conocimiento, nada más eso.³²

El conocimiento obtenido por medio de la filosofía resulta muy útil para el ser humano. Se trata de un conocimiento que hace comprensible el mundo en el que el hombre vive, así como entendible el destino y la caducidad del hombre: hace más llevadera la vida.

³² “La filosofía quiere, lo que quiere el arte dar a la vida [...] se busca el conocimiento y nada más” (Nietzsche, 1984:45).

“Conocimiento filosófico, acerca del absoluto, la renunciación, la vida eterna, etc. Lo cual permite vivir feliz, iluminado y con paz interna” (Baktivedanta, 1981, VII).

Es posible que algunos de los anhelos que impulsan la actividad filosófica estén acordes con los ideales místico-religiosos. En la filosofía védica, por ejemplo, impera la idea de que el hombre está destinado a encontrar y buscar la felicidad por el simple hecho de estar constituido por la esencia de Krishna: “[...] nosotros anhelamos la felicidad ya que la posición constitucional del alma es de felicidad. El alma es parte o porción del ser supremo [...] Krishna [...] y ya que somos partes o porciones de él [...]” (Baktivedanta, 1981:4-5)

La esencia del hombre es Krishna, quien lo conduce a la felicidad gracias a la adquisición de conocimiento y tomando conciencia de la mortalidad del cuerpo. “El anhelo natural de la diminuta chispa espiritual es alcanzar las cualidades del todo –conocimiento, bienaventuranza y eternidad- pero este anhelo queda frustrado debido a mi cuerpo material” (Baktivedanta, 1981:5)

La visión védica muestra que la religión puede ser considerada como un medio importante para superar el dolor y para la exaltación de la esencia vital: el alma.

Cuando Baktivedanta escribe: “nadie puede ser feliz sin vida espiritual” (Baktivedanta, 1981: VIII) afirma que es menester adquirir conocimiento acerca de la mortalidad del cuerpo, pero sobre todo sabiduría acerca del alma. Sólo mediante el contacto con lo místico podrá liberarse al cuerpo de los dolores y deseos que lo atan al mundo terrenal e impiden que el alma vea los reinos donde el conocimiento verdadero y supremo habita. “Nuestra identidad está separada del cuerpo. «No soy este cuerpo sino un alma espiritual» [...] hemos quedado encerrados dentro del vestido corporal” (Baktivedanta, 1981:1)

Porque únicamente liberando al alma del cuerpo se apaciguará el dolor: “Somos una combinación de elementos materiales, sufrimos, sólo al separarse las esencias y los elementos materiales, se acabará la causa del sufrimiento” (Baktivedanta, 1981:2)

Una vez que el cuerpo se desvanezca en la nada, nada habrá que lo atormente, al terminar su representación también acabarán sus deseos y pesares en el mundo: “El cuerpo es como una nube que pasa sobre el alma espiritual. Este permanece por algún tiempo, da

origen a algunos subproductos, se deteriora, y al final se desvanece”(Baktivedanta, 1981:40)

Con tal visión religiosa el ser humano encuentra consuelo respecto de la muerte. Schopenhauer enuncia algunos de estos razonamientos: “Mi alma está hecha de algo; por eso no caerá en la nada: porque procede de algo” (Schopenhauer, 1844:540). “Nuestro espíritu es un ser de naturaleza totalmente indestructible: es algo que sigue actuando de eternidad en eternidad. Es semejante al sol, que sólo a los ojos terrestres parece ponerse pero que en realidad no se pone nunca sino que luce incesantemente” (Goethe citado por Schopenhauer, 1819:337)

4.2 La religión

La religión resulta un consuelo efectivo tanto para el sufrimiento de la vida, como ante el terror a la muerte. La religión se presenta en instituciones ricas en mitos que intentan explicar el origen de la vida, sobre todo intentan explicar el origen del ser humano, y con ello intentan dar sentido tanto a la vida como a la muerte del individuo.

Además de la religión védica, la religión occidental también intentó proveer consuelo ante los dolores del mundo (vida y muerte). La principal religión de occidente es el cristianismo, pero muchas de las religiones de Occidente están basadas en los preceptos de éste. Aunque Schopenhauer no estaba tan empapado del cristianismo —como sí lo estuvo Nietzsche— dejó en sus escritos algunas meditaciones sobre éste.

El placebo ofrecido por las religiones de Occidente no es tanto corporal, sino más bien moral: si bien las religiones ofrecen consuelo ante las tristezas de la vida, ellas incitan a la santidad a través de los tormentos, tanto físicos como anímicos: en la mayoría de las religiones occidentales se recomienda la penitencia, moral o carnal, para los casos en los que se rompa con el código moral establecido por la iglesia.

Las religiones, mediante la penitencia, buscan expiar culpas y así acabar con los tormentos en el ser humano: “Schopenhauer sabe que la función de las religiones está en conocer este dolor y en apaciguarlo” (Schopenhauer, 1852:238). Es evidente que el dolor que las religiones apaciguan no es el físico, sino el anímico. Se consigue la paz del alma con el aumento del dolor corporal.

Sin embargo, Schopenhauer ve en las religiones un freno al conocimiento. A diferencia de la filosofía, la religión no está orientada por el deseo del conocimiento último de todo. De hecho, hay preguntas que no pueden ni deben tener respuesta ya que en la religión es necesaria la ignorancia de ciertos asuntos, pues sólo así tendrá cabida la fe. Es por ello que la religión es una cuestión personal donde cada individuo decide si creer o no creer en ella.

“La religión ha amordazado durante 1800 años a la razón” escribe Schopenhauer en *Senilia* (Schopenhauer, 1852:332) pues cree que ella es un freno a la razón pura. Schopenhauer no detesta a la religión cristiana —al hacer referencia a *1800 años* es evidente que se está refiriendo al cristianismo—, simplemente no se trata de la religiosidad que él busca.

Pero ¿Que es la religión? ¿Acaso se trata únicamente de un sistema lleno de códigos de convivencia? ¿Acaso es el freno que impide que los hombres se maten unos a otros? ¿O simplemente es un sistema de experiencia? Para Isabel Cabrera la religión es: “Una esfera de experiencia mucho más personal que se expresa mediante sentimientos, vivencias y actividades específicas” (Cabrera, 1998:16)

Esta explicación esclarece con mucho lo que la religión es, para qué sirve y para quién va dirigida. La religión es el medio místico que el hombre posee para estar en paz consigo mismo y con los demás; la manera en la cual el hombre encuentra un consuelo para sus penas. Y todo esto se consigue por una simple razón: en todas las religiones se espera algo mejor, el más allá, el paraíso, el nirvana, la reencarnación, etc.

Otro de los placebos que Schopenhauer menciona, y que traeré brevemente a colación ahora, es el sufrimiento ajeno. Según cuenta, el egoísmo del hombre le hace pensar que si existe otro hombre con penas mayores a las propias, entonces el primero posee mayor esperanza de salvación. Esto es lo que Schopenhauer trata de transmitirle a su amigo de infancia en una carta cuando le escribe: “En circunstancias tan crueles se necesita valor; pero hay que tratar de llevar con paciencia la desgracia pensando que todavía hay otros más infelices que uno mismo” (Safranski, 2013:81)

Posteriormente insistirá en sus textos en referencia a esto, ya que el dolor ajeno es un buen placebo para la conciencia, para el alma y el cuerpo. Sin embargo no por ser un buen placebo habrá que causarse dolor en otros de forma intencional, basta con su

contemplación, con representación que el *yo representante* se hace de las cosas. “El consuelo más eficaz en toda la desgracia, en todo sufrimiento, es volver los ojos hacia los que son más desventurados que nosotros” (Schopenhauer, 2009:80)

Dado que en este mundo el sufrimiento es lo que abunda, Schopenhauer invita a ver en los otros, no sólo a los vecinos, y a través de la conmiseración, un “compañero de sufrimientos o compañero de miserias” (Schopenhauer, 2009:88).

La consideración de la miseria, tanto ajena como propia, es el principal motivo por el cual creer en el dios ofrecido por la religión resulta fácil. Un dios que cuide al individuo, que dé serenidad a su conciencia; un dios con el cual no haya temor a la muerte puesto que él habrá de ofrecer algo mejor después de la muerte, una vida después de la vida. La consideración de la miseria en el mundo es lo que lleva al ser humano a encontrar consuelo en las palabras de los sacerdotes.³³

Schopenhauer afirma que de lo que se trata aquí es “de aprender a sostenerse en el desamparo al que ha dado lugar la pérdida de sentido” (Safranski, 2013:352).

Sin embargo, la religión también posee su aspecto negativo, puede ser un paliativo ante el dolor, pero también es fuente constante de temores. Para Schopenhauer la base de la moralidad religiosa para nada es moral, puesto que se basa en el miedo al castigo divino y no se basa en un condicionamiento por el deber ser. “No podemos conceder merito moral a una acción que fue inducida por un motivo egoísta para su ejecución -ejemplo es la promesa de un premio en una existencia futura después de la muerte” (Gardiner, 1975:391)

Las religiones como el cristianismo obtienen su poder moral a partir de una promesa: la vida justa otorgará el derecho, después de la muerte, a una vida eterna feliz al lado de Dios. Esto por supuesto no es algo equivalente a romper el velo de Maya. Romper el velo de Maya equivale a contemplar el mundo como es, lleno de sufrimientos; dejar a un lado el querer y dejar de huir del dolor; Y dejar de causar daño al prójimo gracias a la compasión. Hacer el bien por la promesa de la vida eterna feliz es motivado por un *querer*, y desde esta perspectiva el hombre no se ha librado, sino que más bien está más atado que nunca al *principium individuationis*. Y esta promesa es la que fortalece la fe en las religiones:

³³ “Frente a la humanidad que sufre, los sacerdotes sólo saben hablar de revelación y adormecen la conciencia humana” (Sans, 1995:98).

“Aunque en esta vida los justos padezcan y sean dichosos los injustos, hay otra vida para cambiar la suerte” (Gardiner, 1975:126)

La religión ha sido uno de los principales consuelos para el hombre. El ser humano la creó, la llenó de dioses, de demonios y de santos; creó ídolos a los cuales adorar, templos y oraciones. Todo ello configuró ritos de gran importancia para la vida del hombre, pues muchos Estados estructuraron sus códigos morales a partir de la moral religiosa. Esta moral religiosa fue efectiva puesto que muchas veces impedía crímenes. La internalización de una justicia ultraterrena lleva a los hombres a comportarse de forma justa, pues mientras que la justicia humana a veces no se ejecuta sobre todos los hombres, la justicia que imparte Dios será enfrentada por todos sin excepción. “El sufrimiento es redentor, la idea de que existe otra vida donde «arreglar cuentas»” (Cabrera, 1998:120)

El cristianismo es sólo una de tantas religiones que creen en la vida después de la vida. Los antiguos griegos también creían en ella, o por lo menos en la transmigración de las almas (Platón), idea que ha sido el principal motivo que las religiones ofrecen para prohibir el consumo de la carne animal. “Incluso una secta mahometana cree en la metempsicosis y en consecuencia se abstiene de comer carne” (Schopenhauer, 1844:559)

Tanto la religión como la filosofía ofrecen placebos ante el sufrimiento de la vida. Es decisión de cada quien buscar refugio en una u otra: o bien, alivio en los lineamientos de una visión mística en el caso de la religión, o bien, alivio de la conciencia en la búsqueda de la verdad que ofrece el conocimiento filosófico.

Existe un consuelo que puede considerarse situado en el justo medio entre la religiosidad y la negación de la voluntad, y que Schopenhauer enuncia así: “Nada se pierde a pesar de milenios de muerte y putrefacción, ni un átomo de materia, y menos aún algo de la esencia interna que se presenta como naturaleza [...] A pesar del tiempo, de la muerte, y la putrefacción, estamos todos juntos” (Schopenhauer, 1844:532)

Puede considerarse un justo medio entre religión y negación de la voluntad de vivir por lo siguiente: La religión ofrece una vida después de la muerte, pero aquí se expone sólo una conservación de la materia después de la muerte, y como la sola materia carece de conciencia entonces hay un aniquilamiento del fenómeno y hasta cierto punto de la Voluntad. Considerando a estos átomos materiales que dejan de formar el cuerpo del

individuo y que ahora se unen a la Tierra nutriéndola, ¿por qué no pensar que esta es una forma de reunirse, no sólo con los seres queridos, sino con el todo?

4.3 El arte

El arte es otro de los placebos ante el sufrimiento en la vida y la angustia por la idea de la muerte. Para Schopenhauer el arte es el más puro de los paliativos, puesto que se trata de la representación pura de la realidad y de la Voluntad; dado que es representación no hay en él la viveza del dolor y el sufrimiento. Para el autor de *El Mundo como voluntad y representación* existe una jerarquía de las artes, en las cuales es posible experimentar una fuga de la realidad, un consuelo momentáneo en la admiración de la Voluntad.

Antes de comenzar el estudio sobre el arte como placebo, citaré la jerarquía que Schopenhauer hace de él y que tanto Manuel Maceiras como Pilar López de Santa María se toman la molestia de explicar, la menciono en orden ascendente, donde el número uno es lo menos importante y el 5 lo de mayor importancia para nuestro autor:

1) Arquitectura. Arte bello que presenta al hombre la idea de la materia bruta y las fuerzas básicas de la naturaleza en el perpetuo conflicto entre gravedad y rigidez.

2) Pintura y escultura. Donde se presentan las ideas de la naturaleza vegetal y animal, tienen como objetivo la idea del hombre.

3) Poesía. La auténtica sabiduría acerca del hombre.

4) Tragedia. El arte que presenta la crudeza del terrible espectáculo de la existencia humana, la más dolorosa de todas, con el triunfo de la maldad, el azar y el error.

5) Música (Maceiras, 1985:80). Arte que habla el mismo lenguaje que la Voluntad, el lenguaje de la pasión y el sentimiento. Esta, representa la voluntad misma en sus distintos grados de objetivación (Schopenhauer, 1819:20-1).

Antes debemos recordar que estos paliativos son salidas temporales, y que la única y verdadera salida al dolor es la negación de la Voluntad, la cual sólo se logra rompiendo el velo de Maya, encontrando la compasión y dejando de lado las pasiones y los querer con el fin de dejar de sufrir, tal y como se verá en el último capítulo de este trabajo. “El mundo como dolor no tiene solución teórica de ningún tipo. El hombre recurre al arte y a la

superstición para su superación, pero es inútil, únicamente una sublimación de este dolor por medio de la ascética logrará su superación” (Schopenhauer, 1819:93)

La apreciación artística puede llevar a un arrebató de la conciencia en donde los sentidos se queden atados a la idea prístina, abandonando así todo dolor, todo querer, todo desear por el mero hecho de apreciar. “Ver las cosas, produce en el artista y en el que se deja influir por el arte, un instante de ausencia de la Voluntad” (Safranski, 2013:310)

En los grados más altos del arte se encuentran la poesía y la música en donde esta última destaca. La música consiste en la objetivación de la Voluntad misma: todo el poderío de la Voluntad puede ser captado por la música. Se trata de una representación de la Voluntad que es perfecta ante los ojos, no sólo del genio, sino de todo aquel que se deje atrapar por ella en su contemplación. “Las artes tienden a expresar las ideas, actos de los cuales se objetiva la Voluntad, pero la música expresa la Voluntad misma” (Philonenko, 1989:215)

El que la música sea el grado más alto de expresión de la Voluntad no significa que Schopenhauer demerite las demás expresiones artísticas. En ellas se encuentra la representación pura de las ideas en donde al apreciarlas, el ser humano es llevado a un estado de ausencia de todo lo que lo rodea: la esencia de la Voluntad que vive latente en los hombres se anula momentáneamente. Por ello el arte es de los placebos más eficaces ante cualquier pensamiento de la vida, de la muerte, del querer, del dolor etc. “La satisfacción perfecta, la tranquilidad final, el verdadero estado deseable se nos representa siempre en el cuadro, en la obra de arte, en la poesía, en la música” (Schopenhauer, 1852:275)

Philonenko ve en la contemplación del arte una salida eficaz, una liberación del alma, de la mente, del conocimiento. Por ello afirma que es como un ascetismo, como una liberación del todo por un momento: “la filosofía del arte está sostenida por un ascetismo, es otra cosa: una liberación” (Philonenko, 1989:185).

Cuando el hombre contempla la obra de arte, ve la idea pura, sin que esta produzca en él el deseo de tener. Fuera del arte cuando un sujeto ve un objeto agradable lo desea, y al no

tenerlo se atormenta y sufre. Pero en la visión de la idea según la forma de arte esto no ocurre; en el arte se admira por admirar, se trata de un momento de admiración puro. Este pensamiento, cabe mencionar, es heredado por diversos autores entre los que se cuenta a Nietzsche quien, siguiendo las enseñanzas del maestro Schopenhauer, tiene una idea estética muy parecida: “En la serena contemplación de las ideas que la obra de arte nos proporciona, accedemos, según Schopenhauer, a una suspensión de la Voluntad, que es, a sus ojos, el origen de todo dolor y todo mal” (Nietzsche, 1984:22)

Schopenhauer ve en el arte una *medicina mentis* (Philonenko, 1989:186), puesto que con el arte se logra una convivencia real entre el yo y el mundo, entre la verdadera conciencia que no está atada a ninguna distracción y la idea prístina. En ese momento se logra la convivencia sujeto-idea, dejando atrás al tradicional sujeto-objeto.

Al quedar sumergidos por un instante, en un estado de absorción, desaparece de repente toda separación entre el yo y el mundo [...] liberado de las coordenadas espacio-temporales, cuyo punto de intersección es el yo corporal: olvido del espacio, del tiempo y del yo «*experiencia Nunc Stans*» (Safranski, 2013:182).

Según Philonenko el arte atrapa a los sentidos por ser el espejo del mundo: sólo a través de él se ve la idea del mundo sin sus consecuencias en el hombre; sólo a través de su observación se puede superar la idea y el deseo del querer.³⁴ A su vez, el artista debe entrar en un plano más allá de este en el que la representación tenga cabida, en el que la individuación quede fuera del tiempo-espacio y por ende, fuera del deseo y fuera de la Voluntad misma.

El artista supera su individualidad, convirtiéndose en sujeto puro de conocimiento, abandonando la individuación se convierte en espejo de la Voluntad universal. El artista se sitúa fuera del espacio y tiempo, transformándose en pura contemplación, sin Voluntad propia (Maceiras, 1985:76).

Sin embargo, ¿por qué la obra de arte causa en el ser humano tal impresión? ¿Por qué hace que actúe de esa manera ante la contemplación? La respuesta se presenta de una

³⁴ “El arte debe ser fiel espejo del mundo. El arte provoca la energía para superarlo” (Philonenko, 1989:206).

manera muy simple debido a que se trata de un hecho meramente natural: “el cuerpo está compuesto de sentidos y estos siempre codician sus objetos” (Baktivedanta, 1981:6), pero en la contemplación del arte no se está viendo el objeto, sino su representación; no es la cosa sino la idea. A esto se debe que atrape sin provocar deseo de tener. Porque si es verdad que “no hay objeto sin sujeto” (Spierling, 2010:78), también es cierto que no hay obra sin idea y no hay obra sin representación. “El objeto más insignificante puede ser contemplado de una manera puramente objetiva, con independencia de la Voluntad y por ello mismo adopta el carácter de belleza” (Philonenko, 1989:185)

Aquí también se encuentra la respuesta de por qué la obra de arte es bella, por qué genera el gusto, por qué aprisiona los sentidos y por qué es la salida de la Voluntad. Y todo esto es gracias a que “la obra de arte no pertenece a la realidad [representada], por eso es portadora de algo distinto a los intereses” (Philonenko, 1989:185).

A pesar de que la salida del arte es una salida eficaz, la contemplación de la verdad pura a través del levantamiento del velo de Maya es la única capaz de hacer que la Voluntad abandone el cuerpo del sujeto en cuestión. Sólo cuando cesa el deseo por los objetos y se entra en una conexión con el mundo y con su dolor se podrá aceptar la muerte y de esta manera dejar atrás el sufrimiento. “Aunque durante la vida los ojos están ocupados en ver la belleza mundana, a la hora de la muerte uno tiene que retraer los sentidos de los objetos y ver la belleza eterna” (Baktivedanta, 1981:16)

Ahora analicemos a detalle la música. Según Schopenhauer la música es la salida más pura de todas las que se puede encontrar en el arte, puesto que se trata del espejo total de la Voluntad. Schopenhauer la considera como representación pura de las ideas, con un poder por encima de las demás artes, con una capacidad de hacer que el sujeto experimente el olvido y la libertad de la Voluntad.

La música exalta y arrebató el pensamiento porque, según nuestro autor, no está ligada al mundo y a la naturaleza: es simple y pura idea de la Voluntad objetivada. “Todas las artes; excepto la música, están ligadas a la naturaleza” (Philonenko, 1989:199), Philonenko ve en la música es el espejo de la Voluntad, considera que es la idea pura de la Voluntad, con todos sus detalles pero sin las consecuencias de su poderío. A pesar de ser sólo representación, la música conserva el poderío de la Voluntad, es por ello que expresa y

dulcifica la realidad en la que el hombre está sumergido: “Tal es el poder de la música, que expresa y dulcifica a la vez el desasosiego torturador y amenazante de todo lo viviente” (Safranski, 2013:31)

La música, cargada de Voluntad sin ser Voluntad, representa a los ojos del sujeto todos los misterios de la vida, retratados en una pieza musical, en un momento y espacio en los que el sujeto queda fuera del límite de la Voluntad. La música es la experiencia en donde el sujeto deja de padecer a la Voluntad para convertirse en espectador de la misma Voluntad. Ese es el poder la música: transportar a un estadio diferente al sujeto. La relación no es sólo física, afirma nuestro autor, es algo más, es una relación totalmente metafísica. “La música posee una significación, cósmica, no conoce ningún límite y podemos decir que todas las demás artes constituyen una física; mientras que la música, en relación con ellas, es una metafísica” (Philonenko, 1989:215)

La música habla de las ideas más puras de la realidad, sobre todo de las dos realidades más tangibles en el acontecer humano: la alegría y el dolor. Es por esto por lo que Schopenhauer afirma que la música es la “catarsis del alma” (Spierling, 2010:127). “La música habla de alegría y dolor, que son las únicas realidades para la Voluntad” (Spierling, 2010:127)

5. Negación de la Voluntad de Vivir

Las preguntas que orientarán el presente capítulo serán las siguientes: ¿Cómo hacer para negar la potencia creadora de los seres? ¿Para qué luchar contra la raíz que constituyó al hombre? ¿Por qué querer negar lo que ha constituido el ser de los hombres desde su nacimiento? ¿Es conveniente al individuo emanciparse del plan de la Voluntad?

La Voluntad creó al hombre como un instrumento más para seguir preservando su único deseo: generar vida en el mundo. Pero para el ser humano hay una salida, existe una conciencia con la cual puede dejar de ser sólo instrumento y comenzar a tomar las riendas de su destino. Se trata de un camino intelectual que no sólo cambiará su vida, sino sobre todo su existencia. Debe aclararse que esta conciencia es personal y que por ello no afectará al ser de al lado. Con una conciencia mejor, con la negación de la voluntad, el individuo aislado podrá ver el sufrimiento del mundo, el sufrimiento de su vecino, de su congénere, y de la vida en general.

La *conciencia mejor* es una invitación que Schopenhauer hace en sus textos, consistente en una salida para todo aquel que quiera salir del sufrimiento causado por los deseos; una salida y opción para aquel que ya no quiere tener la venda que el velo de Maya le ha puesto; una salida para aquel que ya no quiere creer que la vida consiste sólo en desear y sufrir sin descanso. La conciencia mejor lleva a la práctica de la vida ascética, única vía para negar la voluntad de forma definitiva. La vida ascética es una respuesta loable para el ser que piensa y quiere algo más, que desea que no le pese la muerte: al hacerse consciente de la muerte, le pierde temor y con ello deja de buscar fama póstuma, ya no querrá dejar su huella. La vida ascética es la opción adecuada para aquel que lo único que quiere es dejar de sufrir, dejar de desear, dejar de estar bajo los parámetros que impone la Voluntad.

Todo aquel hombre de conocimiento que se encamina a afrontar la negación de la Voluntad, habrá de saber que el amor sexual y las distracciones de este tipo están en camino contrario a la negación de la Voluntad. Schopenhauer ve en la relación de pareja un obstáculo, una relación de este tipo es una procreación en potencia, es un preámbulo a la concupiscencia y de ese modo, una antesala al deseo de la Voluntad. Es por ello que un filósofo que busque su libertad debe hacerlo en soledad “pues la mujer no es conveniente para un filósofo” (Safranski, 2013:324). Esta consideración no surge en Schopenhauer

como “rencor” ante sus pésimas experiencias amorosas, sino más bien, sus experiencias amorosas le hicieron acceder a este conocimiento: el amor es una distracción obvia que no permite negar la Voluntad, más bien la alimenta.

¿Qué es lo que se busca con la negación de la Voluntad? Simple y llanamente se busca la libertad, la paz intelectual, la salida anímica que ofrece esta negación. Se busca una satisfacción que sólo es alcanzada a través de la resignación a la vez que se niega el aceptar pertenecer al mismo ciclo. El ciclo en donde se hace lo mismo que los demás, haciendo y cumpliendo el destino de la especie. Se trata de alcanzar satisfacción y alegría al dejar de sufrir mediante el cese de los deseos. “Lo esencial, sin embargo, es la presión del hombre. Dejadle sin fatigas, deseos ni necesidades, algo así como un ser puramente intelectual y sin Voluntad, entonces no necesitará de ningún dios, ni creará a ninguno” (Spieling, 2010:166)

Pero para poder negar a la Voluntad, se necesita convicción y carácter. Schopenhauer afirma que es posible para el hombre actuar y vivir de forma diferente de lo que la Voluntad, la sociedad y el individuo mismo puedan pensar, puesto que el cerebro tiene la capacidad de estar y pensar fuera de la Voluntad. La cuestión aquí es que normalmente el hombre se encuentra tan cegado y sumido en el juego de la naturaleza que no lo concibe y, por ende, no lo intenta. Para Gardiner el carácter es: “La forma general en que (el hombre) tiende a comportarse y conducirse en el conjunto de sus actividades, pasadas, presentes y futuras” (Gardiner, 1975:384)

El deseo de Schopenhauer por lograr la emancipación de la Voluntad a través de la conciencia no es algo nuevo, la ideología védica ya estaba impregnada de este deseo de la liberación intelectual de los deseos y, por consiguiente, del sufrimiento. Schopenhauer ve en las personas carentes de conocimiento seres vulnerables a la manipulación de la Voluntad. Tal como se mencionó anteriormente, entre menos conocimiento tenga el hombre sobre su entorno y su interacción con la Voluntad, más inmerso estará en el ciclo de vida deseado de la Voluntad creadora.

La correspondencia entre el pensamiento védico y el pensamiento schopenhauariano es evidente: “Aquel que posee poca materia gris en el cerebro se interesa en cosas temporales” (Baktivedanta, 1981:21), “el genio es el que sufre más” (Philonenko, 1989:289). Tanto los textos védicos como los textos schopenhauarianos están impregnados

del mismo aire desdeñoso ante el destino que la Voluntad le ha impuesto al hombre; para ambos pensamientos la negación de la Voluntad es la salida. El primer paso para alejarse de los sufrimientos es el dejar de desear las cosas y satisfacciones mundanas, ya que aquella persona que no se eleve en su conciencia no podrá entender que la atenuación del dolor a través del cuerpo sólo es un placebo artificial. “Todos buscamos placer a través del cuerpo, pero el placer corporal no es nuestro verdadero placer, sino artificial. Tenemos que entender que si queremos continuar con este placer artificial, no podemos alcanzar nuestra posición de placer eterno” (Philonenko, 1989:9)

Schopenhauer invita a los hombres a sentirse orgullosos por luchar en contra de su carnalidad, a sentirse orgullosos por lograr desprenderse de las pulsiones de la Voluntad. Puesto que se trata de una guerra de magnánimas dimensiones, una nueva guerra entre David y Goliat, una batalla en la que si se es constante se podrá ganar para satisfacción intelectual propia. “Contempla sonriente las luchas de tu sexualidad como si se tratase de una broma que algunos acordaron sin que tú te enterases” (Safranski, 2013:184)

Porque el camino hacia la liberación del cuerpo sobre la voluntad consta según nuestro autor de cuatro pasos en cuanto a materia:

- 1) Gnoseología
- 2) Metafísica
- 3) Estética
- 4) Ética (Spierling, 2010:59).

¿En qué se basa esta línea sucesiva? Es simple, el primer paso consiste en que el hombre adquiera la conciencia de su humanidad como tal, con sufrimientos y carencias, con altibajos y todo aquello que trae consigo el ser un ser humano. Posteriormente se debe entrar en un plano místico en el que se pueda desprender de la necesidad de vivir: encontrar la paz anímica a través de dejar de desear todo aquello que ata a la Voluntad. En tercer, lugar dentro del plano estético se, encuentra la visión pura, Schopenhauer muestra que en la contemplación estética se puede encontrar el noúmeno de la Voluntad, pues ahí es pura y mera contemplación y no representación; al entrar en el plano contemplativo se anula la humanidad del espectador y, con ello, se anula por momentos la Voluntad; en ese momento sólo se está en contacto con una idea sin que nada más pase por la conciencia del hombre.

Finalmente, entrar en la etapa ética es remover por completo el velo de Maya de los ojos del hombre. En esta cuarta etapa el hombre observa el sufrimiento, no sólo propio, sino de todo lo que le rodea y por ende, el dolor y sufrimiento del prójimo le acongoja, le duele, no lo desea ni para él mismo ni para el otro. Con esto se ha vencido al *principium individuationis*, ya no se pertenece más a la Voluntad, ahora se posee una conciencia libre al grado de sólo querer librarse de la Voluntad. Una libertad conseguida a base de la renuncia voluntaria de todo lo que produce sufrimiento, incluso la renuncia a la misma vida que brindó la Voluntad. Negar la vida es no querer preservar el error que surgió con el nacimiento del individuo, es no querer que la Voluntad siga su deseo a través de nosotros. En esta cuarta etapa se logra una libertad consciente, aquí se puede vivir con orgullo y felicidad, tanto por la iluminación del conocimiento como por la decisión del carácter; una vez aquí, sólo resta aguardar la muerte como la mejor salida, como la liberadora del cuerpo y de la conciencia.

Tomando en cuenta la idea de Schopenhauer sobre que sólo el hombre razonable busca ante todo la ausencia del dolor y no el placer, es posible encontrar que la negación de los deseos de la Voluntad es la mejor salida para esta persona. Esta persona ha comenzado a pensar y a despertar su conciencia colocándola por encima de la conciencia de los demás fenómenos que comprenden su especie.

Schopenhauer resume la vida de la siguiente manera: “abnegación y apartamiento de la vida son la única respuesta” (Strathern, 2004:247). Porque la negación de la Voluntad es “esa fuerza que quiebra las cadenas de la razón cotidiana, de la mera autoafirmación y de la propia conservación” (Safranski, 2013:163), sólo equiparable a la fuerza de libertad kantiana. Se puede ver cómo esta fuerza liberadora es equivalente al apartamiento de la vida de manera voluntaria. Esta es la salida pura a la que Schopenhauer invita, sólo a través de ella el ser humano estará en el plano de la conciencia libre.

Claro que desprenderse del cuerpo y la carnalidad resulta difícil, para algunos es considerado imposible, ya que como seres creados por la Voluntad los hombres poseen ese germen que hace imperar en su pensamiento el deseo de la conservación del cuerpo y con él la vida, la conservación de los placeres del cuerpo y de la felicidad que creen verdadera a través de las pasiones.

Cuando uno ha superado la enemistad con el propio cuerpo ya no puede detenerse: tal vez entonces el hombre podrá restaurar sus miembros perdidos, darse muerte con su mera voluntad, extraer por primera vez verdades, conclusiones, vida, muerte y mundo de los espíritus. Quizá entonces dependerá sólo de él el resucitar un muerto (Novalis citado por Safranski, 2013:177).

Para conseguir acceso a esta salida es menester que el individuo humano saque conclusiones sobre su humanidad, su corporeidad y sus deseos; es necesario que se pregunte qué es y para qué está aquí; una vez que entra en el individuo la conciencia de que sólo es un fenómeno más en un espacio de tiempo definido, encontrará más razonable el querer alejarse de su vida y de su aparente individualidad. De esta manera no sólo se dice adiós al mundo, sino sobre todo se dirá adiós al sí mismo (Urdanibia, 1990:187). “La necesidad de la muerte debe inferirse a partir del hecho de que el hombre es un fenómeno, no una cosa en sí, es decir, ningún *ontos on* (lo que verdaderamente es). Pues si lo fuera, no podría perecer” (Schopenhauer, 1852:49)

Será más fácil desprenderse de este ciego amor y apego a la vida una vez que se tenga claro que no se es nada y, que la propia representación tampoco es nada. Únicamente la visión de un genio puede percatarse de esto, sólo el genio podrá desapegarse del ajetreo mundano y demás ilusiones que la Voluntad pone en el fenómeno humano.

Este genio estará más iluminado y sapiente de los pesares del mundo en tanto se encuentre más desapegado a éste; cuanto más lejano esté de la necesidad de conservar la vida, más consciente será de la voluntad ciega en los demás fenómenos; en cuanto más desapegado esté de los dolores causados por el deseo de querer, más conocedor será de estos pesares; porque sólo estando fuera de este juego será consciente de él. Sólo: “Sin interés, sin celos, atento a lo que no es él. Que el genio es espontáneamente augusto y moral” (Philonenko, 1989:172)

Así, únicamente cuando el hombre se esfuerce por no desear, por no querer, podrá hacer conciencia y problematizar el tema para con ello, consciente hasta el fondo, decidir si lo quiere o no. “El santo de Schopenhauer no tiene como objetivo poseer a Dios, ni

practicar la virtud por amor a los otros o a Dios. Sino como intento de anular la Voluntad del mundo por el único camino de anularse a sí mismo” (Maceiras, 1985:101)

Sólo negando la esencia creadora de los fenómenos, es decir, la Voluntad, se podrá experimentar la libertad; sólo cuando se hace de esta enemistad con el cuerpo y las pasiones la fuerza para poder desear algo mejor se logrará una mejor conciencia. La negación de la Voluntad proporcionará una nueva conciencia en la cual la vida se presentará como un obstáculo y la muerte será lo anhelado bajo esta visión: la vida negada será la salvación a la que aspirara el espíritu. Debido a que para Schopenhauer “no existe felicidad sin libertad” (Sans, 1995:8), sólo cuando se logre librarse de todo deseo de vivir, de toda pasión, será posible experimentar la felicidad del genio, la felicidad del conocedor del mundo, la felicidad del sujeto que observa y ve en su representación la perdición del todo ante el deseo de la Voluntad.

Lo único que produce en el hombre la negación de la voluntad de vivir es simplemente “el aniquilamiento del querer, después, el aniquilamiento del fenómeno, nunca el aniquilamiento de la sustancia” (Schopenhauer, 1852:57), jamás se mata a la Voluntad al negarla, ella sigue su camino, únicamente el individuo sale de su círculo, sólo él deja de ser el fenómeno de una especie cuyo fin sólo era propagar la vida sobre la Tierra. Sólo a través de la negación “se sale de la especie” (Schopenhauer, 1852:73). Sólo fuera del deseo de la Voluntad, se aleja el individuo de la consecuencia obvia que es el dolor. “La condición humana, la esencia de la vida, al estar formada por la insatisfacción no puede esperar ninguna mitigación, ningún progreso; sólo queda la vía de la negación de la Voluntad de vivir, [de otro modo] la ley común sigue siendo el dolor” (Sans, 1995:67).

Si resulta convincente el pensamiento de Schopenhauer, deberá creerse que la negación de la Voluntad es una salida loable al alma individual, y se deberá llevar a cabo sí y sólo si se está completamente convencido de que es el camino que se desea seguir, puesto que es fácil caer en el error, a causa del desconocimiento de la llamada y buscada verdad.³⁵ Sólo cuando se tenga la certeza de que en este mundo hay mucho dolor y de que el hombre es un simple esclavo de los placeres, este podrá querer algo mejor: una conciencia tal que le

³⁵ “Pues el que ama la verdad y conoce la alegría que proporciona, no necesita que le den ánimos; en cambio, tanto el que recibe aprobación como el que es reprobado son inducidos al error con mucha facilidad” (Safranski, 2013:368).

libre de esto y lo lleve a un estado de felicidad plena en donde el hombre se haga conocedor y no adolescente de la voluntad.

“Sólo es verdaderamente feliz quien en vida, no quiere la vida, es decir, no persigue sus bienes, pues la carga se vuelve ligera” (Safranski, 2013:230), esta es la felicidad de la que habla Schopenhauer, la felicidad que se logra al estar fuera de la especie, al estar libre de las necesidades a las que está atada la humanidad.

Porque es cierto que cuando la conciencia llega al punto de querer algo mejor, produce la liberación de la esclavitud del querer (Safranski, 2013:266). Con el simple hecho de hacerse conocedor y responsable de su destino, el hombre verá con agrado cómo la Voluntad se extingue de su conciencia, en su corporeidad y en su ser. “La voluntad se aparta ahora de la vida y se estremece ante los placeres en los que ve la afirmación de la vida. Renunciación voluntaria, resignación verdadera, serenidad y total ausencia de Voluntad” (Gardiner, 1975:428).

Para poder librarse del querer es necesario vencer el *pricipium individuationis*, sólo así podrá romperse el velo de Maya, sólo después de eso se podrá llegar al conocimiento védico que afirma *tat twan asi* (esto eres tú) *este conocimiento, es la base de la conmiseración* (Spielung, 2010:138), base del conocimiento sobre que el sufrimiento del mundo es mío también, que no sólo yo sufro, sufrimos todos y por ende, es necesario el desapego de la Voluntad de vivir.

Cuando aún no se vence al *pricipium individuationis*, el hombre se cree el centro de la Voluntad, desde donde considera que lo único que importa es que sus deseos se cumplan y su dolor sea atenuado, Gardiner lo considera hacer centro del mundo a mi “yo” previniéndome como Voluntad (Gardiner, 1975:397). Sin embargo, toda esta representación es ilusoria, se trata de una visión causada por el velo de Maya, causada por una conciencia confundida dentro del *pricipium individuationis*. Por ello es necesario vencerlo, para poder tener la visión y representación clara de la realidad del propio ser y de la realidad y representación en que se vive. Al vencer el *pricipium individuationis* “el ser humano alcanza un estado de renuncia voluntaria, de resignación, de verdadera serenidad y absoluta ausencia de la Voluntad” (Safranski, 2013:312).

Sólo al cobrar conciencia del dolor del mundo y no sólo del propio, es cuando se habrá roto el velo de Maya, el cual crea una visión falsa de la realidad, ilusión corpórea y

anímica en la que el individuo se encuentra inmerso. Schopenhauer explica que el velo de Maya es una ilusión de la cual todo ser humano es presa y que se funda en el querer, creyendo así que dicha representación es correcta y veraz. Y es precisamente esta situación del hombre lo que no le permite salir del ciclo del querer, del ciclo del deseo, del dolor, de la procreación, etc. “El ser humano es presa de la ilusión y esta ilusión es tan real como la vida, como el mundo de los sentidos. Todos nuestros deseos se fundan en ella, y son una expresión de la vida, del mismo modo la vida es una expresión de la ilusión” (Safranski, 2013:270).

De este modo se observa que sólo aquel que pueda vencer su visión errónea podrá verse fuera de la especie; sólo después de hacerse conocedor de las penas del mundo y del engaño que el velo de Maya ha puesto en él, podrá y querrá librarse de tal situación, el conocimiento elevado logrará ayudar al hombre a deslindarse de la Voluntad, rompiendo con su conocimiento este velo de Maya y el *principium individuationis*. “El velo de Maya queda rasgado a la visión del dolor ajeno, puedo vivenciar la supresión momentánea de los límites del yo y del no-yo; puedo sufrir con el otro su sufrimiento de manera idéntica a la que siento mi dolor” (Safranski, 2013:423).

Al hacerse partícipe del dolor ajeno se puede dejar de desear la vida, se puede dejar de desear el sufrimiento, se puede dejar de desear preservar la voluntad de vivir. Con esto ya no soy yo y mis deseos: soy yo y lo no-yo fuera de la Voluntad: fuera del querer. Contemplar la verdad del mundo y no quererla por no ser más que sufrimiento.

Ante la visión de un mundo que está lleno de dolor, nace en el ser del genio un sentimiento de compasión y amor hacia lo ajeno a su individuación. Se trata de un sentimiento que lo lleva a sentirse fuera del mundo pero a la vez conectado con todo: ya no sólo siente el dolor propio, sino que siente el peso del dolor de todo el mundo; es simplemente “amor y bondad (que) son com-padecimiento nacido del haber levantado el velo de Maya” (Mann, 1986:65); el individuo está consciente de que la esencia que lo creó y que lo constituye, no sólo es suya, sino que es de todo y cada fenómeno creado por la Voluntad. Por ende, si el yo hiere a otro ser, con ello hiere también su esencia, su Voluntad, es decir, hiere a la misma esencia (Urdanibia, 1990:219); este es el momento en que entra la compasión, para que el yo se sienta no sólo agresor sino agredido.

Nace en el ser de la persona que ha levantado el velo de Maya la piedad, entendida como “misterio de la libertad” (Philonenko, 1989:306); piedad como vehículo de sentirme uno con el dolor del mundo y no querer más esta suerte; piedad que ayudará al individuo a querer negar la fuente del sufrimiento que ahora no es sólo suyo, sino que ya ha identificado como dolor de todo; piedad para querer negar a la Voluntad y ver en esta negación la única salida deseable y loable ante tal situación del ser.

Piedad y compasión son parte esencial de la ruptura del velo de Maya y parte del deseo de la negación de la Voluntad. Conforme el individuo experimenta la compasión hacia el resto podrá emprender el camino liberador y emancipador del deseo de la Voluntad. La compasión hace nacer un fenómeno nuevo, un fenómeno ético en el cual el individuo ya no puede dañar a los demás, no puede participar en generarle dolor porque de manera recíproca es el propio dolor. El individuo ya es parte del todo y no quiere estar ni contribuir en ese dolor: Negación de la Voluntad = com-pasión experimentada (Sans, 1995:89).

Queda claro que Sans coloca “com- pasión” por ser un padecimiento mutuo a través del conocimiento del individuo quien, al saberse cierto del dolor ajeno, ahora lo hace propio y lo padece y, por ende, no lo quiere más para los demás. En el momento en el que el individuo se hace con el dolor del mundo, la Voluntad no tiene más que hacer en ese cuerpo así que se aparta, queda anulada gracias al conocimiento de tal verdad, queda anulada junto con las ganas del deseo de la vida, se aparta y se anula junto con las pasiones que hacen sufrir al individuo, se aparta y anula ante la visión de tal ideal ascético.

Pues un hombre dueño de tal conocimiento del amor, consideraría como propio el sufrimiento de todos los demás seres vivos y haría suyo el dolor del mundo entero, en él, la Voluntad se aparta de la vida de este, la decisión de un hombre dueño de este conocimiento es la renuncia, la resignación, el abandono, la ascética (Mann, 1986:65-66).

Después de esto el conocimiento, además de liberador, pasa a ser una virtud moral. Virtud moral en la cual se experimentará la felicidad de la libertad, aunque sea sólo momentánea, de estar fuera de los límites de la Voluntad, por estar fuera de la esencia del mundo, por estar libre de la fuerza creadora del todo.

Debe recordarse aquí que el arte es una salida momentánea de la Voluntad de vivir. En el arte se experimenta la huida del querer mediante la admiración de la obra de arte. En

este admirar no hay representación alguna, sólo contemplación desinteresada y, por ende, es una visión pura fuera de toda representación que no está cargada de Voluntad, ya que como nos explicase Spierling, en el hombre y su alma se despliega la voluntad y la representación:

Cuerpo y Alma ➡ Voluntad y Conciencia ➡ Voluntad Y Sujeto cognoscente ➡ Voluntad y Representación. (Spierling, 2010:150).

Porque: “La afirmación de la Voluntad es la negación del arte, y sólo con la negación de la Voluntad se puede manifestar el arte” (Spierling, 2010:117).

En cuanto al tema del misticismo como camino a la negación de Vivir, es posible encontrar varias disposiciones anímicas en las que a base del auto-angustiamiento se llegue a la conciencia mejor, y por ende, a la negación del deseo de la voluntad de vivir. Schopenhauer cree que en base a esta visión mística se podrá encontrar la compasión hacia el dolor latente en el mundo, por eso siempre estuvo apegado a la ideología védica que apuntaba hacia el ascetismo. Las disposiciones son Quietismo, Ascetismo y Misticismo, como camino hacia el com-padecimiento del mundo, y sólo la persona que es conocedora de estas verdades y que es padecedora de ellas entenderá su unión con el todo y con el principio único de su creación.

Se trata de un camino a seguir, que comienza con la conciencia del dolor causado por el deseo; de ahí sigue el tratar de mitigarlo dejando de querer; posteriormente, dejando ya de querer, es dejar de preservar la vida y la Voluntad que es en el fondo la causante del dolor en el mundo; y por la misma vía llegar a la conciencia de ser el padecedor del dolor de los demás; es en este punto cuando se ha roto ya la individuación que mantenía al individuo bajo el deseo de servir siempre a sus intereses egoístas; una vez roto ese velo de Maya se podrá y se querrá tratar de mitigar la Voluntad, causante de los fenómenos volentes y del dolor en ellos.

Quietismo. Sacrificio de todo deseo.

Ascetismo. Premeditada inmolación de la Voluntad egoísta.

Misticismo. Conciencia de la identidad del propio ser con el conjunto de las cosas y el principio del universo.

Tres disposiciones del alma que se sostienen estrechamente. El que hace profesión de una de ellas es atraído hacia las otras (Schopenhauer, 2009:62).

Además de hacer la invitación a este camino místico, Schopenhauer ofrece ejemplos de personas a las que mucha gente está apegada gracias a ser figuras religiosas: Buda y Jesucristo. El primero, hijo de familia noble y potentada decide el auto-aungustiamiento de su vida y cuerpo al mostrarse y saberse igual que todo lo viviente en el mundo, donde era sabedor del dolor causado por el apego a los placeres y al querer en el mundo; el segundo, nacido en cuna humilde (según la tradición), personificación del amor al prójimo, personificación del deseo de no perpetuar más el sufrimiento en el hombre, liberador de penas e incitador a la paz anímica.

Cabe mencionar que aquí se habla de ambos, no como los iconos religiosos, no como deidades, sino como individuos históricos, personajes que en base a sus modos de vida y en base a los testimonios alcanzaron fama. Schopenhauer no habla nunca de Buda como deidad o de Jesucristo como redentor y salvador de la humanidad, o como hijo de Dios. Ve en los textos donde los mencionan a sujetos volentes y practicantes de la negación de la Voluntad. “A Jesucristo has de concebirlo siempre en general, como símbolo o la personificación de la negación de la Voluntad de vivir, pero no de forma individual; sea su historia mística en los evangelios” (Schopenhauer, 1852:250).

¿Por qué el auto sacrificio de los placeres acerca más al deseo de negar a la Voluntad? Porque entre todos los apegos del hombre y del ser lleno de Voluntad de vivir, son los placeres corporales a los que está más unido, ve el hombre en este amor el enajenamiento necesario para olvidar sus demás carencias, afirmando con esto el deseo de la Voluntad de vivir. Porque el dolor del hombre no brota del no tener algo en específico, sino en el querer algo y no tenerlo, y si lo tiene, hastiarse rápido y querer otra cosa con el mismo anhelo con el que quería lo anterior. Para eso sirve el estoicismo, para esto sirve esa visión-concepción mística, para dejar de lado el querer hasta donde sea posible. Dejando de querer, por regla general, se deja de sufrir, alejándose así del individuo tanto el dolor como la Voluntad. “El dolor no brota del no tener. Brota del querer tener y sin embargo no tener. La enseñanza más importante del estoicismo como ética de la razón pura es desprenderse todo lo posible del querer” (Schopenhauer, 2009:9).

Tras esta negación de la voluntad se logra algo que Schopenhauer describe de forma metafórica: afirma que después de la primera muerte ya no se experimenta dolor ni miedo

por la segunda, lo cual significa que para negar la Voluntad es necesario primero dejar de querer a los placeres de la vida y a las cosas terrenas, es decir, hace falta un desapego a la tierra y a la vida: Al morir todos estos deseos (primera muerte) en el individuo, este niega la voluntad y al extinguirse el fenómeno individual (segunda muerte) consigue su libertad.

Schopenhauer ve en las prácticas de los ascetas de la India la salida más factible y recomendable para lograr el fin enunciado por él. Por ello hace la invitación al ascetismo y explica de qué manera es importante y deseable entenderlo y practicarlo.

Así, recurre al ayuno y hasta la mortificación de sí mismo, para a través de la privación y el sufrimiento continuos quebrantar cada vez más y matar la voluntad que reconoce y abomina como la fuente de su desgraciada existencia y la del mundo. Cuando por fin llega la muerte para disolver ese fenómeno de la voluntad cuya esencia se había extinguido hacía tiempo debido a la libre negación de sí misma, hasta llegar al débil vestigio que se manifestaba como vida de ese cuerpo, aquella será bienvenida y recibida con alegría como anhelada liberación (Schopenhauer, 1819:443-4).

El ascetismo es la salida definitiva del querer vivir y preservar la Voluntad, tanto en el individuo como en su descendencia, pues esta nunca existirá. La castidad impuesta por el ascetismo lleva al individuo a evitar engendrar descendencia, logrando con esto que sólo hasta su persona llegue la línea de dolor, placer, querer que habita en cada germen cargado de Voluntad en el mundo. “El ascetismo se eleva hasta el sacrificio voluntario, hasta la castidad, hasta la negación del querer vivir. El arte no es sino una liberación pasajera, el ascetismo es la definitiva liberación: procura la paz duradera”.

Tomar al ascetismo como forma de vida es una decisión personal. Schopenhauer sólo las explica y realiza la invitación a ellas. Expone los razonamientos necesarios para entender que efectivamente el dolor en el mundo a causa del querer y los apegos es grande y, que la Voluntad sigue su juego interminable en el mundo; por ello considera que es necesario hacer conciencia y tratar de mitigar hasta donde sea posible a la Voluntad. Camino personal, camino anímico de cada quien, y así como habrá quien se convenza de este camino, también habrá quien que no quiera creer o que no se convenza con estos razonamientos, pero ello no importa ya que no es una imposición, no es un camino para

todos, porque a pesar de todo, la Voluntad implementó en el ser humano un raciocinio con libertad de pensar y hacer las cosas que parezcan mejor o peor. Aunque podría decirse con justa razón, y según los textos schopenhauarianos, que esta libertad de pensar se ve manipulada por el velo de Maya; aun así, la invitación está ahí latente para aquel que quiera probarla o aceptarla como su *modus vivendi*.

[...] el ser humano puede, por medio de su razón [...] frenar su querer, apaciguarlo o incluso, en casos geniales, renunciar a la Voluntad voraz;

1º. Por medio del arte, que nos distancia del mundo y lo representa sin obligarnos a sufrir y desear (el arte superior es la música [...] podemos escuchar a qué suena la Voluntad sin vernos implicados en ella).

2º La compasión, fundamento de toda moral, que nos hace comprender los sufrimientos del resto de los seres, no sólo humanos sino también animales, y renunciar a hacerles daño para imponer nuestros deseos.

3º Santidad, [...] renunciar a la procreación e incluso al deseo cruel de vivir y [...] permite dejarse extinguir en el nirvana, esa nada sin deseos ni estímulos dolorosos

(Savater, 2009:219-220).

Esta santidad que conduce al alejado nirvana, a esa nada absoluta, es deseable para Schopenhauer y para aquellos que estamos convencidos de las enseñanzas del autor del *Mundo como voluntad y representación*. Schopenhauer no miente porque no tiene miedo de decir lo que piensa respecto a lo que nos espera después de la negación de la Voluntad y con ello del deseo de vivir es la nada, la muerte llegará a nosotros como arrasan la olas coronadas de espuma en el mar, con la fuerza que sólo ella es capaz, destruyendo el fenómeno para siempre, llevándolo hacia el camino de la nada absoluta, entendida por los budistas como el nirvana.

Lo reconocemos abiertamente: lo que queda detrás de la supresión total de la Voluntad es, para todos los que están llenos de Voluntad todavía, nada. Pero, por el contrario, para aquellos en los que la Voluntad se ha transformado y negado, este mundo real, con todos sus soles y sus vías lácteas, es también... nada (Safranski, 2013:314).

Se encuentra que en este camino la infelicidad y el dolor son positivos, puesto que gracias a que son sentidos es posible desear apartarse de esta vida llena de infortunios y carencias. Schopenhauer verá siempre el sufrir como el inicio del camino que lleva dejar la vida negando la Voluntad y de esta manera dejar de sufrir. “La infelicidad es el sustituto de la virtud, pues como ésta, la infelicidad también lleva a la negación de la Voluntad” (Schopenhauer, 2009:10).

Una vez ciertos del sufrimiento del mundo y de nuestro ser, y al negar la vida y la Voluntad, podremos pasar a la nada. Libres de todos los pesares del mundo, libres de las carencias del planeta, libres de las carencias y de los deseos de querer todo.

El sufrimiento como ennoblecedor y como invitación a la muerte para una salvación del hombre es la propuesta paliativa que Schopenhauer ofrece. Es la propuesta en la cual nos muestra el autor que se recibe con alegría a la muerte y no con miedo. La muerte entendida como liberación es lo más anhelado para el hombre que ha entendido que la Voluntad y sus ilusiones brindan sólo tristezas y pesares, y que opta por la negación de la Voluntad.

Además, esta renuncia tiene puntos positivos, pues según Schopenhauer, al llegar el momento de la muerte se revelan al hombre las verdades últimas de la vida:

El mal y la maldad, el sufrimiento y el odio, la víctima y el verdugo, por muy diferentes que se muestren al entendimiento que sigue el principio de razón, son en sí mismos idénticos, son el fenómeno de aquella voluntad de vivir única que objetiva su conflicto consigo misma por medio del *principium individuationis*: ellos han llegado a conocer las dos caras, la maldad y el mal, en toda su dimensión y, al comprender finalmente la identidad de ambos, ahora rechazan a los dos y niegan la voluntad de vivir (Schopenhauer, 1819:455-6).

El pensar y creer en la negación de la Voluntad traerá consigo alegría al pensar en la muerte, pues ella será la que termine de disolver el extracto de fenómeno que la Voluntad creó. Esto se conoce como “alegría de la aflicción” (Schopenhauer, 1819:459). Al afligir al cuerpo el asceta deja de vivir porque deja de querer y por tanto, también ha dejado de sufrir; al dejar desprenderse de los lazos de la vida el último escalón es el ayuno, entendido

como última decisión, consiste en dejar de querer el alimento que ayuda a que el individuo siga vivo. La muerte se presenta como una amable amiga libertadora y por ello en algunos muertos, afirma Schopenhauer, se haya una mueca de satisfacción en sus rostros, pues fueron individuos que antes de morir entendieron el proceso vital y vencieron el *principium individuationis* quedando así alejados del terror a la muerte: dejaron de entenderla como destrucción. Sólo por un instante antes de que el momento definitivo llegue, se logra estar cierto de que se ha vencido a la Voluntad, de que un fenómeno singular ha entrado en comunión con el todo, pero a la vez fuera de la Voluntad, libre de ella: “Podemos figurarnos qué felicidad debe sentir el hombre cuya Voluntad se apacigua, no por algunos instantes como en el desinteresado goce de lo bello, sino para siempre, y hasta que se extingue por completo” (Schopenhauer, 1819:55).

Para concluir, es menester mencionar de nuevo que esta decisión es personal. Que además no es recomendable matar algo para matar la Voluntad, pues sólo cuando es una decisión voluntaria se cumple la invitación santificadora de Schopenhauer. Sólo cuando deje el hombre de desear los objetos, sólo cuando ya no quiera ese apego a las cosas, sólo cuando ya no quiera ese dolor causado por el querer, sólo cuando las concupiscencias y la procreación ya no sean parte indispensable de la vida, sólo entonces estará el hombre apto para querer y esperar la muerte como salida, salvadora y santificadora de su ser, esperándola como la conductora a la nada absoluta y por ende a la paz perpetua. “Entonces, purificada, santificada en cierto modo en un reposo. Renuncia a todos los objetos de sus apasionados deseos y recibe con placer la muerte” (Schopenhauer, 1819:58).

Para dejar de querer es necesario una entrega total a esta empresa: para lograr tener un carácter moderado y dulce; para tener una felicidad en la indigencia; para que todo lo mundano y todas sus riquezas no sean fuente de satisfacción; para no tener un carácter envidioso, y así, ya no tener sufrimientos grandes o pequeños; simplemente dejar de querer para dejar de sufrir y así dejar de temer a la muerte y recibirla con agrado; tal como menciona Greta Rivara: “toda angustia había cesado: era libre” (Rivara, 2003:70).

Es cierto que por más esfuerzos que se hagan, la Voluntad seguirá creando fenómenos en el mundo, por ello la opción de salir de este juego es única y es sólo

personal, sirve sólo para el que quiera seguir tal camino. “Sin tregua, [...] la Voluntad hace renacer a los individuos por millones a nuevas vidas y nuevos sufrimientos. Sólo existe un caso que la muerte deliberada no es absurda: es el de la muerte deliberada por inanición voluntaria, ya que se deja de vivir porque ya no se desea” (Sans, 1995:93)

Para Schopenhauer la negación de la Voluntad es la mejor salida de los males, la más noble y la más aconsejable. Schopenhauer aconseja e invita a negar la Voluntad para poder ser hombres plenos y libres. Por eso escribe en *El Mundo como voluntad y representación* que: “Tras extinguirse la voluntad, la muerte del cuerpo no puede ya tener nada de amargo sino que es sumamente bienvenida” (Schopenhauer, 1819:453)

Porque es posible esperar la muerte como algo deseable, cotidiano y natural, tal como el mismo Schopenhauer lo hizo: él murió con la paz que vive en aquel que conoce la verdad sobre su destino y sobre la muerte, fue conducido a la nada, sin el menor temor por dejar la vida donde tantas penurias experimentó y apreció en los demás. “Arthur Schopenhauer está muerto, [...] tiene el rostro inalterado, sin huellas de lucha con la muerte” (Safranski, 2013:458).

Concordemos que la negación de la Voluntad ayuda a aceptar la muerte de una manera digna y a recibirla con alegría. Con ella se vence al fenómeno individual, se llega al punto de que ya no hay nada después de la negación ni siquiera un ansia de vida individual, por eso Schopenhauer afirma que: “Nos consolamos del sufrimiento de la vida con la muerte, y de la muerte con el sufrimiento de la vida” (Schopenhauer, 1844:633-4).

Conclusiones

1. *El pesimismo*. A lo largo de este trabajo nos preguntamos si acaso la filosofía pesimista de Schopenhauer podría ayudar al ser humano en su vida diaria, y de hacerlo, ¿de qué manera lo haría? Me inclino a pensar, junto a Horkheimer, que una filosofía pesimista como esta puede resultar benéfica en tanto que, al mostrarnos la vida en toda su crudeza, ya no puede paralizarnos la contemplación de su horror, pues ¿qué espanto nuevo podría atormentarnos si ya los horrores nos han sido conocidos? Gracias a esta filosofía, la cual muestra sin tapujos la brutalidad de la realidad, el hombre puede estar preparado para los horrores que en la vida se le presenten: crueldad, avaricia, asesinatos y demás dolores del mundo actual serían enfrentados con un temor menor.

Considero que al abrazar desde nuestra época la filosofía de Schopenhauer podremos entender nuestros problemas, mismos que ya se vivían en los tiempos de nuestro autor pero que con el correr de los años se han magnificado. De este modo podemos ver que actualmente la vida humana va perdiendo poco a poco su valor y es posible sacrificarla a cambio de un puñado de dinero, cualquier cantidad de droga o incluso por el deseo de conseguir poder, un deseo que es manifestado por algunos de los mandatarios de las actuales naciones.

La filosofía siempre ha sido la encargada de analizar los problemas que aquejan a una sociedad para, posteriormente, intentar ofrecer soluciones. Una filosofía con una visión realista como la schopenhaueriana puede ser adecuada para ayudar a encontrar estas soluciones. Su crudeza característica puede ayudar al ser humano a analizar los problemas con una cabeza fría, puede proporcionarle una mentalidad que no sea afectada por la impresión de los horrores y con la cual pueda solucionar de forma adecuada los problemas éticos, ontológicos, teológicos y de cualquier índole que se le presenten.

Es necesario aclarar que esta mentalidad fría es sólo un medio que es necesario para analizar los problemas que se presenten, pero en ningún momento sugiere que el ser humano deba ser frío al punto de ser absolutamente indolente, considero que esto último sería un error. La frialdad que debe desarrollarse es un medio que nos ayuda a convivir con aquello que nos atemoriza y, con ello, posteriormente conocerlo y buscar cómo solucionarlo. A lo largo de su historia el ser humano ha tenido que adaptarse a sus circunstancias para poder sobrevivir, es por ello que la frialdad de su mente generada por la

filosofía de Schopenhauer puede considerarse como un mecanismo de adaptación más que le ayude a sobrevivir. La filosofía schopenhaueriana puede convertirse en su *modus vivendi*.

Con lo mencionado en el capítulo *Pesimismo en Schopenhauer*, espero haber ofrecido puntos necesarios y convincentes que inviten a una nueva manera de pensar, que inviten a una revolución de mentes. Busco el dejar de pensar que la vida está hecha sólo para sobrevivir y a cambio postular que la vida está hecha para luchar contra los males que nos asechan día a día. Al tener en cuenta todos estos males considero que podríamos obrar de manera distinta tanto con los demás como con nosotros mismos, y así conseguir el bienestar de todos.

2. *Las circunstancias de Schopenhauer*. Durante la creación de esta tesina pude observar que para la estructuración de un sistema filosófico, uno de los factores más determinantes son las circunstancias singulares del autor: nivel socioeconómico, grado de estudios e incluso su suerte (por llamarlo de algún modo) en general con respecto a sus proyectos y relaciones sociales.

Es posible que la filosofía pesimista de Arthur Schopenhauer haya nacido a partir del particular acontecer de su autor en este mundo. Gracias a su estatus social acomodado pudo adquirir gustos más refinados a los de la mayoría de los hombres. El hecho de no tener necesidad de trabajar para sobrevivir le brindó la oportunidad de trabajar exclusivamente para la búsqueda de la verdad. Su habituación al arte le hizo estar siempre cerca de la contemplación estética y hacerla parte de su vida y de su filosofía, lo convirtió en un amante del arte.

Su suerte tanto en el ámbito familiar como en el sentimental para nada fue buena. Sin embargo ello contribuyó a forjarlo como un ser con un pensar distintivo, un individuo que no tuvo miedo a decir las cosas tal y como las sentía. Considero que esto, junto con el hecho de ser una persona financieramente independiente, ayudó a que tuviese la capacidad y el valor de exteriorizar su pensamiento sin temor a represalias de ningún tipo.

La vida va acondicionando a cada quien de tal modo que el actuar y pensar de cada quien resulta diferente al de los demás. En el caso de Schopenhauer sus circunstancias sirvieron para que se endureciera y mostrara, sin temor alguno, la tristeza y penuria existente en el mundo. Su mala fortuna amorosa quizá fue lo que lo impulsó a entrar en comunión con la cultura védica, para posteriormente postular al ascetismo como la única

vía para tener en el pensamiento en una estima superior con respecto a la satisfacción de los placeres, logrando así una forma de liberación de los dolores y las penas.

Mi intención, tal y como lo he mencionado en repetidas ocasiones a lo largo de este trabajo, es invitar a pensar y vivir según los parámetros del pesimismo schopenhaueriano. Quizá podría objetárseme este propósito aduciendo que, dado que no vivimos bajo las mismas condiciones particulares del autor, entonces no podemos pensar y vivir como él. Ante esta objeción solo puedo responder que, si bien es cierto que las condiciones de cada uno de nosotros son distintas entre sí y más aún si las comparamos con las de Schopenhauer, es posible encontrar similitudes entre todas ellas. En particular todos somos distintos, pero en general todos somos semejantes: todos participamos de la misma vida guiada por la Voluntad y llena de sufrimiento. Ante esta desgracia compartida por todos los seres humanos la filosofía de Schopenhauer me parece la mejor opción para superar las desgracias o, por lo menos, para hacerlas menos sufribles.

Lo último que creo conveniente decir con respecto a las circunstancias que rodean a cada quien es que la forma peculiar en que se desarrolla la vida de cada uno de nosotros puede o no llevar a inclinarnos por la filosofía pesimista de Schopenhauer. En mi caso estoy completamente convencido de que su pensamiento puede ayudar al hombre a superar los dolores del mundo, es por ello que dedico tiempo y esfuerzo a la difusión de su legado.

3. *Vivir sabiendo que se va a morir.* Lograr la conciencia de nuestra finitud como individuos fue uno de los principales propósitos de este trabajo. La finitud del ser humano se manifiesta en la conciencia tanto de forma personal como de forma colectiva.

Es personal en tanto que por lapsos cada uno de nosotros se enfrenta con la idea de la propia finitud. Aunque no de forma constante, suele embargarnos la idea de nuestra muerte cuando ciertas situaciones –como la muerte de un conocido– pueden traerla a nuestra atención. Es interesante el caso particular del mexicano quien, a pesar de celebrar la muerte de manera alegre, sigue teniéndole un gran respeto así como un gran temor. La muerte es lo único seguro en la vida de cada quien.

La muerte se manifiesta desde la colectividad cuando cada uno se vuelve consciente de que a todos y a cada uno de los otros también les espera el mismo destino. Su carácter común hace que la preocupación por la muerte se desarrolle en fines prácticos mediante las religiones. Las religiones, como el cristianismo, ayudan a que el ser humano aprenda a

convivir con el dolor, a superar la angustia y aprenda a estar consciente y aceptar su finitud con el apoyo de la comunidad.

El cristianismo con su famosa frase de “polvo eres y en polvo te convertirás” puede contribuir a dos fines: el primero consiste en hacerle ver al ser humano que él no es más que un ente efímero en el universo; el segundo de sus propósitos es que, una vez consciente de su finitud, el ser humano aprenda a apreciar cada instante de su existencia.

El tomar consciencia de nuestra finitud puede contribuir a que nos esforcemos por disfrutar al máximo de la vida, tanto en los placeres como en los dolores que ésta ofrece. A disfrutar de la vida promoviendo ser mejores tanto con respecto con nosotros mismos como con respecto a los demás. Quizá a esto se refería Thomas Mann al escribir que *con una filosofía como esta se puede vivir y se puede morir* (Mann, 1986:70).

4. *Reflexiones éticas a partir de la muerte.* La aceptación de la muerte resulta importante según lo planteado en este trabajo pues, con ella, se logra rasgar al velo de Maya ayudando a que las penas causadas por la voluntad de vivir sean menos. Sin embargo, la muerte tal y como se presenta en nuestra época la mayoría de las veces nada tiene que ver con la muerte que busca el asceta schopenhaueriano. El asceta busca dejar de desear para cesar con el sufrimiento y poco a poco cesar de vivir, pero la muerte en nuestra época se presenta en homicidios provocados con brutalidad a lo largo y ancho del mundo.

La muerte abrazada por el asceta es de carácter santificador, amigable y sobre todo personal; no está en el poder de nadie decidir sobre la muerte de los otros. Nadie está autorizado a quitar la vida a los demás con el argumento de librarlos del sufrimiento del mundo.

La muerte que caracteriza a nuestra época, pese a no ser la recomendada por este trabajo, resulta un problema de gran importancia que merece reflexión. Es terrible darse cuenta cómo la vida del ser humano ha llegado a perder el gran valor que antaño poseía. En nuestra época se vive una guerra que produce una muerte brutal, esta guerra deriva de erróneas valoraciones sobre lo deseable, se genera a partir de la búsqueda de deseos vanos que sólo generan odio. Todos los deseos que producen esta muerte brutal surgen a partir de una voluntad de desear exacerbada.

Finalmente, quiero señalar nuevamente la diferencia entre el suicida y el asceta que abandona la vida. Ambas son posturas personales que consisten en renunciar a la vida, pero

sus motivos son completamente diferentes. El suicida decide abandonar la vida por el hecho de que nunca dejó de desear, siempre amó la vida, pero ésta le impidió gozar de sus placeres y así el suicida busca una salida cómoda ante esta situación. Por su parte, el asceta se mantiene consciente de que su propósito es negar la Voluntad, negar su querer y negar su vida. Al extinguir poco a poco su vida, el asceta aumenta su grado de conciencia, mientras que el suicida no sólo termina con su vida, sino que también aniquila su conciencia.

Afirmar que el suicidio es una salida loable ante el yugo de la Voluntad es análogo a afirmar que el homicidio es un favor que se hace a los otros librándolos del dolor. De esta manera vemos que el grado de conciencia es fundamental en la toma de decisiones con respecto al tema de la muerte. Así, dependiendo del nivel de conciencia de cada quien estribaría la diferencia entre la muerte considerada como miel o considerada como hiel.

5. *La inmortalidad.* Al ser la filosofía de Schopenhauer una postura que recomienda el abandono consciente de la vida cabe preguntar si acaso nuestro autor creía en la inmortalidad del alma. Con base en las lecturas que realicé para este trabajo sólo puedo ofrecer la siguiente comparación:

Schopenhauer es fuertemente influido por el pensamiento védico. Según la filosofía védica todo lo que nos acontece es parte de un orden del mundo, los individuos somos un germen de vida que convive en armonía con los demás seres vivos, además estamos destinados a sentir dolor a causa de nuestros deseos. La única manera en que el dolor cese es cesando de querer, pero según la filosofía védica ello es imposible en vida, pues el deseo surge del cuerpo y el cuerpo es la cárcel material del alma. Sólo al después de la muerte del cuerpo el alma se libera. Los vedas consideran que la vida en el cuerpo es sólo un lapso de conocimiento y fortalecimiento para el alma. El cuerpo es el transporte o *medium* para el alma sagrada. La filosofía veda considera al ascetismo como la liberadora del alma ante los dolores así como la manera de adquirir conocimientos; el asceta medita y se concientiza sobre las verdades nobles³⁶ y de esta manera deja de desear para después poder dejar este mundo en paz y armonía liberando su alma.

-
- 1) ³⁶ Todo es dukka/sufrimiento y dolor.
 - 2) La causa del sufrimiento es la sed de los placeres.
 - 3) Dukka cesa cuando cesa la sed.
 - 4) Para que la sed cese debe haber en el hombre: visión justa, pensamiento justo, palabra justa, acción justa, atención justa, así también conocimiento justo. (Urdanibia, 1990:232).

Por su parte, la filosofía schopenhaueriana busca, mediante la concientización sobre la Voluntad, hacer notar que la vida es una oscilación constante entre el querer y el sufrir, entre el conseguir lo que se desea y el desear algo nuevo. Así, el individuo al percatarse del problema puede buscar una solución para el mismo, la cual no es otra que dejar de desear mediante el ascetismo. Gracias al ascetismo se deja de desear y con ello se deja de sufrir, pero también se deja de infligir daño no sólo a uno mismo sino a los demás, logrando sobre todo un estado elevado de conciencia. Pero es un estado efímero que lo único que hace es aceptar nuestro ingreso a la nada. Esta idea de convertirse en nada es lo que en Schopenhauer hace imposible defender la idea de la inmortalidad del alma pero, siguiendo su filosofía, tampoco sería necesario hacerlo.

6. *El papel de las religiones.* En el capítulo de los *Placebos ante el sufrimiento y la conciencia de muerte* descubrimos la importancia que las religiones tienen para el ser humano. Es evidente que la religión es de utilidad para el hombre dado que se siguen replicando, ellas ofrecen principalmente consuelo ante el sufrimiento. Pero los efectos de la religión pueden resultar positivos o negativos dependiendo de la postura que se adquiera respecto a ella.

Con respecto a los efectos positivos de la religión suele preguntarse ¿acaso sirve la religión? ¿Cuál de todas las religiones es la mejor? A partir de lo visto en este trabajo puedo decir que la religión le es benéfica al ser humano en tanto que le ofrece un refugio que lo consuela frente al sufrimiento del mundo. La religión ayuda a aceptar la mortalidad, ofrece paz anímica, ofrecen –algunas de las religiones más exitosas– reglas morales que contribuyen a que la vida en sociedad pueda sostenerse. Me parece que la religión sí tiene una utilidad la cual consiste en impulsar al ser humano a ser mejor persona mediante preceptos que se aceptan como verdaderos y buenos.

La mejor religión sin duda es aquella que mejor ayude a cada persona a conseguir la paz personal. El tipo de religión de las personas debe ser una elección personal, cada quien debe elegir si quiere ser religioso, y una vez tomada la elección de serlo, cada quien debe elegir cuál religión se acomoda más a sus necesidades. Mientras la religión de un individuo le produzca paz y contribuya en hacerlo una mejor persona, que no vive atormentado por los dolores del mundo, esta religión será la correcta. Sin embargo, una vez que alguien ha

encontrado la religión que mejor le acomode, en ningún momento está autorizado a intentar imponerla a los otros con el pretexto de intentar salvarlos.

Analizando ahora los efectos negativos de la religión puedo decir lo siguiente. La religión puede ser usada de forma política o ideológicamente incorrecta. Es políticamente incorrecta cuando algún líder religioso la utiliza como escudo para invadir y despojar a otras comunidades, pueblos o naciones; cuando con el pretexto de querer llevarles “salvación” a pueblos “impíos” lo único que se busca es despojarlos de sus recursos naturales. Es ideológicamente incorrecta cuando lo que busca es exterminar a las religiones vecinas. Algunas religiones piensan que son las únicas verdaderas y consideran una ofensa contra Dios el que sigan existiendo “otras” religiones, es así como inician campañas de exterminio no sólo de religiones, sino sobre todo de las personas adeptas a estas religiones.

En conclusión, la religión no es buena o mala en sí misma, sino que toma una u otra orientación dependiendo de los propósitos con los que se la use. Para los propósitos de este trabajo la religión es buena en tanto que resulta un placebo ante los sufrimientos y la conciencia de muerte.

7. *El amor y la compasión.* Resulta un lugar común postular al amor como la fuerza que mueve al mundo, una fuerza que hace que se superen los retos y las desgracias. Sin embargo, para Schopenhauer es la compasión más que el amor la pasión que puede lograr este fin. Es por ello que considero conveniente recordar aquí la diferencia entre estas dos pasiones.

El amor como pasión que salva del dolor del mundo suele ser entendido como el amor de pareja. Pero Schopenhauer ve en este tipo de amor sólo una triquiñuela, un ardid ideado por la Voluntad con el propósito de utilizar al hombre como medio para seguir generando vida y perpetuar a la Voluntad.

La compasión en Schopenhauer, por su parte, surge cuando el individuo está consciente de que él comparte la esencia con los demás seres vivientes. De este modo comprende que si su yo hiere a otro ser, con ello hiere también a su propia esencia (Urdanibia, 1990:219). Este es el momento en que entra la compasión, pues el yo se siente no sólo como agresor sino también como agredido evitando así dañar en lo futuro.

8. *La libertad.* Según lo expuesto en este trabajo creo poder afirmar que la consecución de la libertad, a pesar de no ser fácil, tampoco es imposible. El primer paso

para llegar a ser libre es cobrar conciencia de nuestro estado en el mundo; al tomar conciencia de los dolores que le son propios al querer habremos de buscar librarnos de él. Esta toma de conciencia nos guía por un camino hacia el conocimiento: el grado de conocimiento que se adquiere es inversamente proporcional al grado de querer que se padece. De este modo, la búsqueda incesante de conocimiento llevará a elevar la conciencia cada vez más y así, poco a poco, llegar a ser libres del querer, libres del sufrir y, en consecuencia, libres de la Voluntad.

Por supuesto que este camino no es fácil pues consiste en darse cuenta de que la Voluntad, que es todo cuanto nos une a la vida, nos lastima incesantemente. Este camino exige dejar de lado el querer, abandonar nuestra aparente individualidad y percatarnos de que todo en el mundo surge a partir del germen doliente creado por la Voluntad.

Una vez que decidamos seguir el camino sugerido por Schopenhauer, eventualmente mediante la práctica asceta, los velos irán cayendo de nuestros ojos y contemplaremos nítidamente cómo quien más desea es quien más sufre. Nos percataremos además de que la compasión surgida a partir del verdadero conocimiento también es un medio auxiliar de salvación. Libres de dolor, de pulsiones y de pasiones, estaremos listos para abandonar la vida y unirnos a la nada. Ese momento en que finalmente abandonemos nuestro cuerpo y nuestra conciencia será el más gozoso de todos, pues ya habremos alcanzado el verdadero conocimiento del mundo.

Este conocimiento es el legado de Arthur Schopenhauer, él sabía que en una vida llena de dolores y penas “no existe felicidad sin libertad” (Sans, 1995:8).

9. *Morir bien.* La tanatología es una disciplina integral que estudia el fenómeno de la muerte en los seres humanos, ayuda de forma humanitaria a que las personas a punto de morir lleven su situación de la mejor manera posible. La tanatología también ofrece preparación psicológica a los familiares del enfermo terminal para auxiliar en la desesperanza y el dolor producidos por el fenómeno de la muerte. Considero que el camino de la negación de la Voluntad analizado en esta tesina puede ser considerado un método tanatológico eficiente, pues con él se puede entender, soportar y superar el temor a la muerte, tanto la propia como la que le acontezca a un ser querido. La negación de la Voluntad es un método adecuado para “bien morir”.

Al elevar su conciencia el ser humano se percata de que la vida es una serie interminable de pesares y, desde esa perspectiva, la muerte ya no parece tan mala. Elevar la conciencia trae consigo la negación de la Voluntad y esta negación podría contribuir a que los males padecidos por los enfermos terminales resulten menos tormentosos de lo que normalmente parecen. La idea de la muerte podría resultar no sólo no atemorizante, sino que incluso podría resultar agradable.

El temor a la muerte surge a partir de la ilusión de la individualidad. La educación y la cultura han producido una concepción errónea de la muerte, una concepción que hace de la muerte el peor de todos los males. Sin embargo, la filosofía schopenhaueriana muestra la necesidad de reformularnos el fenómeno de la muerte: la muerte no es ni mala ni buena, sólo es necesaria. Se trata de un fenómeno inseparable de la vida, todo ser viviente habrá de experimentarla. El ser humano, al ser uno más de los seres vivientes en el mundo, debe aprender a afrontar la muerte y aceptarla cuando se presente, tanto frente a uno mismo como con los seres que nos rodean.

La filosofía schopenhaueriana puede fungir como terapia tanatológica que le demuestre al enfermo terminal que su yo no es más que una ilusión: una ilusión generada a partir de un conjunto de materia que lo conforma y que perderá su forma actual para, después de la muerte, contribuir a la formación de nuevos seres vivientes. Esta filosofía tanatológica puede ayudar a los parientes del enfermo terminal a introducirse en un proceso de desapego; a entender que este ser que se va deja de sufrir por fin. Esta filosofía, tal y como lo vimos en este trabajo, no impide el uso de consuelos místicos o religiosos con los cuales poder auxiliarse en la superación de estas penas.

10. *Muerte, libertad y moral.* De entre los propósitos de este trabajo destaca el entender y aceptar la muerte. La muerte no es algo malo o bueno en sí, sólo se trata de algo necesario. Aceptar la muerte como parte de la vida es una postura que llevará al ser humano a la consecución de su libertad. Sin embargo, aceptar la muerte no es equivalente a buscarla mediante el suicidio y esto por las razones mencionadas en el punto cuatro de estas conclusiones. Aceptar la muerte, dejar de desear, negar la Voluntad, todo esto es parte de un camino santificador para el alma y purificador para el cuerpo; al final de este camino se estará preparado para morir bien y así ser libre.

Durante este camino, el ser humano comprenderá que él es parte de la misma potencia que conforma el todo; entenderá el precepto budista de *tat twan asi* (esto eres tú). Esto despertará en él la compasión y la piedad necesarias para poder convivir con sus semejantes sin dañarlos. Este es un camino que ayudará al hombre a lograr la libertad con su muerte, pero también a vivir moralmente.

11. Mi principal propósito en este trabajo ha sido el de despertar en más personas la curiosidad y el deseo de introducirse más a fondo en la filosofía de Schopenhauer. Traté de que mi exposición fuese accesible al mayor número de personas posible pues, como afirma Schopenhauer, todos participamos de esta vida y la padecemos de igual manera, por ello todos necesitamos ayuda para entenderla, aceptarla y liberarnos de ella.

Estoy consciente de que la aceptación de esta filosofía es cuestión personal del lector, pero si contribuí en cambiar, aunque sea un poco, su percepción en lo referente a los temas tratados en este trabajo me daré por satisfecho.

Bibliografía

A.C. Bhaktivedanta Swammi, Prabhupada, (1981) *Mas allá del nacimiento y de la muerte*, Fondo editorial Bhaktivedanta, Buenos Aires.

Borges, Jorge Luis, (1974) *Obras completas, 1923-1972*, Emecé editores, Buenos Aires. Disponible en <https://literaturaargentina.unrn.files.wordpress.com/2012/04/borges-jorge-luis-obras-completas.pdf>

Cabrera, Isabel, (1998) *El lado oscuro de Dios*, Paidós y F.F. y L. UNAM, México.

De Sade, Alphonse Donathien, (1969) *Obras completas del marqués de Sade*, Julieta, EDASA, Mexico.

Gardiner Patrick, (1975) *Schopenhauer*, FCE, México.

La Biblia latinoamericana, Editorial Verbo Divino, España, 1995.

Maceiras Fafian, Manuel, (1985) *Schopenhauer y Kierkegaard: sufrimiento y pasión*, Editorial Cincel, Madrid.

Mann, Thomas, (1986) *Schopenhauer, Nietzsche y Freud*, Plaza & Janes Editores S.A, Barcelona.

Nietzsche, Friedrich, (1962) *Obras completas tomo I*, Aguilar, Buenos Aires.

_____, (1984) *Humano demasiado humano*, biblioteca Edaf, Madrid.

Parreira, Ignacio, (2009) *Schopenhauer y Freud*, Ediciones del Siglo, Argentina.

Pérez del río, Eugenio G., (1983) *La muerte como vocación en el hombre y en la literatura*, Editorial Laila, Barcelona.

Philonenko, Alexi, (1989) *Schopenhauer una filosofía de la tragedia*, Barcelona.

Rivara, Kamaji, (2003) *El ser para la muerte una ontología de la finitud*, FFyL, UNAM, Ítaca, México.

Safranski, Rüdiger, (2013) *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*, Fabula Tusquets Editores, México.

Sans, Edouard, (1995) *¿Qué es? Schopenhauer*, Publicaciones Cruz O.S.A. y CONACULTA, México.

Savater, Fernando, (2009) *Historia de la filosofía sin temor ni temblor*, Espasa-calpe, Madrid.

Schopenhauer, Arthur, (1819) *El mundo como Voluntad y Representación I*, Trotta, Madrid, 2004.

_____, (1844) *El mundo como Voluntad y Representación II*, Trotta, Madrid, 2004.

_____, (1851) *Parerga y Paralipomena*, biblioteca de los grandes pensadores, , Barcelona, 2003.

_____, (1852) *Senilia: reflexiones de un anciano*, Herder, Barcelona, 2010.

_____, (2009) *Los dolores del mundo*, Diario Publico, España.

_____, (2011) *El amor, las mujeres y la muerte*, Editores Mexicanos Unidos, México.

Strathern, Paul, (2004) *Schopenhauer en 90 minutos*, siglo veintiuno de España editores, Madrid.

Spieling, Volker, (2010) *Arthur Schopenhauer*, Herder, España.

Urdanibia, Javier (coordinador), (1990) *Los antihegelianos: Kierkegaard y Schopenhauer*, Anthropos, Barcelona.